PATRICIA ESPEJO B.

ALLENDE INÉDITO

MEMORIAS DESDE LA SECRETARÍA PRIVADA DE LA MONEDA



Índice

A Claudia, de la que aprendí tanto y
sigue presente, a pesar de su temprana partida.

A Andrés y mis nietos Marcela, Andrés y Omara,
que me mantienen alerta y hacen que mi corazón
palpite con más fuerza que nunca.

Y a todos los que compartieron el sueño de construir
una sociedad más justa y entregaron su vida en esa lucha.

Prefacio

Hay muchos que preguntarán por qué después de tantos años he decidido contar mi historia. Y es cierto, ha pasado mucho tiempo en el cual jamás dije quién era, lo que había hecho y la razón por la que estuve más de veinte años en el exilio.

Tal vez la respuesta tenga que ver con mi formación, acostumbrada a no preguntar nada más allá de lo que se me decía, acostumbrada a trabajar de forma compartimentada, y a mantener un perfil bajo.

Pero esto terminó el día en que la senadora Isabel Allende fue entrevistada por el diario *El Mundo* de España, donde contó que aquel 11 de septiembre de 1973 fui yo quien le avisó: «Isabel vete a La Moneda, que hay golpe de Estado».[1]

Desde entonces he dado entrevistas, he apoyado a investigadores, documentalistas, escritores y a gente interesada en saber acerca del gobierno de la Unidad Popular y, sobre todo, de Salvador Allende.

Varios compañeros me incentivaban a escribir lo que viví en esos mil días inolvidables para mí, aquella época que me marcó para siempre y que estará conmigo hasta que el destino diga otra cosa.

Mi gran amigo Víctor Pey,[2] compañero y cómplice, tan querido y respetado, me insistió en muchas ocasiones en que ya era el momento, porque pasaban los años y muchos de los protagonistas y testigos de ese tiempo, aquellos que estuvieron más cerca del presidente Allende, habían partido.

De la Secretaría Privada solo dos estamos aún vivas: Isabel Jaramillo, que estuvo poco tiempo trabajando con nosotros y que actualmente vive en

Bruselas, y yo. De los médicos más allegados, están Óscar Soto —quien vive en España— y Hernán Ruiz Pulido. Y de los compañeros del Grupo de Amigos Personales (GAP), muchos fueron asesinados, desaparecidos o salieron al exilio y aún permanecen fuera del país.

Con Víctor compartimos muchos años del exilio en Venezuela. Tanto allá como en Chile después de mi regreso, nos veíamos y llamábamos casi a diario. Incluso en Santiago vivíamos en calles contiguas, y nos saludábamos desde las ventanas.

Ya de vuelta en Chile, un día me dijo: «Juntémonos el jueves y veamos cómo hacerlo». Quería que trabajáramos juntos en recuperar de algún modo la memoria de ese triunfo vivido hacía ya cincuenta años, de la llegada de Allende a La Moneda y de esos mil días de la Unidad Popular.

Me asusté. Me pregunté quién era yo para hablar de Allende, pero lo cierto es que con Víctor siempre estuvimos muy cerca del Doctor, demostrándole nuestra total lealtad.

Ese día en que habíamos quedado de reunirnos, sonó el teléfono: «Soy yo, Víctor, fíjate que me enredé con una silla y estoy un poco adolorido, dejémoslo mejor para el próximo lunes».

Llegó la ansiada nueva fecha, yo ya me había hecho la idea de hablar de nuestros recuerdos vividos junto al presidente. Cuando estaba por salir, sonó el teléfono. Era el doctor Hernán Ruiz Pulido.[3] Me extrañó, y entonces me dijo con voz suave: «Chica, Víctor acaba de morir».

Me tuve que sentar, porque pensé que me iba a caer. Sentí que algo extraño me nublaba la mente, ¡no podía ser verdad! Llamé a su casa y me contestó su nieta, quien me lo confirmó: «Sí, es verdad». No tuve palabras y colgué; no podía asumirlo, lloré mucho y estuve con una pena inmensa. Perdí al amigo, al que me escuchó siempre cuando la vida se hacía difícil; él era para mí esa persona a la que le cuentas todo y a la que le pides consejo.

Me fui a la Casa Michoacán en La Reina,[4] porque quería verlo, pero aún no había llegado. Lo esperé y, entre lágrimas y en silencio, le dije: «Te prometo que contaré lo vivido».

Y aquí estoy, recordando. A veces triste y otras veces sonriente cuando pienso que tuve la suerte de compartir día a día con mi presidente, Salvador Allende.

Hay que decir que este relato no es un análisis político de la época, sino solo una mirada humana, íntima, amigable y leal de lo que vi durante esa parte de la historia de nuestro país.

En mi familia había muchos que pensaban distinto, que temían que Allende llegara al poder. Mi padre era liberal y había sido secretario de Arturo Alessandri Palma. Yo de muy niña escuché hablar de política y mi tía, Paz Espejo Novoa, incluso partió a Cuba luego del triunfo de la Revolución cubana para apoyar a Fidel. Para mi padre y mi abuela fue horroroso que la niña, que había estudiado en el Universitario Inglés, se hiciera comunista. Nunca llegaron a tener idea de las cosas que hice, de lo que viví.

He leído muchos libros sobre Salvador Allende y la Unidad Popular, y creo que en muchos de ellos se ha tergiversado la historia y en otros simplemente no se ha dicho la verdad; en ninguno se muestra a ese Salvador Allende humano que yo conocí.

A mí me decía «Patita» o «Patricita». Nunca me levantó la voz. Nunca me dijo: «Oiga usted, no haga esto»...

Allende se levantaba a las seis de la mañana, se daba un baño turco, desayunaba, leía los diarios y hacía gimnasia, porque cuidaba mucho su salud y su prestancia. Yo me reía siempre de eso. Se levantaba muy, muy temprano, a veces para joder... y te llamaba a las siete de la mañana: «Oiga, Patricita, ¿usted se acordó de tal cosa?». Y uno le respondía: «Pero mire, se

dio cuenta de la hora que es, ¿no?». «Sí, pero yo estoy levantado desde las seis», decía.

Solía llegar a las diez de la mañana a La Moneda, y me iba hasta las once de la noche. Muy pocas veces salía a las ocho.

La Secretaría Privada estaba conformada por su hija Tati, Beatriz Allende Bussi (1943-1977); Miria, a quien de cariño le decíamos Payita; Blanca Mediano y yo. Como yo no era un familiar ni una colaboradora íntima, el Doctor podía tener conmigo mucha más confianza para ciertas cosas.

Capítulo I

El triunfo de Allende

¿Cómo fue que yo, una mujer de clase media, de una familia a la que le gustaba aparentar y que me puso en un colegio de monjas, terminó trabajando en el círculo íntimo del presidente Salvador Allende?

Todo comenzó cuando conocí a Tati en la Facultad de Medicina de la Universidad de Chile, donde ambas trabajábamos en la cátedra de salud pública del Área Oriente, específicamente en el Hospital del Tórax.

Beatriz «Tati» Allende —una de las tres hijas del senador Salvador Allende— era médico cirujano de la Universidad de Concepción, y ejercía como docente de quinto y sexto año. Allí también trabajaba el doctor Eduardo «Coco» Paredes,[5] con quien años más tarde estableceríamos una gran amistad. Junto a los médicos, trabajábamos dos sociólogas: Blanca Mediano y yo; además de la psicóloga Diana Chanfreau. Fuimos parte de un equipo muy compacto y solidario, formado por nuestros jefes los doctores Carlos Montoya y Manuel Ipinza,[6] y por varios médicos de distintas especialidades.

El grupo era, en su mayoría, gente de izquierda muy sensible a los problemas de salud que tenía el país. Pretendíamos formar médicos con conciencia social, que conocieran la realidad y que actuaran en consecuencia.

No era fácil, ya que muchos de los alumnos eran hijos de médicos famosos y con otra visión de la medicina. Recuerdo que una de las «eminencias» me gritó un día en los pasillos del Hospital del Salvador: «Mire, señorita, ustedes pretenden convertir a los estudiantes en comunistas». Cuento esto para dejar en claro cómo era el pensamiento de mucha gente en esa época.

A Tati la había visto alguna vez en el Pedagógico, ya que pololeaba con Renato Julio, un estudiante de filosofía. Mi primera impresión de ella fue que era una mujer un poco dura, hasta pesada, pero muy bonita.

En la facultad nos fuimos haciendo más amigas, más «compinches» y así también comenzó una relación más política. Ella me pedía apoyo para ayudar a «unos compañeros», según decía. Se trataba de buscar a gente que nos proporcionara ayuda logística.

Un día me pidió que la llevara a una casa en la calle Bilbao y que me bajara para acompañarla al interior. Allí me encontré con un grupo que hablaba de la revolución, del Che. Me presentó a una persona, al que identifiqué como el jefe: era el compañero Agustín (mucho después conocería su nombre real: Arnoldo Camú,[7] quien más tarde fue asesinado por la dictadura).

Al salir, Tati me dijo con mucha seriedad: «Esto queda entre tú y yo». Yo no contesté, pero entendí que confiaba en mí y que la ayuda que me pedía era para ese grupo.

Me sentí acogida y útil.

Mi escasa militancia en las Juventudes Comunistas durante mi época de estudiante de Sociología en el Pedagógico de la Universidad de Chile —donde ingresé en 1960—, había sido más bien traumática. No compartía la forma de hacer política, todo era muy serio y no era aceptado disentir o dar opiniones. El jefe del núcleo, David Silberman (quien fue detenido desaparecido), estudiaba ingeniería y yo lo encontraba muy cuadrado. No tuve una buena relación con él, ni con los compañeros en aquella época. Ellos acataban todo, sin más. Así que decidí renunciar, aunque como esa fórmula no existía, fui expulsada.

Tuve que ocultar mi militancia a la familia, y hasta escondí el carnet de la

Jota, ya que para mis padres era inconcebible que yo estuviera metida en eso.

No obstante, tuve una abuela muy especial, Mercedes Novoa Vogel. De ella se decía que era de «izquierda, pero católica observante», y fue la que me mostró las diferencias sociales, ya que dedicó toda su vida a la caridad. Recuerdo que ella partía al hospital San Luis, donde iban las prostitutas a tratarse las enfermedades venéreas, y las sacaba a escondidas el día antes de que las fuera a buscar el proxeneta que las explotaba. También me llevaba al sanatorio mental… y así conocí el mundo de la solidaridad y de la pobreza.

Cuando comenzó la campaña presidencial de 1970, yo seguía trabajando en la cátedra y colaborando con la Tati. Pero tanto ella como el Coco debieron ausentarse por algunas horas de su labor docente, así que me pidieron que los reemplazara en algunas clases. Recuerdo que entre los alumnos estaba la hija del senador Julio Durán, del Partido Radical, quien me hacía preguntas que yo no sabía contestar. Ella trataba de humillarme, hasta que un día le paré el carro y le dije: «No se preocupe doctora, que en la próxima clase le daré una respuesta». Esa noche no dormí, me pasé estudiando y al fin pude dejarla callada.

El senador Allende y la campaña

Un día sonó el teléfono en la facultad, y una voz varonil me preguntó por la doctora Allende. «No ha llegado aún», contesté, «ella da clases más tarde». Y le dije: «¿Quiere dejarle algún recado?, ¿con quién hablo?», y me respondió: «Con el senador Salvador Allende».

Me puse nerviosa, pero le pregunté si podía ayudarlo. Con tono cariñoso me pidió que fuera a buscar un sobre para Beatriz. Él venía en un auto

grande, oscuro y con chofer. Cuando descendió del vehículo, lo encontré muy elegante, iba vestido con un traje oscuro y con el sombrero bajo su mano. No sabía si decirle «señor», «senador» o «doctor», aunque creo que no alcancé a decirle nada, porque de inmediato me dio las gracias y me entregó un sobre para su hija.

Esa fue la primera vez que vi a Allende.

Al mediodía llegó Tati y le entregué el sobre. Ella lo abrió y me dijo: «Ah, no, yo no tengo tiempo, si quieres te encargas tú». Como yo no sabía nada, no tuvo ni que explicarme. Se trataba de un asunto familiar.

Más tarde me enteré que Allende viajaría al día siguiente a China y Vietnam, y que el Coco lo acompañaría. Por eso había solicitado un permiso sin goce de sueldo.

Tiempo después pude también leer la carta que Allende le escribió a Augusto «el Perro» Olivares sobre ese viaje. Allí le relata lo importante que fue para él conocer en persona a Ho Chi Minh, quien le produjo un gran impacto por su figura legendaria.

Las elecciones de 1970 requirieron cada vez más mayor trabajo, y a mediados de marzo tanto Tati como el doctor Paredes solicitaron un nuevo permiso sin sueldo.

Allende no tenía grandes recursos para la campaña; sus colaboradores eran sus amigos cercanos, su familia, la Payita y gente que lo había acompañado siempre en sus anteriores cometidos, como Osvaldo Puccio Giesen.[8]

Había que estructurar los equipos, tanto para la inminente campaña como para un eventual gobierno, si es que resultaba triunfador en los comicios de septiembre. En eso Payita jugaría un rol fundamental, ya que tenía contactos con gente importante. Su padre había sido un radical de cierta fama, y ella se había casado con el ingeniero Enrique Ropert Gallet, con

quien conoció a gente del área empresarial. También tenía relaciones estrechas con el mundo de la cultura, que en su mayoría apoyó a Salvador Allende.

Por su parte, Tati estuvo a cargo de buscar un equipo médico de confianza, ya que Allende había tenido un problema cardíaco; había que controlar la salud del candidato, y por eso se incorporó al equipo el doctor Óscar Soto, cardiólogo del hospital San Borja.

Luego, Tati, Paya y el Coco Paredes formaron un equipo clave en términos de la seguridad del presidente.

Desde la facultad, tanto Blanca Mediano como yo colaborábamos en lo que se nos pedía. Y tal vez fue por eso que, tras el triunfo en las elecciones, terminamos trabajando en La Moneda.

No hay que bajar la guardia

La posibilidad de un triunfo en las elecciones presidenciales de 1970 solo iba a ser posible si se lograba la unidad de los partidos de izquierda. Y fue luego de muchas y dilatadas conversaciones que se consiguió el objetivo. En octubre de 1969 se pudo constituir un conglomerado que se llamaría «Unidad Popular» (la UP), conformado por los partidos Socialista, Comunista, Movimiento de Acción Popular Unitaria (MAPU), Izquierda Cristiana (IC), Acción Democrática Independiente (API), Partido Social Demócrata (PSD) y el Partido Izquierda Radical (PIR). El Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR), aunque nunca formó parte del gobierno, sí prestó colaboración en términos de seguridad e inteligencia.

Este grupo de partidos y movimientos tenían distintas posiciones ideológicas. Los había marxistas-leninistas, ex democratacristianos (que abrazaban la Teología de la Liberación), masones y socialdemócratas.

Sin ser una estudiosa en este punto, pienso que los integrantes de este conglomerado y su gran diversidad de pensamiento no fueron capaces de comprender el proyecto revolucionario y democrático de Salvador Allende. Hoy se podría decir que simplemente «no dieron el ancho» o «no estuvieron a la altura» del desafío, ya que a poco andar las discrepancias internas en la UP se hicieron mayores, lo que fue provocando el desgaste del gobierno.

El Partido Comunista fue el que menos dolores de cabeza le dio al presidente. Pero la división del MAPU o la titubeante actitud de los radicales no ayudaron para nada.

Recuerdo que una vez por semana el presidente se reunía con los partidos de la UP. Allí asistían los secretarios generales, y muchas veces Allende necesitaba de su apoyo o intercambiar ideas, pero no siempre lo lograba. Recuerdo las múltiples veces que Carlos Altamirano no asistió a las citas, y eso molestaba mucho al Doctor.

Tal vez, el Partido Comunista fue el que mejor comprendió lo que Allende pretendía. La rigurosidad del PC era evidente.

Por otro lado, la división del MAPU fue traumática, ya que el presidente comprendía que era un sector importante para el gobierno. Recuerdo varias conversaciones con Óscar Guillermo Garretón, que presencié en La Moneda. En una ocasión, cuando Garretón salió, le dije al presidente: «Cuánta paciencia tiene usted, qué difícil es gobernar». Con una sonrisa, me contestó: «Usted es muy joven para entender que la política a veces es muy ingrata».

A causa de estos inconvenientes, Allende prefería reunirse a solas con cada partido, y lo hacía en su casa de Tomás Moro o en Cañaveral.

¡Ganamos!

En el periodo previo al triunfo, cuando la campaña ya estaba entrando en su etapa final y se aproximaban las elecciones, todos estábamos muy tensos. La candidatura de Jorge Alessandri tenía grandes recursos y su estrategia giraba en torno a que él era la persona indicada para evitar el peligro de que los comunistas llegaran al poder.

La ciudad estaba repleta de afiches mostrando los tanques soviéticos. Quienes tenían el poder económico estaban aterrados e incluso algunos mandaron a sus hijos a vivir fuera de Chile.

El viernes 4 de septiembre, día de la votación, fui a sufragar y luego al hospital, ya que habíamos decidido estar de guardia ante la posibilidad de cualquier imprevisto. Mis hijos se quedaron al cuidado de mis padres y Eugenio, mi marido, acompañó a Eduardo Frei Ruiz-Tagle. Ellos habían sido compañeros en ingeniería en la Universidad de Chile y eran amigos muy cercanos. Además, yo había sido compañera de sus hermanas en el colegio Universitario Inglés. Cuando jóvenes, salíamos las dos parejas, es decir con Eduardo Frei Ruiz-Tagle y su mujer. Ya entonces sabían que yo no era cercana a su partido, aunque sí los acompañé en varios actos del gobierno de don Eduardo Frei padre.

La de Frei era una familia muy unida. Recuerdo que los días miércoles comían en familia, y en la época en que yo estaba de novia con Eugenio, me invitaban a acompañarlos. La señora Maruja (María Teresa Ruiz-Tagle) era muy cariñosa y sencilla, y a pesar de ser la primera dama, actuaba como una dedicada dueña de casa. La comida era simple, participaban los hijos, sus pololas y nosotros dos. Don Eduardo era conversador y le daba la palabra a cada uno de los presentes para que todos pudieran participar de la tertulia familiar de sobremesa. Guardo un muy buen recuerdo de esa época, aunque después la situación fuera otra. El día de la votación tratamos de permanecer tranquilos; no teníamos claro lo que dirían las urnas.

Escuchábamos las noticias y soñábamos con el triunfo, con la posibilidad de que Chile pudiera llegar a ser un país más justo e igualitario. Nosotros conocíamos muy de cerca la pobreza y, en el ámbito de la salud, la falta total de elementos básicos para poder preservarla.

Cerca de las seis de la tarde, Tati llamó y habló con el doctor Ipinza, quien nos trasmitió que, al parecer, íbamos ganando. Las cifras que daban los partidos eran favorables, pero agregó: «No hay que bajar la guardia», y nos pidió a todos permanecer cautos en nuestros puestos.

Los minutos se hacían interminables, Blanca Mediano no dejaba de darse vueltas por las oficinas, mientras yo llamaba a mi marido para saber si ellos tenían noticias. Tampoco sabía nada, pero lo sentí preocupado.

Estaba en mi escritorio revisando papeles cuando sentí un grito: «¡¡Ganamos!!». Tati nos comunicaba telefónicamente el triunfo, y nos decía que nos fuéramos a la sede de la Federación de Estudiantes de la Universidad de Chile (Fech), porque desde allí iba a hablar el Chicho, dirigiéndose a la nación como el ganador de las elecciones. No lo podíamos creer. Nos abrazamos, Blanca saltaba eufórica, y los médicos tampoco dejaron de expresar su felicidad por el triunfo.

Llamé a mi casa, mis padres estaban con los niños, los sentí tristes e intranquilos. A Eugenio lo llamé para decirle que los niños estaban bien y que yo llegaría tarde, porque íbamos a celebrar.

Luego del llamado de Tati, nos preparamos para salir rumbo a la Fech. Íbamos con nuestros delantales blancos, desde la calle José Manuel Infante hacia avenida Providencia, y todo estaba oscuro, las ventanas de los edificios estaban cerradas, solo se escuchaba a la gente que se iba sumando a nuestra marcha.

Llegamos caminando hasta el punto de encuentro, los balcones de la

Fech estaban repletos de gente, y en el tumulto alcancé a divisar a Tati, que parecía brillar. Su alegría era contagiosa.

Con un megáfono, el doctor Allende habló a los cientos de mujeres, hombres y estudiantes que cantaban y bailaban de felicidad. Y entonces, el futuro presidente de Chile, con su voz cargada de emoción, se dirigió a los que lo vitoreábamos desde la calle. Fue un discurso improvisado, lleno de amor y solidaridad.

Recuerdo haber llorado cuando dijo aquello de que nos fuéramos «con la alegría sana de la limpia victoria alcanzada». «Esta noche, cuando acaricien a sus hijos, cuando busquen el descanso, piensen en el mañana duro que tendremos por delante, cuando tengamos que poner más pasión, más cariño, para hacer cada vez más grande a Chile, y cada vez más justa la vida en nuestra patria».

Esa noche, al volver a casa, me sentí feliz y también abrumada. Era una tremenda responsabilidad la de llevar a buen término un gobierno como lo pretendía el Doctor.

Luego se vinieron días intensos. La casa de la calle Guardia Vieja era un torbellino. Los encargados de seguridad, junto a Tati y Paya, consideraron que no era segura. Tenía pocos espacios y la calle era muy estrecha. Payita buscó una casa apropiada y, luego de revisar varias, se eligió la ubicada en avenida Tomás Moro 200, que fue adquirida por el Estado chileno para convertirse de ahí en adelante en la casa de los presidentes.

En la actualidad pertenece a la Fuerza Aérea, quien la destinó a una morada de reposo.

Después de muchos años, y a solicitud de la Fundación Salvador Allende, se logró recuperar el escudo nacional que estaba en la entrada de aquella casa, y que fue realizado por la escultora Marta Colvin.

La señora Tencha

A Hortensia Bussi Soto, la señora Tencha, la había visto en contadas ocasiones, en general en actividades protocolares.

Era una mujer hermosa, tenía unos ojos preciosos, de un color muy poco común, entre azul y lila.

Cuando la señora Tencha quería hablar con el Doctor en La Moneda, lo hacía a través de los edecanes; y si era algo urgente, me llamaba por citófono y, normalmente, el presidente le devolvía el llamado desde su despacho o de la salita privada.

Por lo que pude apreciar en ese momento, era una mujer muy culta, estaba siempre pendiente de la situación política y tenía su posición bien clara frente al proceso. Siempre me llamaba la atención el agudo análisis de la prensa internacional que enviaba al presidente. Ella se preocupaba mucho de cómo la prensa del mundo observaba el proceso chileno.

Muchas veces debí consultarle sobre su trabajo como primera dama, y siempre me respondió con cariño.

Mucho más tarde conocería la valentía y el coraje de aquella mujer que supo gritar en el cementerio Santa Inés de Viña cuando sepultaban el cuerpo del presidente muerto. No derramó ni una lágrima ante los soldados traidores. Pero allí recogió una flor y gritó para que todos la oyeran: «Quiero que sepan que aquí estamos enterrando a Salvador Allende, presidente de Chile, en forma anónima, porque no quieren que se sepa. Pero yo les pido a ustedes, a los sepultureros, jardineros y a todos quienes trabajan aquí, que cuenten en sus casas que aquí está Salvador Allende para que nunca le falte una flor».

Desde ese momento, la señora Tencha se convirtió en la vocera de las

atrocidades de la dictadura. No hubo país que no la recibiera, y fue escuchada en todo el mundo.

Creo que ella fue una mujer generosa, capaz de aceptar la vida del presidente, y pienso que él le tenía un gran cariño. Tuve la suerte de compartir con ella en muchos lugares: en México, Venezuela, Cuba y luego en Chile.

Ya en el exilio, en un encuentro con ella en México, me hizo sentarme y me dijo: «No pregunte nada, vaya donde la inviten, pero sin hacer preguntas, ya que han ocurrido muchos cambios de pareja». Me reí mucho, pero era cierto: había habido muchos enroques.

Recuerdo con cariño los almuerzos de los sábados en su casa de México. O en Chile, en su departamento de El Bosque. O cuando un día me llamó y me dijo: «Tráigase una camisa y cepillo de dientes, porque quiero que esta noche me acompañe».

Con ella pude conversar a solas muchas veces. Eran visitas íntimas y ambas nos contábamos nuestras penas y alegrías. Hay secretos que se irán conmigo a la tumba. La lealtad no se transige.

Capítulo II

Los primeros días en La Moneda

Hasta que llegó el día en que el Congreso proclamó como presidente al candidato Salvador Allende.

Fue un alivio y también una situación difícil. Desde ese mismo instante, la derecha en combinación con la Casa Blanca y el gran capital comenzaron con su tarea de desestabilizar al gobierno.

El ambiente estaba tenso. Al asesinato del general René Schneider, cometido por Patria y Libertad, había que sumar la alocución por radio y televisión del ministro de Hacienda de ese momento, Andrés Zaldívar, denunciando la gravísima crisis económica.

Además, estábamos en plena Guerra Fría y Estados Unidos había señalado que no aceptaría «ni una Cuba más» en América Latina. El embajador norteamericano, Edward Korry, se convirtió en el principal promotor del boicot al gobierno elegido democráticamente. Todo lo cual quedó demostrado varios años después, cuando fueron desclasificados los documentos de la CIA, y cuando el propio Korry declaró, sin pudor, que él tuvo el encargo de la administración Nixon de impedir el triunfo de la Unidad Popular.

Días antes de asumir el presidente Allende, recibí una llamada de Tati, quien me dijo: «Tú qué haces ahí, vente de inmediato a La Moneda, y dile también a Blanca». Quedé un tanto aturdida, porque no entendía bien de qué se trataba.

Le comenté a Blanca Mediano que Tati decía que teníamos que ir a La Moneda.

—¿Qué? —me dijo ella—. ¿Y cómo vamos a ir?

Recordé que cuando iba a buscar a mi marido a La Moneda durante el

gobierno de Frei Montalva, lo hacía por la calle Morandé.

—Yo sé cómo —le dije—. Pero vamos en taxi, porque no sé dónde se dejan los autos.

Llegamos, nerviosas y tímidas, tocamos el timbre por Morandé 80, y nos abrió un señor de traje azul. Le preguntamos por la señorita Beatriz Allende, nos pidió nuestros nombres y nos señaló que ella nos estaba esperando. Luego nos acompañó en ascensor y nos llevó hasta una oficina que estaba llena de carpetas y escritorios. Allí estaba Tati, junto a otra persona.

—Paya —le dijo—, ellas son las compañeras de las que te hablé, vienen a colaborar con la Secretaría Privada.

Nos quedamos atónitas, nunca pensamos que íbamos a trabajar en La Moneda.

Payita, a la cual conocí ese día, nos recibió con mucho cariño, como si nos conociera de siempre. Su sonrisa y sus ojos me impactaron.

Enseguida me pidió que me hiciera cargo de las invitaciones para la cena que ofrecería el Doctor cuando asumiera. Me dio algunas coordenadas, y esa misma tarde me junté con el encargado de protocolo. Revisamos a los convocados, y yo supuse que Allende invitaría no solo a las autoridades, sino también a quienes lo habían apoyado. Como no aparecían en las listas, me atreví a interrumpir a Paya para preguntarle si no se invitaría a los sindicatos de trabajadores y a aquellos que lo habían llevado al triunfo. Me respondió que por supuesto, que eso era lo más importante para Salvador. Se paró y me entregó unas hojas con nombres de los sindicatos y movimientos de mujeres. Me pasó también una libreta con teléfonos para que los llamara.

Entre tanto, Blanca ayudaba a Tati. Al atardecer, llegó el Coco con unos compañeros que yo no conocía. Me pareció que había algunos cubanos y

varios chilenos. Entraron al despacho presidencial, a las distintas salas donde estaría el presidente. Supuse que se trataba de asuntos de seguridad. Payita los conocía y los acompañó por un rato. Tati sí se quedó con ellos.

Después supe que estaban «peinando» las oficinas. Es decir, revisando si había micrófonos escondidos. Los encontraron por todas partes: en el gabinete, en la sala de los edecanes, en la salita y en nuestra oficina. Tuvieron que trabajar toda la noche.

Yo no podía creerlo y Blanca estaba muy asustada. Quería decir que desde alguna parte estaban escuchando todo lo que se decía.

En un momento en que nos quedamos solas con Blanca, le dije: «Pregunta cuándo nos podemos ir, tenemos que ir a buscar mi auto al hospital, y mis niños ya deben estar dormidos». En general, nunca preguntábamos por horarios ni menos por salario. Eso no estaba en nuestras cabezas. Aunque salir muy tarde sí importaba, porque yo tenía dos hijos pequeños.

Debimos haber tenido una cara de cansancio y de pregunta muy evidente, porque cuando Payita volvió, nos dijo: «Ya, váyanse chiquillas, es muy tarde. Mañana seguimos».

Salimos y tomamos un taxi, ambas íbamos en silencio. En el hospital retiré mi auto y llevé a Blanca a su casa. En el camino, le dije:

—¿Te has dado cuenta en qué estamos?, ¿cómo vamos a hacer con la universidad, y con mi familia?

—Hablemos con Manuel y pidamos permiso, y tu familia comprenderá que esto es un honor.

Mientras seguía a mi casa, pensaba en cómo decirle a mi marido. Con los niños no habría tanto problema, porque tenía ayuda y mis padres iban a diario a verlos a casa. Pero yo sentía que mi vida cambiaba para siempre.

Esa noche al llegar de La Moneda hablé con Eugenio. «Lo que faltaba»,

me dijo. «¿Y la casa, los niños?».

«No te preocupes», le contesté. «Tenemos dos señoras para la casa, una cuida los niños y la otra se ocupa de lo demás. Recuerda que el Tata viene todos los días, y por cualquier cosa está mi tía que trabaja al frente. Además, podemos seguir llevando a los niños al colegio».

Solo me respondió: «Está bien, tú sabrás lo que haces».

Para él seguro que no fue muy agradable, ya que teníamos diferentes posturas políticas, aunque las suyas cambiarían con el tiempo.

Al otro día, muy temprano, llamé a Manuel Ipinza al hospital para pedirle que nos indicara cómo hacerlo de la mejor manera, ya que no quería dejar la cátedra en forma tan intempestiva. Como siempre encontramos su apoyo y cariño.

Ese día me costó levantarme a causa del cansancio por el ajetreo del día anterior. Además, no había dormido y debía llevar a los niños al colegio. Me tomé un analgésico y me arreglé un poco, ya que ahora no usaría delantal blanco. Blanca me esperaba en Bilbao con Los Leones, de camino hacia el centro.

Al llegar, entramos y justo venía llegando Payita; Tati estaba trabajando en Guardia Vieja. Había varias personas que yo no conocía, pero cuyas caras había visto. Después supe que varios de ellos serían ministros y que conformarían el primer gabinete del Doctor.

Después de almuerzo, apareció Allende con algunos compañeros de seguridad, se reunió con los partidos y con los futuros ministros.

En la salita contigua al despacho presidencial se reunió con José Tohá, Carlos Altamirano y algunos otros que no recuerdo. Pidió que llamaran al cardenal, y Payita le pasó la llamada.

Al final, el Doctor salió por nuestra oficina, la Secretaría Privada, y antes de irse, Payita le comentó: «Salvador, este será nuestro equipo».

Allende nos saludó y —como tenía una memoria increíble— me dijo: «Pero si a usted la conozco». Debí ponerme roja, y atiné a contestar: «Sí, cuando iba a buscar a Tati».

Llegó el día del juramento en el Congreso y solo fueron Tati, la señora Tencha y las otras dos hijas del presidente, Isabel y Carmen Paz.

Nosotros nos preocupamos del cóctel y de la posibilidad de que hablara desde los balcones del palacio presidencial.

Ese día conocí a Augusto Olivares[9] y a Carlos Jorquera,[10] que corrían de un lado a otro preparando el saludo del presidente desde La Moneda. Ellos serían los asesores de prensa de la presidencia. Ambos eran amigos de Allende y estarían a su lado aquel 11 de septiembre.

En ese momento histórico sentí tanta emoción que más de una lágrima salió de mis ojos.

Vi al Doctor (nunca le dije «presidente», ya que a él le gustaba ser nombrado así) y cómo le brillaban los ojos. Estaba radiante, con su banda presidencial y la piocha que representaba el poder.

Desde los balcones de La Moneda, junto a la señora Tencha, Tati, Carmen Paz, Isabel y su nieto Gonzalo, saludó al pueblo que lo había elegido para hacer de Chile un país más justo.

Allende veía cumplido su sueño.

¡Pero si es el Chicharra!

Una vez finalizados los actos protocolares, Allende fue hacia nuestra oficina y pidió reunirnos para hacer un brindis. Allí nos habló sobre la responsabilidad que asumíamos en ese momento, sobre cómo tendríamos que trabajar duro. Dijo que contaba con nuestra leal colaboración, que

adquiríamos un compromiso y que no dudaba de que todos cumpliríamos a cabalidad con nuestro trabajo.

El equipo de la Secretaría Privada quedó conformado, en definitiva, por Miria Contreras, «Payita», Beatriz Allende, «Tati», Blanca Mediano y yo.

Por otro lado estaba la secretaría presidencial, a cargo de Osvaldo Puccio Giesen, que trabajaba con tres secretarias. Él llevaba todo lo relacionado con los decretos, los documentos oficiales y también, algo muy importante, debía contestar las miles de cartas que le llegaban al presidente.

Ese trabajo lo conocí bien, ya que cuando Puccio tuvo un infarto y debió permanecer por un tiempo en reposo, me tocó reemplazarlo a mí, a pedido del Doctor. Toda carta que llegaba primero iba en consulta al ministerio correspondiente, quienes debían contestar, para así hacerla llegar al interesado con una base cierta.

Osvaldo había acompañado en todas las campañas a Salvador Allende, fue un colaborador leal hasta el último momento. El día del golpe fue comisionado para ir a parlamentar al Ministerio de Defensa. Allí fue traicionado, detenido y posteriormente llevado a Isla Dawson, junto a su hijo.

El departamento de prensa fue dirigido por dos grandes mujeres periodistas. Y digo así, porque siempre cumplieron con su deber. Me refiero a Frida Modak y a Verónica Ahumada.

El equipo de asesores estaría conformado por Jorge Arrate, Arsenio Poupin y Enrique Paris, todos con una capacidad de entrega y lealtad a toda prueba.

En esos tiempos no había horarios, feriados ni sueldos que equipararan sus esfuerzos.

Con Enrique Paris tuve una relación de amistad profunda, era un médico psiquiatra brillante, conocía a cabalidad los temas de educación y luchó

para que todos tuvieran acceso a una formación digna, masiva y de calidad. Ese era el sueño de Allende.

Ambos pasábamos por momentos difíciles: él en lo sentimental y yo con la salud de mi madre, que había caído en una fuerte depresión después del fallecimiento de su marido, mi segundo papá, como siempre lo sentí. Enrique la atendía y nunca quiso cobrarme. Eran otros tiempos.

En las tardes, mientras nos fumábamos un cigarrillo, Enrique Paris me contaba de su vida, de sus hijos y de la difícil tarea que era llevar a cabo el programa de la Unidad Popular. Se sentía dolido por el poco apoyo político que tuvo el proyecto en su transcurso.

Enrique Paris estuvo en La Moneda el 11 de septiembre, fue llevado al Regimiento Tacna, torturado, y luego fue hecho desaparecer.

Tanto o más importante sería el equipo de seguridad, que según los protocolos eran carabineros de palacio y miembros de la PDI, a los que se sumaron los Amigos del Presidente, el GAP. Esta fue una iniciativa inédita, porque nunca un presidente había tenido una escolta personal, pero las circunstancias de permanente ataque y la violencia política justificaron esta medida.

Recuerdo que el primer jefe de la escolta fue Max Marambio, miembro del MIR, quien había colaborado con el gobierno desde el comienzo del triunfo. Él acompañaría al presidente al Congreso, junto al edecán Arturo Araya, que estaba de turno.

Los edecanes eran los mismos, pero se rotaban semanalmente. El primer grupo de edecanes estuvo formado por Arturo Araya por parte de la Marina, Juan José Mela por el Ejército y Roberto Sánchez por la aviación.

Con ellos mantuvimos una relación de apoyo mutuo. Fue necesario, porque este gobierno era diferente. En muchas ocasiones, el presidente rompía el protocolo. Le gustaba estar con las personas, salir a las

poblaciones, hacía trabajos voluntarios y recibía a mucha gente desconocida.

En una ocasión, el comandante Araya llamó a la Secretaría Privada e indicó: «Hay un señor un poco extraño. Dice que quiere ver al presidente, que es su amigo; dice llamarse Tulio Salinas».

Paya le contestó: «Pregúntele nomás al presidente».

Araya contó después que entró al despacho del Doctor, y le dijo:

—Presidente, hay un señor que dice ser su amigo y que quiere saludarlo.

—¿Cómo se llama? —preguntó.

—Tulio Salinas.

Allende saltó de su escritorio:

—Pero si es el «Chicharra».

Salió a abrazarlo, y desde ese día lo nombró «a cargo de los cañones de La Moneda». Le contó que el Chicharra era un hombre noble, y que lo había acompañado en todas sus campañas, sin pedir nada a cambio. Todos los días a las ocho de la mañana llegaba el Chicharra a cuidar los cañones que su presidente le había encargado.

La humanidad de Allende se veía en esos gestos. Le gustaba hablar con todos, íbamos a los trabajos voluntarios y siempre pasaba a saludar a sus amigos; se tomaba una tacita de té o comía una sopaipilla, que con tanto cariño le ofrecían.

Creo que el poder no lo obnubiló.

Si bien había menos confianza con el edecán Juan José Mela —y teníamos razón, ya que al poco tiempo pidió abandonar La Moneda—, con el comandante Araya tuvimos una muy buena relación. Muchas veces iba a tomarse un café y a hacer distintos comentarios, todos amenos, simpáticos y graciosos. Creo que le tenía mucha simpatía al Doctor.

En una ocasión nos contó que el momento más difícil de su carrera había

sido el primer día con el presidente: «Salíamos desde Guardia Vieja para tomar el auto que nos conduciría al Congreso y Max Marambio, jefe del GAP, me dijo: "Comandante, ponga el brazo por detrás de la espalda del presidente, y al menor ruido de balas, lo tira de hocico al suelo"». Confesó que nunca había sentido tanto temor, porque no se imaginaba cómo podía tirar al suelo al presidente.

El comandante Sánchez era más serio, pero tenía un trato amable y con Allende se llevaban bien. Siempre le tuve confianza y simpatía. Muchas veces compartimos en Tomás Moro. Recuerdo haber estado con él durante dos o tres días, cuando el Doctor, aquejado de una fuerte gripe, tuvo que permanecer en reposo.

Cuando volví del exilio tenía un pensamiento que me rondaba la cabeza: ¿por qué el comandante Sánchez, en esa oficinita que ocupábamos en Tomás Moro, solía mirar el cielo al atardecer, cuando la oscuridad era mayor, y me decía «Patita, tranquila, ¿ahora estamos bien»? Cuando regresé a Chile en 2002 me pareció impertinente preguntarle, estaba delicado de salud y nunca quiso dar una entrevista.

Pero sé que fue un hombre leal, comprometido y que el día del golpe se preocupó de la familia y de nosotras. Trató de convencer al presidente para que aceptara el ofrecimiento de Carvajal y saliera del país en un avión junto a su familia y sus colaboradores.

Ya en La Habana, supimos que fue el que más se resistió a dejar La Moneda y que la despedida con el presidente fue muy emotiva. Creo que Allende lo estimaba de verdad.

Invitados

Para la trasmisión del mando, Allende invitó, fuera de protocolo, a un grupo

importante de intelectuales cubanos que se alojaría en casas prestadas por amigos o simpatizantes del presidente.

Recuerdo que me correspondió atender y preocuparme de la estadía de personalidades de la cultura cubana, como el pintor Mariano Rodríguez, el poeta Nicolás Guillén, el director del Instituto Cubano del Arte e Industria Cinematográficos (Icaic) Alfredo Guevara, entre otros. Fue una gran experiencia, porque me permitió conocer de cerca a personajes históricos de la revolución. Una de esas noches, Nicolás Guillén recitó varios poemas y contó que escribiría algo en relación con Chile. Uno de los participantes chilenos habló de Neruda, y pude darme cuenta de que no era de su agrado.

Desde esa fecha no paramos de trabajar intensamente, aunque ni Blanca ni yo sabíamos con exactitud cuáles serían nuestros roles.

Era obvio que Tati sí conocía su puesto. Ella había militado en la fracción del PS que era afín al Ejército de Liberación Nacional (ELN), «los elenos», quienes apoyaron al Che Guevara en su intención de llevar la revolución a toda América Latina. Por eso su trabajo estaba relacionado con los movimientos revolucionarios de todo el continente.

Payita se manejaba con mayor facilidad, porque había trabajado en la campaña, conocía a mucha gente y tenía un carisma especial. Sabía organizar, formar equipos. Tati y Payita tenían una estrecha relación, que se reflejaba en el cariño que ambas se expresaban.

Paya era tan cariñosa y simpática que en poco tiempo pudimos compartir como si lo hubiéramos hecho toda la vida.

Por su parte, Blanca al poco tiempo decidió dejar La Moneda. Se había enamorado de un cineasta cubano, Miguel Torres, que venía en la misión cultural de Cuba. Blanca no sabía cómo decirle al presidente que debía renunciar. Pero Payita le allanó el camino y le dijo: «Salvador, tenemos una

novedad, Blanquita se nos enamoró». Allende, coqueto y risueño, le preguntó: «¿Quién será ese afortunado?».

Blanca entonces le contó que se había enamorado de un cubano y que se iría a vivir a La Habana. Allende le dijo: «¿Está bien segura?, mire que eso es un paso muy serio. ¿Y en qué va a trabajar?».

Blanca le dijo que no tenía idea, pero que era una decisión tomada.

A la mañana siguiente, al pasar por la secretaría, el presidente me dijo: «Llámeme al Cloro (Almeyda), que le voy a pedir que le dé un trabajito a Blanca en la embajada de Chile en Cuba».

Así era Allende, siempre preocupado de los más mínimos detalles.

La rutina diaria empezaba cuando el presidente se despertaba; la agenda oficial incluía reuniones con los edecanes, los ministros, el cuerpo diplomático, las visitas extranjeras, etc.

Las firmas de los decretos y los temas con el gabinete los coordinaba Osvaldo Puccio los días martes y jueves.

Al salir de casa, Allende se daba el tiempo para jugar con sus perros, dos pastores alemanes; su regalón era el Chagual, que se volvía loco al verlo. Jugaba un rato con ellos y aprovechaba también para conversar con sus escoltas, carabineros, detectives y el GAP.

Siempre me gustaba observarlo, se veía contento, cariñoso y muy humano.

Muchas veces iba temprano a Tomás Moro para recibir sus encargos. Era gracioso, porque a pesar del gran trabajo, de la tensión permanente, siempre se preocupaba de los cumpleaños de sus amigos, exnovias, compañeros y en forma especial, de su familia.

Con tiempo, me decía: «Recuerde que las niñitas del Negro van a estar de

cumpleaños, podría regalarles unos lindos vestidos». O «cómprele algo bonito a Inés, usted elija ya que confío en su buen gusto».

Recuerdo que la señora Tencha cumplía años los días 22 de julio, y en una ocasión estaba en Moscú haciéndose un tratamiento médico. El Doctor, varios días antes, me pidió que le comprara un lindo regalo, «algo que le guste, y tendrá que mandárselo». Yo estaba muy ocupada y no lo hice de inmediato, pero él cada mañana me llamaba para recordármelo. Más tarde, me lo repetía en la oficina.

Una tarde le dije: «Ya Doctor, voy por su encargo para Tencha». Me fui a una tienda muy elegante y famosa por el buen gusto, en calle Miraflores con Mac Iver; miré y vi una blusa de seda de color azul violeta, que era del color de sus ojos. La hice envolver en una linda caja y me fui directo a La Moneda, entré por la oficina de los edecanes, quienes me confirmaron que el presidente estaba solo y que podía pasar.

Le dije: «Misión cumplida, aquí está el regalo, si quiere verlo hay que hacerlo con cuidado».

Logró ver la blusa: «Preciosa, se parece a Tencha. Muchas gracias, no sabe cuánto se lo agradezco, estaba preocupado».

Con el tiempo se fue dando una relación muy cercana entre nosotros, de cierta complicidad, y me fue considerando como alguien en quien podía depositar ciertos secretillos.

La Secretaría Privada funcionaba con distintos horarios formales, porque de manera informal lo hacía las 24 horas.

Llegábamos a distintas horas: Tati casi al mediodía; Paya sobre las diez y media, y yo llegaba primero. A veces me coordinaba con el GAP para salir en el momento en que Toromanta 1 fuera saliendo de Tomás Moro (esta era la clave del GAP: Toromanta 1 era el auto del Doctor). Él entraba por la Plaza de la Constitución, y como yo vivía muy cerca, me iba al final de la

comitiva y entraba corriendo por Morandé, lo que me daba tiempo para estar cuando él llegara.

Un día llegué más tarde, me había quedado dormida porque Claudia, mi hija mayor, estaba con gripe.

Sobre el escritorio, me dejó una hoja con una nota que decía:

«Chiquita:

Se paró el reloj, son las 9,45 y nada.

Me siento solo.

Dr. Allende».

Esta nota logré sacarla conmigo el 12 de septiembre de 1973, junto a mi libreta. Ambas cosas son para mí lo más preciado.

Al principio, solíamos salir tarde; en un comienzo yo me iba tipo nueve de la noche, Payita y Tati se quedaban hasta el final.

Eran tantos los documentos que llegaban para el doctor, que decidí hacer un archivo. Llené de carpetas, las cuales se guardaban en el librero que separaba nuestra oficina de la salita privada. Paya las había mandado a hacer, y colocó sobre ellas cántaros y figuras de greda.

Los archivadores contenían desde misivas hasta cartas astrales.

Un día, el presidente Allende estaba mirando los archivos y me preguntó:

—¿Qué es eso de cartas astrales?

—Ah, es que a usted le mandan de todo el mundo informes sobre el futuro político y sus posibles amores.

—Los quiero ver —dijo lanzando una carcajada y mirando a la Payita—. Los futuros amores pueden ser interesantes.

Todos nos reímos.

Esa fue la primera vez que entendí que la Paya y el Doctor tenían una

relación más íntima. Todo era muy sutil y sin demostraciones abiertas, más allá de la simpatía y el cariño.

Cuando Paya le compró Cañaveral a su hermana y se mudó para allá, empezamos a tener una estrecha convivencia entre el Doctor, la Paya, Tati, su esposo Luis Fernández, yo y mi marido, que ya compartía nuestras ideas.

Payita

La Paya era una mujer que conquistaba a todos, era simpática, sencilla y muy culta. El arte y la pintura eran su pasión. Su carácter alegre y solidario hacía que todos la admiráramos como ser humano.

Tati sentía un gran cariño por la Paya. Ellas tenían una relación muy cercana, y compartían las decisiones más importantes. Ambas se sentían queridas y lo trasmitían sin secreto.

Con respecto al resto de la familia, la relación era distante y casi nula. Solo Laurita[11] visitaba casi a diario nuestra oficina, y con Paya mantenían una cariñosa amistad. Nos contaba lo que pasaba en el Congreso, los dimes y diretes con Carmen Lazo y cómo estaban los pobladores. Allende siempre salía a saludarla con mucho cariño, ambos se adoraban.

Payita y su marido tenían tres hijos, Isabel, Enrique y Max, y vivían en la calle Jorge Isaac, al costado de la casa de los Allende Bussi. Supe que se visitaban, que eran buenos vecinos, y que durante la campaña Payita comenzaría a trabajar por Allende.

Con el triunfo, Guardia Vieja se hizo poco adecuada y hubo que recibir delegaciones, políticos y tantas otras personas que querían saludar al candidato triunfante.

Desde su casa se trasladaban alfombras, escritorios y lo que fuera necesario. Ante tantas idas y venidas, decidieron botar una parte de la pandereta divisoria entre ambas casas y abrir una puerta que ayudaría a ese trajín.

Todo esto lo supe por la propia Tati y por el Coco, quienes se habían instalado en Guardia Vieja.

Al poco tiempo de estar en La Moneda, Paya nos contó a Blanca y a mí que había decidido separarse y que estaba buscando casa. No había nada oscuro, Enrique seguía siendo amigo del Doctor y tenía una buena relación con su, ahora, exmujer.

Un día Payita llegó muy alegre y sonriente, y contó que había logrado que su hermana Lina, esposa del pintor Pablo Burchad, le vendiera la casa de Cañaveral, situada en el camino a Farellones.

A los pocos días, fuimos a conocerla. Era una linda casa, con bellas obras de arte, con muebles antiguos, era la Paya.

Sobre Cañaveral se han contado muchas historias, la mayoría carentes de veracidad. Lo que sí es cierto es que, desde entonces, el presidente se iba los días sábados a esa casa, donde se reunía con sus colaboradores más cercanos o con personas muy en privado.

Cuento esto, porque viví en primera persona muchos de esos fines de semana. La Paya con su generosidad habitual, nos invitaba a pasarlo allí, para que los niños tuvieran donde jugar o si era temporada, pudieran bañarse en la piscina. Llegamos a tener una pieza, en el segundo piso.

También llegaban Tati con Luis y la Mayita, y a veces se alojaban en la casa y todos compartíamos con el Doctor algunos gustos especiales.

El presidente arribaba con el GAP, dormía siesta en el lugar que se

había preparado para él, y luego venía la impajaritable sesión de películas de *cowboys*. Creo que me las vi todas, ya que no era solo una, sino dos o tres al hilo.

A la hora de cenar, en general estaban invitados el Perro Olivares con Mirella Latorre, Carlos Altamirano y Paulina, Víctor Pey, Tati, Luis, Eugenio y yo. La Paya se esmeraba y preparaba la comida que le gustaba al Doctor.

Se hablaba de todo. Carlos contaba chistes subidos de tono, lo que al Doctor no le gustaba; Víctor, sus historias en el *Winnipeg*; el Perro, de lo bueno que era comer rico; Mirella, la Mirellita como le decían, más de una vez entonó un bolero. Era una noche de relax.

Podría contar muchas anécdotas que tuve la suerte de compartir.

Una tarde, estábamos esperándolo cuando se produjo una tremenda balacera. Nos tiramos al suelo y Luis, con su pistola, buscaba desde dónde venían los tiros. De inmediato pensamos que era un atentado. Mirábamos hacia la terraza, ya que Luis decía que los disparos venían desde el río.

Pero no, no era un atentado, todo había sido una broma del Doctor. Venía con el Coco y con una parte del GAP, subió la escalinata hacia la terraza y nos dijo: «Mal, mal, mal. Debieron salir por la puerta de atrás». El Coco estaba muerto de la risa y la Tati, furiosa.

De esa «broma», la derecha publicó una foto de Allende disparando con su AK.

Entre las mentiras de los golpistas se decía que en Cañaveral se hacían grandes orgías, y que era tanto el desenfreno, según llegaron a decir, que en medio de la borrachera un auto se había caído a la piscina.

Ese fue el auto de Mirella, que un día no puso el freno de mano y

como estaba estacionada en una pequeña pendiente, el auto se movió. Pero nunca se cayó a la piscina y nunca hubo una borrachera.

Cañaveral era un lugar de descanso, de familia, de niños que tenían la posibilidad de estar tranquilos, jugar, bañarse y estar con sus padres, que poco los veían.

Los mitos sobre Cañaveral son propios de mentes enfermas y que no entienden que la vida es más que el poder.

Capítulo III

La otra Moneda

En el segundo año de gobierno ya no había horario en la Secretaría Privada. Era hasta que el cuerpo aguantara, como se dice.

Sí había una rutina sagrada: el Doctor almorzaba a las dos de la tarde en el gran comedor, en general eran almuerzos de trabajo. En el comedor contiguo almorzábamos a la misma hora nosotras, los asesores y uno que otro invitado; ahí el menú era más austero y no estaba permitido tomar vino u otra bebida alcohólica.

Recuerdo que el Perro Olivares y el Negro Jorquera nos preguntaban qué había de comer para ver si eran capaces de hacerlo con agua. Por eso, muchas veces se arrancaban al restaurante El Nacional, que estaba muy cerca. Pero Allende, que gustaba de sorprenderlos, les decía: «Señores yo los necesitaba y ustedes, nada». Después los dejaba pasar.

Terminado el almuerzo, el presidente dormía siesta. Entre el despacho presidencial y la Secretaría Privada, Payita había acomodado una sala de estar con un sofá cama para que el presidente pudiera dormir la siesta, un descanso no mayor a diez o quince minutos. Era un ritual, en el baño contiguo se ponía su pijama, abría la cama y a dormir.

Recuerdo tantas anécdotas durante esas siestas sagradas.

Una de ellas fue cuando me insistió en que lo despertara a los diez minutos. «No se vaya a olvidar, porque tengo una reunión importante». Me quedé pendiente, mirando el reloj para que no se me pasara la hora.

En el minuto exacto le toqué el citófono, pero no respondió; golpeé la puerta y nada, así que la abrí y lo vi acostado. Asustada, le dije a la Tati: «Tu padre no me contesta». Ella se paró rápidamente de su silla, y ambas entramos muy silenciosas. «Chicho», le dijo la Tati, y en ese momento

escuchamos una gran carcajada del Doctor detrás de la puerta. Nos dijo: «Se asustaron, pero no se preocupen, hay Chicho para rato». Tati se enojó y le señaló que no lo hiciera nunca más, ya que bastaba con los sustos que vivíamos.

Allende tenía un gran sentido del humor.

Entrenamiento en La Habana

Ya estaban nombrados los ministros del gabinete, conformado por socialistas como José Tohá en Interior, Clodomiro Almeyda en Relaciones Exteriores (a quien conocía porque había sido mi profesor de Ciencias Políticas en la universidad), Pedro Vuskovic en Economía, Jacques Chonchol en Agricultura, entre otros.

Ese primer gabinete lo integrarían todos los partidos de la Unidad Popular.

Durante los mil días que duró el mandato del presidente Allende fueron varios los cambios de gabinete, ya que la derecha y la Democracia Cristiana acusaban constitucionalmente a los ministros y Allende los cambiaba de cartera.

José Tohá fue el que tuvo más acusaciones, pero fue el que más estuvo al lado de Allende. Con él teníamos más contacto. A José Tohá siempre le tuve un gran respeto, era muy serio, comprometido y sabía bien lo que hacía. Fue fiel al presidente hasta el último día. Tal vez por eso los traidores y la dictadura se ensañaron con él. Aún hoy, no hay castigo para sus asesinos.

Él tenía una gran responsabilidad, ya que no era tarea fácil mantener al país en orden. José era quien parlamentaba con los distintos sectores políticos, tanto de gobierno como de la oposición. Tuvo que batallar

muchas veces con gente de su propio partido, quienes pensaban que por la vía pacífica no se llegaría a ninguna parte. Incluso con Tati tuvo desencuentros.

El trabajo y las dificultades eran cada día mayores. La derecha y la Democracia Cristiana no paraban de torpedear al gobierno. Las actividades del MIR y de otros grupúsculos de extrema izquierda también aumentaban la tensión. Patria y Libertad actuaba sin castigo; la violencia, los atentados y las provocaciones se sucedían a diario.

Transitando por la Costanera podía apreciar el ondear de sus banderas, sus brazaletes y la impunidad con la que actuaban. Un día llegué a ver a antiguos amigos que, con hostilidad, me gritaban: «¡Comunista de mierda!». Sentí verdadero miedo; las arañas que usaban, parecidas a la simbología nazi, eran de espanto.

Ya en La Moneda, muy nerviosa, se lo conté a Tati y a la Paya. Al día siguiente me dijeron que era bueno que viajara a La Habana para tomar unos cursos. Así que, a poco andar, tomé un avión con destino a Cuba. Me acompañaba Romilio Tambutti (el marido de Isabel Allende); Blanca, que se había ido a la isla para casarse, se nos unió al llegar.

Nos alojamos en el hotel Habana Libre y a las seis de la mañana nos fueron a buscar para trasladarnos a Punto Cero. Allí conocí a compañeros que nos explicaron de qué se trataba el curso y procedieron a darnos unos overoles de camuflaje, unas botas y un rifle AK. Mientras me vestía le grité a Romilio:

—No me atrevo a salir, todo me queda inmenso, parezco una loca.

Él, que tenía un gran sentido del humor, me contestó:

—Arremángatelos, porque por aquí no hay ninguna tijera.

Así lo hice, y comenzó nuestro entrenamiento, que terminaba tipo seis de

la tarde, hora en que volvíamos al hotel, donde nos esperaba un guía para que conociéramos La Habana.

Como al tercer día ya estábamos aburridos de tanto turismo. Queríamos encontrarnos con amigos e invitarlos a una cerveza. Cuando llegamos al lobby del hotel, allí estaba uno de los guías cantando «Tres chanchitos desobedientes...», y no podíamos aguantar la risa.

Una noche nos visitó el comandante Piñeiro y, con su tono característico, nos dijo: «Óyeme, ¿cómo va la cosa?, mira que por allá las noticias no son buenas, está brava».

Esa noche en el bar del hotel pudimos tomar una cerveza cubana.

Piñeiro era encantador, culto, amante del arte y de la revolución, hablamos largamente sobre América Latina y Chile. En la noche le comenté a Romilio sobre la suerte de haber conocido a uno de los héroes de la revolución. Con el tiempo llegaríamos a desarrollar una gran amistad.

Luego de tres días de entrenamiento, recuerdo que nos enseñaron a disparar. Enrique Montero me mostró los primeros pasos. Yo que soy muy baja de estatura y era muy flaca en ese entonces, tomé el AK y me lo puse a la cintura para disparar. La fuerza del arma me empujó hacia la derecha, donde estaba Blanca; por un tris no llegué a herirla.

Luego me indicaron que tenía que hacer otro curso y que estaríamos separados del resto de la delegación chilena. No entendí e inocentemente pregunté por qué. Me explicaron que era un curso más adecuado a mi trabajo específico en La Moneda: se trataba de temas de inteligencia y contrainteligencia. Para esto tuve otro profesor, en una casa común y silvestre del Vedado. Se me aclaró que no debía tener contacto con mi tía Paz, la que se había unido años antes a la Revolución de Fidel.

Mucho tiempo después pude comprobar que mi tía vivía a metros de esa

casa. Me reí cuando supe que las medidas de seguridad en las que tanto insistían los cubanos no eran tan estrictas, después de todo.

Volví a Santiago y era verdad la situación que nos había adelantado Piñeiro. Habían comenzado los cacerolazos, los paros en los centros de abastecimiento, faltaban alimentos y la gente hacía grandes filas para comprar lo necesario.

La oficina de la Secretaría Privada era un torbellino. Allende hacía llamar a los encargados de abastecer el país, les reclamaba su incompetencia. Recuerdo que una tarde se presentó uno de esos funcionarios, y el Doctor lo recibió de pie en nuestra oficina. Le preguntó:

—Compañero, ¿qué pasa con la leche?

—Presidente, sí hay leche Nido, lo que pasa es que la gente compra mucho.

Sin pensarlo ni ponernos de acuerdo, nos paramos con Tati al mismo tiempo y le dijimos:

—No mientas, no hay leche, hemos ido a cuanto lugar hay, y no se encuentra.

Allende lo destituyó al día siguiente.

Era cierto, nosotros al igual que cualquier persona buscábamos comprar cosas para nuestros hijos, y no había. Desde entonces, en broma le dije al Doctor: «Que pasen por aquí, ya que seremos sus rayos X y ninguno le podrá decir mentiras».

En esa ocasión, aproveché de contarle al presidente que con Eva (esposa de Coco Paredes) habíamos ido a comprar Rinso al mercado negro, en los puentes del río Mapocho, y que Eva con su pinta de pituca y su modo agringado de hablar le había dicho al vendedor: «¿Cómo?, muy caro, muy malo cobrar tanto». Tuvimos que salir arrancando, ya que los vendedores

nos empezaron a insultar, nos decían: «Váyanse, momias, hijas de su madre».

Los lazos con la Revolución

La relación del gobierno del presidente Allende con la Revolución cubana había sido estrecha. Allende había visitado Cuba en reiteradas oportunidades y sentía gran respeto por Fidel y por la Revolución, aunque no compartía la forma de llevarla a cabo. Él no estaba de acuerdo con la lucha armada, al menos para Chile; pero creía fuertemente en los cambios revolucionarios.

En algunos de sus viajes lo acompañó Tati, quien fue conociendo más profundamente la Revolución y se convenció de que la única forma de derrotar a las clases dominantes, al imperialismo norteamericano, era a través de la lucha armada.

Sus convicciones la llevaron a prepararse militarmente e incorporarse a la lucha que llevaba a cabo Ernesto Che Guevara. Desde la retaguardia, tenía un importante rol: llevar adelante la logística y la mantención de los combatientes.

Todos sabían que era una militante del Partido Socialista, que pertenecía al grupo denominado «los elenos» —así llamados por su apoyo al Ejército de Liberación Nacional (ELN)[12] de Bolivia—, pero muy pocos sabían de su actuar clandestino. Esto la llevaría a tener estrechos lazos con otros movimientos revolucionarios de América Latina.

Durante sus estudios de medicina en la Universidad de Concepción conoció a Miguel Enríquez, con quien estableció una profunda amistad.

Los integrantes del grupo de los «elenos» en Chile fueron Elmo Catalán,

Arnoldo Camú y Beatriz Allende, además de algunos dirigentes sindicales, entre ellos los de Chuquicamata, como Carlos y Fernando Gómez.

Una vez que fue aniquilada la guerrilla del Che en Bolivia, los «elenos» chilenos participaron del rescate de los que se habían salvado, como Inti Peredo, quien logró cruzar la frontera de forma clandestina.

Inti volvió a Bolivia y se instaló en La Paz, donde tiempo después murió combatiendo. A él lo sucedió su hermano, el médico «Chato» Peredo, con quien la relación no fue fácil. Sus medidas de seguridad se relajaron y los compromisos de estar al margen de la política interna chilena no se cumplieron. Recuerdo haber tenido una seria discusión con Coco Paredes, quien me exigió suspender toda colaboración con ellos.

Sobre Tati y sus convicciones, habría que preguntarse cómo fue que aceptó los planteamientos del Doctor y del proyecto de la Unidad Popular. Ella amaba profundamente a su padre, era su regalona, su cable a tierra. Lo respetaba y admiraba su tenacidad y su compromiso con los más pobres. Sabía que el camino elegido era difícil y hasta imposible. Pero era su padre. El que le enseñó a apreciar la vida, a conocer el dolor de los desposeídos; el que le enseñó que la medicina era un camino para entender la realidad de un país. Tati no se podía restar de este nuevo camino de búsqueda de la justicia.

Recuerdo, como si fuera hoy, el cariño que se expresaban, las miradas tiernas, la preocupación sincera, la aceptación y el respeto mutuo. Nunca he vuelto a ver ese amor entre padre e hija.

En la Secretaría Privada, Beatriz Allende era una compañera más, jamás hizo que sintiéramos que era la «hija de».

Era sencilla, tanto que Allende me decía en voz baja: «Por qué no le compra una ropita a la Tati», o «dígale que no se peine con ese moño que

parece pie de lámpara». Pero a ella nada de eso le interesaba, su foco estaba en otra parte, había que lograr vencer, hacer realidad una nueva sociedad.

Tati era tímida, tranquila, pero tenía un carácter fuerte, no había tiempo para el cansancio ni para la tristeza.

Sus relaciones fueron estrechas con los movimientos revolucionarios de América Latina. Ella era la interlocutora entre ellos y su padre. También participaba el Coco Paredes, que había sido nombrado director de la Policía de Investigaciones.

Era la época de las dictaduras en nuestro continente.

De pesca con Fidel

En la segunda semana de mayo de 1971, Tati me pidió acompañarla a Cuba. Iría a entregarle a Fidel una copia del primer mensaje a la nación que Allende daría al país el 21 de ese mes. Nos acompañarían un grupo de militantes del Partido Socialista y Luis Fernández Oña, segundo miembro de la embajada de Cuba en Chile y esposo de Tati.[13]

Para mí, conocer a Fidel era una alegría inmensa. Había escuchado tanto sobre su figura, había leído sus discursos y encontrarse con un líder de esta categoría era un privilegio.

Llegamos a La Habana y en el aeropuerto nos recibieron el comandante Manuel Piñeiro, José Abrantes y otros personajes que no conocía.

Nos alojaron en el Hotel Riviera, nos invitaron a cenar y nos señalaron que al día siguiente sería la entrevista con Fidel. No había una hora específica para el encuentro, solo nos dijeron que debíamos esperar.

En el intertanto, Luis me dijo: «Oye, cuando te presenten al comandante, puede ser algo incómodo, porque con Paz (mi tía revolucionaria) hay cierta

tensión». Esto me atemorizó, porque no tenía idea de qué se trataba y no podía imaginarme que Fidel pudiera decirme algo.

Al mediodía nos pasaron a buscar para ir al Comité Central y reunirnos con Fidel. Recuerdo que Tati llevaba en sus manos el mensaje que Allende pronunciaría días después. Estaba nerviosa, pero más hermosa que otros días, tal vez la emoción la hacía verse tan brillante.

Entró Fidel, con su traje verde oliva, y como si nos conociera a todos nos fue dando la mano. Tati dijo algunas palabras y se lo entregó. Fidel, muy sencillo, dijo: «Salvador tiene una gran misión sobre sus espaldas, le deseo que se cumpla y que su revolución sea exitosa».

Sirvieron un café —frío como siempre—, y se conversó sobre Chile y sobre lo que pasaba en el mundo con la Guerra Fría.

Partimos al hotel, y Piñeiro señaló que por la tarde se acercaría a nosotros de nuevo. Creo que todos estábamos emocionados y algunos salimos a caminar.

Cerca de las seis de la tarde apareció Ulises, un negro alto, estupendo, muy buenmozo. Al principio creí reconocerlo, me pareció haberlo visto en Punto Cero, pero no estaba segura, porque andaba de civil. Se acercó a Tati y algo le susurró. Ella se aproximó al grupo y nos dijo: «Vamos, nos están invitando a Varadero».

Felices nos subimos a los autos. Era una comitiva que estaba conformada por unos cinco o seis vehículos, que nos esperaban en la puerta del hotel. Nunca tuve tanto susto como en aquella ocasión: viajábamos a más de 130 kilómetros por hora y yo pensaba: «Aquí me muero, hasta aquí llego».

De repente la comitiva se detuvo, nos bajamos en una caleta, un lugar donde había muchas lanchas. Varios de nosotros nos miramos sin saber nada, y estábamos en eso cuando apareció Fidel y nos dijo que íbamos a salir de pesca y que esperaba que a todos nos fuera bien.

Fidel nos daba la mano para subirnos y Ulises nos presentaba. Me volvió el temor, porque pensé que cuando le dijeran mi nombre se acordaría de mi tía Paz. Y cómo saber cuál era el problema que se había suscitado entre ambos.

Entonces, Ulises dijo: «Ella es Patricia Espejo». Y Fidel preguntó: «¿Pariente de Paz?». Creo que tiritando le contesté que sí. Allí, Fidel me expresó con mucho cariño: «Óyeme, ¿cómo está ella? La revolución le debe mucho, fue de las primeras en llegar a ayudarnos, se encargó de la universidad e hizo un trabajo magnífico».

Suspiré aliviada y miré a Luis con ganas de ahorcarlo. Obviamente, había sido una broma suya.

Antes de subir al barco, Fidel saludaba a todo el que estuviera por allí, les sabía los nombres, les preguntaba por los hijos. A uno le preguntó: «Y tu mujer, ¿ya parió?». Me pareció que era un pescador, y este respondió: «Sí, comandante, y se llama Alejandro». Fidel sonrió, porque ese era su nombre en la sierra.

Yo no podía creer la memoria de Fidel, aunque vi que siempre detrás de él andaba uno de los escoltas tomando notas.

Ya arriba de la embarcación, nos ofrecieron cañas de pescar, cerveza y algo para comer. Tati y yo no quisimos las cañas, porque no teníamos ni idea. Además, a mí me pareció que era más importante escucharlo. El grupo que nos acompañaba sí lo hizo, y recuerdo que les fue fatal, no pescaron ni un solo pecesito. La mayoría se mareó y tuvieron que recostarse en los camarotes.

Fidel pescaba y conversaba. Con Tati era muy cariñoso y le preguntaba de todo, por su familia, por su embarazo. Era una conversación abierta y sin protocolo. Yo hablaba con Piñeiro y con Ulises, parecía una charla entre viejos amigos.

Con los compañeros —recuerdo que estaban Arnoldo Camú y Ricardo Pincheira—, Fidel hablaba de lo que había vivido durante la preparación de la Revolución. Habló de lo importante de la disciplina, de hacer profundos análisis para no fallar. Me acuerdo perfecto que Arnoldo y Ricardo lo escuchaban emocionados.

En un momento en que me quedé sola con Tati, le dije: «Estoy aturdida, no puedo creer que Fidel haya pescado tanto, ¿no será que alguien le pone los pescados?».

«Cállate, no te vayan a oír», y nos reímos. Creo que fue una forma de relajarnos, porque estar con Fidel era muy tenso, ya que él siempre estaba haciendo preguntas.

Nuestro viaje de pesca terminó cerca de las dos de la madrugada y nos llevaron a unas cabañas en Varadero.

A la mañana siguiente, Fidel en zapatillas de levantarse, nos preguntó si habíamos descansado lo suficiente, ya que sabía que a mediodía tomábamos el avión rumbo a Santiago.

Una experiencia para no olvidar.

Llegamos de regreso entrada la noche, Tati se fue a Tomás Moro y yo a mi casa, aún estaba nerviosa.

Movimientos revolucionarios

Entre los años sesenta y setenta, los movimientos guerrilleros surgieron en casi toda América Latina. En plena Guerra Fría y con el triunfo del movimiento 26 de julio encabezado por Fidel Castro y la batalla llevada por el Che en Bolivia, muchos jóvenes que querían cambiar el mundo vieron en ellos reflejados sus ideales de que los pobres pudieran ser dueños de su destino, y donde la miseria y la injusticia fueran eliminadas de raíz.

En Argentina surgieron los grupos guerrilleros Montoneros y el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP) y en Uruguay, el Movimiento de Liberación Nacional más conocido como los Tupamaros. Si bien estos grupos no tendrían la misma formación política, sí tenían en común el camino de la lucha armada.

En Argentina las guerrillas se concentraron en las zonas urbanas, donde su principal accionar fue el asalto a bancos y los secuestros como la herramienta para obtener recursos y así conseguir las armas.

Mario Roberto Santucho fue quien encabezó el combate. Fue detenido en 1971 y trasladado primero a la cárcel de Villa Devoto, de la ciudad de Buenos Aires, y luego fue llevado al penal de máxima seguridad de Rawson. Desde allí logró escapar y, junto a otros nueve compañeros, secuestró un avión que llegó a Pudahuel, donde se entregó a las autoridades chilenas.

Esto fue un nuevo dolor de cabeza para el presidente Allende. Argentina solicitó que Santucho y su gente fueran repatriados, y el Doctor envió al general Mario Sepúlveda a parlamentar con el presidente argentino, el general Alejandro Agustín Lanusse.

Recuerdo que en esa ocasión el general Carlos Prats recibió la visita de un enviado especial del gobierno argentino. Y también llegaría a hablar con el presidente nuestro embajador en Argentina, Ramón Huidobro, quien era amigo personal de Allende y padrastro de su sobrina, Isabel Allende Llona. Él le explicó que la situación era bastante difícil, dadas las buenas relaciones que había con el gobierno de Lanusse.

En medio de la controversia diplomática, Tati intervino ante su padre para buscar una solución que significara la no repatriación de los diez revolucionarios —entre ellos Mario Roberto Santucho—, quienes permanecían dentro del avión, ya que Chile no les había dado asilo político.

En vista de que no había una solución rápida, Tati y Payita decidieron que había que enviarles ropa y víveres para su mantención. Así que salí a comprar, al ojo, ya que Tati solo conocía a Santucho, el resto nadie sabía quiénes eran ni menos su talla. Como tampoco sabíamos cuál sería su destino final, decidí comprarles ropa de invierno. En Chile estábamos en agosto y el frío era intenso. En la chaqueta destinada a Santucho, puse una notita deseándoles buena suerte.

Allende citó a una reunión en Tomás Moro al general Prats, al ministro de Defensa, José Tohá (que había cambiado de cartera tras una acusación constitucional en su contra) y al embajador Huidobro. El presidente les expuso dos posibilidades: dejarlos en Chile bajo prisión, o enviarlos a un tercer país. «Ambas», dijo, «me traerán problemas».

Al final, el avión despegó del país con rumbo a La Habana, Cuba.

Los tupamaros

En esos años, la represión se hizo cada vez más brutal en Uruguay, donde gobernaba Juan María Bordaberry, quien utilizó todas las fuerzas para aniquilar al Movimiento de Liberación Nacional, Tupamaros.

Sus acciones clandestinas estaban dirigidas a realizar operaciones que les permitieran subsistir y mantener la operatividad de la organización. A través de la propaganda armada se plantearon el reclutamiento de la clase obrera y de los estudiantes.

En diciembre de 1971 llegó a Chile uno de los primeros tupamaros. Su nombre era William Whitelaw y había sido liberado tras ser acusado por «asociación para delinquir». Willy, como le llamábamos, había estado detenido y había sido torturado en distintos lugares.

Los militares uruguayos los liberaban y en la puerta de los recintos los

volvían a apresar. Willy logró asilarse y salir de Uruguay rumbo a Chile. Luego llegaría Fernando Barreiro, quien también soportó crueles torturas y pasó por diferentes cuarteles hasta llegar a Chile el 24 de diciembre de ese mismo año. Más tarde llegó Natalio, mecánico automotriz que había sido apresado por las mismas razones y también vivió el horror de la tortura. Hasta hoy está desaparecido, fue detenido en Argentina como parte de la Operación Cóndor.

Tati, quien tenía relaciones con los movimientos revolucionarios de América Latina, coordinó la ayuda para que tuvieran condiciones para sobrevivir. Se trababa de hacer válida la solidaridad entre quienes sufrían la represión. Allende solo puso como condición que sus actividades políticas no interfirieran en el proyecto de la Unidad Popular, pero siempre hizo hincapié en que durante su gobierno los derechos humanos serían respetados como elemento central de su política.

Me tocó atender a un grupo de unos diez tupamaros y les conseguí una casa con un excompañero de trabajo. Le dije: «Manuel, ¿me puedes prestar tu casa?», y sin preguntarme nada, me pasó las llaves. Me imagino que él entendía de qué se trataba. Era comunista. No le importó que un tiempo después una compañera del mismo partido lo acusara de estar ayudando a «guerrilleros».

La casa era perfecta, estaba alejada de la ciudad y era como un pequeño campo. Allí podían ayudar a mantenerla y entretenerse, porque no podían salir. Yo iba una vez que terminaba mi trabajo en la Secretaría y les llevaba café y yerba mate, que era difícil de conseguir.

Los recuerdo estudiando, conversando y cumpliendo con las tareas domésticas que cada uno tenía que cumplir. Compartían la comida. Natalio, un hombre alto, fornido y de barba, era obrero y se enojaba porque le

hacían leer *El capital*. Caminaba y decía: «Qué me importa a mí *El capital*, yo soy un obrero, un trabajador. No sé nada de teoría, yo soy práctico».

Con ellos aprendí a valorar y a respetar lo que significaba la entrega por sueños de igualdad.

Isabel Jaramillo, que había entrado a trabajar a la Secretaría Privada, se había enamorado de Willy Whitelaw. Con él compartimos largas conversaciones en mi casa, ya que él viajaba constantemente e Isabel estaba embarazada y se quedaba en mi casa.

Cuando José Mujica ganó la presidencia de Uruguay, no tuve dudas de que sería un gran presidente. Era un tupamaro.

El MIR

En Chile existió el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR). Nació en agosto de 1965 como un movimiento político y revolucionario de carácter marxista-leninista, y su forma de lucha estaba basada en la insurrección armada. En su formación, la Revolución cubana jugaría un papel relevante.

El grupo estaba formado por jóvenes profesionales, de clase media ilustrada que se planteaban tomar el «poder burgués» en favor de los trabajadores del campo y la ciudad.

A ellos los conocí antes de llegar a La Moneda, cuando sus actividades estaban concentradas en la construcción de un cuerpo armado, para lo cual era necesario contar con los recursos. El asalto a bancos fue una manera de lograr ese objetivo.

Al mediodía, y cuando los estudiantes salían del Colegio San Gabriel, en calle Bilbao con Tobalaba, un grupo asaltó el banco de la

esquina contraria. Las jóvenes al ver a estos muchachos tan buenos mozos, los saludaban y Andrés Pascal les contestaba enviándoles saludos y besos.

Fui testigo de esta «hazaña» porque era la hora de recoger a los niños en el colegio.

Cuando volví ese día al hospital, le conté a Tati lo que había visto fuera del colegio, pero no hizo ningún comentario, ya que estábamos en un seminario con varios médicos y estudiantes.

Al día siguiente, Tati me contaría con mucha discreción de qué se trataba. Desde entonces, empecé a conseguir apoyo logístico, pero sin saber para quiénes era. Vine a saberlo años después, en el exilio en Cuba, cuando llegó a La Habana el primer mirista, Jorge Fuentes (el Trosko).

Un día me dijo: «¿Vamos a andar en lancha? Vamos a Regla». Lo tomé como un paseo, pero no, fue para decirme de manera muy secreta que Miguel Enríquez me había autorizado a ser exiliada política.

Yo me sorprendí, no entendía por qué había que pedir permiso si se trataba de salvar la vida.

«Es la política del partido», me dijo, «nadie puede asilarse».

Allí empecé a militar en el MIR.

Al principio, me pareció interesante y me servía para ocupar mi cabeza; luego llegaron otros militantes y comenzaron las interminables reuniones para discutir si la dictadura era o no fascista.

Se establecían reglas, formas de pensar, que no iban conmigo. Fui criticada porque fumaba cigarrillos ingleses, que compraba con dólares enviados por mi madre. Me decían que no podía tener a una

persona que me ayudara en la casa. Era «conflictiva y pequeñoburguesa».

A pesar de todo, milité hasta julio de 1978.

El año decisivo

Durante los meses de noviembre y diciembre de 1970 se organizó el gobierno, pero no fue hasta 1971 que realmente comenzó la Unidad Popular. Fue en ese tiempo cuando Payita asumió un rol de importancia. Ella tenía una capacidad de organización, ideas y un manejo político increíble. Se preocupó de todo lo concerniente al presidente en el ámbito político.

Había dos agendas: una pública, que era la que manejaban los edecanes, y la agenda privada, que era la que pasaba por la Secretaría Privada.

El Doctor recibía por la Secretaría a muchas personas que no siempre participaban activamente de la política o militaban en alguno de los partidos. Algunos eran amigos de la infancia, otros eran conocidos de Paya y otros contactos del mundo empresarial, con el cual ella tenía una buena relación.

En cambio, las relaciones de Paya con la familia Allende no eran fáciles, salvo con Tati y Laurita, con quienes había desarrollado un vínculo de cariño y amistad.

La señora Tencha, la primera dama, era una mujer formal, muy respetuosa del Doctor. Ella lo llamaba por citófono o a través de los edecanes. Y si llamaba a la Secretaría Privada, era yo quien contestaba. La relación con la Tencha siempre la llevé yo, porque así se fue dando. Y puedo asegurar —porque me pasaba casi todo el tiempo en la Secretaría—

que jamás la Paya ni el Doctor demostraron una relación más allá del cariño.

La Paya no tenía casi fotos con el presidente, a lo más una o dos, porque nunca quiso figurar en nada. Y eso fue lo que le salvó la vida. No había fotos de ella para el golpe. Los militares no tenían cómo reconocerla, y la buscaban con una foto carnet de unos diez años antes.

Por otro lado, mi relación con Allende resultó muy formadora para mi vida entera, porque había un trato de absoluta igualdad. Nunca escuché al presidente levantarnos la voz a ninguno de nosotros mientras trabajábamos en La Moneda. Jamás. Era cariñoso. Y también obsesivo. Tenía una fijación con la banda presidencial. «Usted es responsable de la banda, porque si pasa algo, tiene que estar muy bien guardada», me decía.

Allende tenía una relación especial con las mujeres. Era feminista para su tiempo. Tenía un tremendo respeto por todas nosotras. Las personas encargadas de la prensa en su equipo eran casi todas mujeres. Nombró ministras mujeres, incentivó la participación de la mujer en diversas áreas, aprobó varias medidas en beneficio de la población femenina. En 1972 creó la Secretaría Nacional de la Mujer y fue el primer presidente que quiso crear un Ministerio de la Mujer, el que iba a estar encabezado por la psicóloga y militante del MAPU, Carmen Gloria Aguayo, pero que no alcanzó a materializarse a causa del golpe.

Uno de los hitos de su administración tuvo lugar a mediados de ese año decisivo. En julio de 1971 se aprobó la nacionalización del cobre, sin pago de indemnización para los norteamericanos. Recuerdo que a mediodía se declaró que: «Los chilenos somos dueños del cobre». Allende planteó que el cobre sería «el sueldo de Chile».

Ese día almorzamos en La Moneda y el presidente supuestamente se iba

a dormir la siesta. Entonces llegó Jorge Arrate, que en ese momento era el presidente de Codelco. Me dijo: «¿Puedo hablar con el presidente?». Yo le respondí: «Entra, pero se debe estar por acostar a dormir». Entonces vimos al Doctor, muy elegante y contento.

Yo estaba sentada en mi escritorio, Allende parado en la puerta de la oficina y Jorge Arrate, al lado de mi teléfono. Allende le dijo:

—El presidente le ha encomendado avisarle al embajador de los Estados Unidos que hemos nacionalizado el cobre, sin indemnización.

—¡¿Qué?! ¿Cómo? ¿Yo, presidente? —respondió alterado Arrate.

—Sí, usted lo tiene que llamar —insistió Allende.

Pienso que Arrate envejeció varios años ese día. Y se notaba que el Doctor también estaba nervioso. Se fue a su oficina, mirando hacia la puerta. Entonces, Arrate me dijo: «Préstame el teléfono». «Claro, usa ese que está ahí», le indiqué, con un terror risueño. Entonces, Arrate pidió hablar con el embajador de Estados Unidos y le informó que él era el presidente de la Corporación Nacional del Cobre de Chile, que desde ese momento el cobre había sido nacionalizado y que no se pagaría indemnización.

Cortó y de inmediato pegué un grito. El Doctor decía «bravo, bravo», y lanzó una grosería, algo que él nunca hacía.

Estábamos emocionados, pero ese fue el comienzo del fin. Ningún país se había atrevido a hacer una cosa así. En ese mismo instante, partió una guerra abierta... porque la subterránea había empezado el mismo 4 de septiembre de 1970, o tal vez antes.

Mientras escribo esto, me doy cuenta de que la cabeza actúa de maneras muy curiosas. Recién ahora, después de casi cincuenta años, soy consciente de que me tocó vivir como testigo privilegiada un momento crucial en la historia de Chile. Con Jorge Arrate —con quien somos muy amigos hasta el

día de hoy— nunca hemos comentado lo importante que fue para cada uno de nosotros ese día. Siempre nos reímos de eso, porque fue todo susto y nervios. Uno podía pasarse todo tipo de películas: «¿Y qué va a contestar el embajador?», «¿y si nos manda los tanques?».

Allende estaba nervioso, luego se puso feliz y después serio, y enseguida dijo: «Bueno, es otra etapa. Viene una etapa nueva y dura. No hay que bajar la guardia».

Ahí estábamos Arrate, la Payita, Allende y yo.

Quizás Arrate debía haber hecho esa llamada oficial desde las oficinas de Codelco. Pero no, el Doctor era así, y consideró que tenía que escuchar ese diálogo, porque era un tremendo triunfo para él. Además, Jorge hablaba bien inglés, en cambio el presidente no hablaba ni dos palabras en ese idioma.

Me acuerdo de que el embajador contestó muy cortante.

Los doctores

En La Moneda se acercaba el 21 de mayo y el trabajo debía continuar.

Las protestas seguían, la derecha se fortalecía, la DC aumentaba sus críticas, la CIA actuaba y no se sabía qué reacción se produciría en el Congreso.

Por su parte, también la UP se consolidaba y la seguridad fue en aumento.

Fue así como junto al GAP se formó un equipo médico que estaría a cargo tanto de la salud del presidente como de actuar en casos de atentados.

Ese equipo fue conformado de manera voluntaria y sin sueldo, por

los doctores Arturo Jirón Vargas, Patricio Guijón y Óscar Soto, el médico de cabecera de Allende, quien venía acompañándolo desde los inicios de su mandato.

Además, el presidente había nombrado a los doctores Bartulín y Pucci para que atendieran al personal.

El equipo médico junto a Félix Huerta, intendente de palacio, habían considerado oportuno tener un lugar donde pudiese funcionar un pequeño pabellón quirúrgico, lo que no se alcanzó a realizar.

Capítulo IV
Fidel en gira

La recordada visita de Fidel Castro a Chile comenzó a gestarse cuando fuimos a presentarle esa primera cuenta pública a Cuba. Tati le transmitió que su padre se sentiría muy halagado de que nos visitara y pudiera ver, en persona, el proceso chileno. En aquella ocasión Fidel no dijo ni sí ni no, contestó con un «muy amable». Seguramente el protocolo debía ser que primero tenían que revisar bien toda la situación política, la seguridad, la posibilidad de un atentado, todas esas cosas que tenían los cubanos metidas en la cabeza. Ahí se empezó a pensar ese viaje, pero tras la nacionalización del cobre se confirmó.

La visita, que en un principio se suponía iba a ser corta, de unos cinco o seis días, se convirtió, a petición del Partido Socialista, en una gira por todo el país. Eso significó que había que tener medidas de seguridad extremas y el arribo de una avanzada del equipo cubano que venía a ver las condiciones de la estadía de Fidel, dónde iba a dormir, lo que iba a comer, los autos que iba a usar y un largo etcétera.

Tati, como siempre me había dicho que yo tenía cara de cuica, me planteó que iba a tener que acompañar a los dos compañeros que iban a revisar las medidas de seguridad. Eso fue en septiembre de 1971. Con ellos empecé a buscar casas de seguridad, pues Fidel siempre dormía en diferentes lugares, incluso en La Habana.

Las casas que nosotros podíamos ofrecer como gobierno eran Tomás Moro y Cañaveral. La Moneda no, porque no era un recinto para dormir. La Payita, con ese optimismo que tenía, hizo construir en el mismo Cañaveral un departamento aparte, precioso. Los cubanos lo fueron a ver y dijeron:

«Mmm, sí, interesante», pero ni una palabra más. O sea, nunca supimos si iban a ir allí o no.

Continuamos buscando y recuerdo haber visitado unos palacetes en Los Dominicos, que en esos años estaba fuera de la ciudad misma. Me vestía lo más elegante posible para ir en el auto, seguida por otro vehículo más, aunque se mantenían a cierta distancia. Me sentaba al lado del chofer, José Riveros, que era un cubano miembro de la avanzada, pero cuando ya estábamos a punto de llegar a la casa que íbamos a visitar, me cambiaba de lugar y me sentaba atrás. Entrábamos, miraba y me hacía la estúpida, y le preguntaba al chofer: «¿Qué le parece a usted, José, la casa? ¿Usted cree que le gustará o la encontrará incómoda?».

Ese show duró varios días. Nunca arrendé ninguna casa. Supongo que al final se ocuparon otras.

Luego empezó el tema sobre lo que Fidel iba a comer y lo que no. Había que comprar la comida en diferentes supermercados: pedían latas de atún, arroz y porotos negros, que en esa época no se vendían en Chile. Así que había que decirles: «No, porotos negros aquí no hay, tienen que traer».

Como no lograba comprar nada, le pedí a mis amigas que fueran a conseguir las cosas a Vitacura y Las Condes. La comida se comenzó a guardar en Cañaveral. Ahí hubo algunos encontrones entre el GAP y la guardia cubana.

Fidel Castro llegó al país el 10 de noviembre y se fue el 4 de diciembre de 1971. Esos días fueron un horror para los que trabajábamos en La Moneda.

El contexto chileno

A esas alturas habíamos cumplido recién un año de gobierno. Allende ya

había implantado una serie de medidas que eran parte del programa de la Unidad Popular, algunas muy difíciles y que tuvieron mucha resistencia, como la posible estatización de la banca. También, algunas fábricas pasaron al poder del Estado y hubo una efervescencia en las zonas rurales, en gran parte instigada por el MIR y por el Movimiento Campesino Revolucionario, que comenzaron a tomarse los fundos. Salvador Allende tuvo bastantes discusiones con la gente del MIR por eso.

Fue con ese cuadro de fondo que se realizó la visita de Fidel a Chile. Pasábamos por un momento muy tenso en el país, y teníamos a la derecha haciéndole la guerra a cualquier medida que implementara Allende.

Los grandes empresarios, la banca y las transnacionales ya habían sacado en buena medida sus capitales del país. Algunos empresarios se habían ido o habían enviado a sus hijos fuera. Esto causó una corrida bancaria que trastornó los proyectos del gobierno. La toma de la fábrica textil Yarur, que fue expropiada y traspasada a la cooperativa formada por sus propios trabajadores, también puso el ambiente muy tenso. La familia Yarur, propietaria de aquel negocio, tenía un tremendo poder económico en ese momento. A lo anterior había que sumar que para esa fecha el consejero de seguridad nacional de Estados Unidos, Henry Kissinger, ya había dicho que no iba a aceptar ninguna nueva Cuba en América Latina. Por eso fue que la venida de Fidel Castro a Chile fue un duro golpe para Estados Unidos.

Justo en esos días nos enteramos de que estaban llegando remesas de dinero desde Norteamérica que no estaban siendo declaradas y eran dirigidas a personas de las que no se sabía su identidad. Uno de los que recibieron esos aportes en dólares fue el dueño del diario *El Mercurio*, Agustín Edwards, lo que debió ser por junio de 1971.[14]

Por ese mismo tiempo se formó Patria y Libertad,[15] que todos los días amenazaba con bombas, con atentados, con que iban a matar a tal o cual. En

ese periodo tuvieron como uno de sus objetivos impedir la venida de Fidel e infiltraron a gente de izquierda, incluso en la Vanguardia Organizada del Pueblo (VOP), entre ellos el famoso Osvaldo «Guatón» Romo.

Ese año el país estaba en un estado de conmoción tremendo. Ya había comenzado el desabastecimiento, que se sabía que era provocado, ya que había certeza de que las cosas llegaban al país y que había suficiente producción, pero que se escondían y no se vendían al público. El ambiente era complejo y, claramente, la visita de Castro no fue de lo más apropiada, dadas las circunstancias por las que atravesaba el país.

Pocos días antes de su arribo hubo enfrentamientos en zonas rurales entre la derecha y el MIR. Eso hizo que el ministro del Interior, José Tohá, tomara fuertes medidas de seguridad para el presidente Allende y para el gobierno. El encargado de la seguridad para la visita de Fidel Castro por parte de Carabineros fue el general César Mendoza, quien cumplía funciones en la Intendencia; mientras que por parte de los militares estuvo encargado el general Augusto Pinochet, comandante en ese entonces de la Guarnición de Santiago. Esa es la razón por la que en todas las fotografías donde se ve a Fidel Castro entregando una ofrenda floral a los pies de las estatuas de O'Higgins y José Martí, aparece Pinochet a su lado.

En alerta permanente

En principio, el programa de la visita de Fidel consistía en una gira de cinco o seis días, no más. Pero el Partido Socialista empezó a presionar para que Castro se quedara más días y conociera otros lugares, incluso Punta Arenas, donde estuvo junto a Allende.

Cuando estaba todo dispuesto para su arribo, fuimos junto a Payita a ordenar y limpiar la habitación que se le había preparado en la casa de

Cañaveral, porque estábamos convencidas de que se quedaría allí. Nos encontramos con mucho movimiento de miembros del GAP, debido a que ya habían llegado Fidel Castro y el presidente Allende.

En la casa había una alfombra maravillosa, que Fidel dejó manchada entera con sus botas. Nos reímos y conversamos. Ahí me reconoció. Al final, no se quedó a alojar en Cañaveral como pensábamos, por consejo de su gente de seguridad. Habían considerado que no era buena idea, debido a que la casa estaba cerca de un río, y también porque por ser un sector cordillerano la casa de arriba lucía una piedra gigante, y los cubanos pensaron que se le podía caer encima a Fidel.

Mientras estuvieron reunidos en la casa de Cañaveral, el presidente y su ilustre invitado conversaron extensamente sobre la situación del país, la cual Fidel conocía por completo. Estaba enterado de las tensiones, del MIR, de la toma de los fundos. Y también de las cosas ricas que iba a poder comer mientras estuviera en Chile. Hablaba de los pescados, que le encantaban, y también de la torta de lúcuma, que no se le había olvidado desde que Tati se la llevara a Cuba en una ocasión.

Luego, Fidel se fue sin rumbo conocido.

El día 11 fue el saludo protocolar en La Moneda. Luego hubo todo un enredo entre las escoltas, pues tenían que salir a colocar una ofrenda floral a Bernardo O'Higgins, acto en el que debían asistir tanto el secretario general de gobierno como el canciller y el general Pinochet, por su cargo. Se hizo la fila de los autos para que partieran todos juntos y en ese instante se produjo un desorden tan atroz, porque nadie sabía en qué orden debían salir. En medio de esa locura, dejaron abajo al embajador chileno en Cuba, el joven militante del MAPU, Enrique Vega. Me acuerdo que nosotras, con la Tati y la Payita, le decíamos: «Corra, corra».

Esa noche, el gobierno dio una cena de gala, a la cual se invitó al cuerpo diplomático, a los ministros y sus esposas, a los militares y a los jefes de las ramas de las Fuerzas Armadas. La gran preocupación, tanto de la escolta de Fidel como del GAP, era la posibilidad de un atentado, así como un posible envenenamiento en la comida.

A Fidel ya le habían hecho varios atentados durante su mandato y era muy cuidadoso con lo que comía y tomaba.[16] Junto a Paya nos pasamos toda esa tarde en la cocina. En ese tiempo las Fuerzas Armadas eran las que hacían toda la operación de logística en La Moneda, y la Armada se encargaba de la comida. Estuvimos como unas tontas, las dos revisando las ollas, aunque no había ninguna posibilidad de que pudiéramos darnos cuenta o detectar algo extraño en medio de unas tremendas ollas con mariscos.

No fuimos a la recepción. Y esa noche tampoco supimos dónde se alojó Fidel. Se retiró temprano y al día siguiente se fue a Antofagasta.

Ahí empezó su interminable gira. Junto al presidente Allende visitó Chuquicamata, se reunió con los trabajadores, que habían estado en huelga, situación que el Doctor había logrado revertir. Estaban pidiendo un 47 por ciento de aumento salarial, que no se les podía dar en ese momento. Después, Castro continuó su viaje a Iquique, y en eso llegaron a Chile François Mitterrand y su mujer, que era bastante amiga de Tencha.

En Iquique se generó otro pequeño trastorno, porque en esa época estaba de alcalde Jorge «Choro» Soria, a quien se le ocurrió emperifollar hasta las playas de Iquique, poniendo palmeras, haciendo arreglos en las calles y organizando bienvenidas, lo que al presidente no le gustó nada, básicamente por recato. Fidel tuvo una actitud muy bonita: en Iquique vivía la mamá del Elmo Catalán, que había sido uno de los guerrilleros que acompañó al Che, y la fue a visitar. Él hacía ese tipo de cosas.

Más tarde, hubo problemas en Concepción, porque Fidel habló en la emblemática universidad, donde se reunieron miles de estudiantes. El MIR participó y hubo desmanes, pero nada de importancia. Claro que estábamos aterrorizados ante un posible atentado explosivo. A La Moneda nos solían llamar por teléfono para asustarnos, avisando de intentos de asesinato de Fidel. El equipo siempre estaba tenso, y esa fue la actitud predominante durante el tiempo que Castro permaneció en nuestro territorio.

La calle estaba muy movida. Mucha gente no quería que Fidel estuviera acá, algunos partidos políticos lo declararon *persona non grata* y Patria y Libertad anunció que lo iban a matar, que habría atentados y enfrentamientos. Eso provocó entre nosotros tener que estar todo el tiempo en una actitud de alerta permanente, lo que causaba un agotamiento enorme, quizás me atrevería a decir que el mayor de los mil días que estuvimos en La Moneda.

Luego de Concepción, Allende lo invitó a navegar, junto al almirante Montero, hacia Punta Arenas. Se fueron viajando por los canales australes y fueron recibidos con gran alarde de cariño por parte de la gente de la zona de Magallanes.

En todas partes lo nombraron ciudadano ilustre y le daban las llaves de la ciudad. Fidel era un personaje con el que la gente quedaba muy conmovida, porque era historia viviente. No era un líder cualquiera. La gente salía a las calles a saludarlo. Las mujeres se volvían locas por él, porque era muy buenmozo. Un hombre alto, fachoso, simpático y poseedor de un muy buen sentido del humor.

A su regreso a la capital, el comandante en jefe del Ejército, general Carlos Prats, lo invitó a un ejercicio de montaña en Santiago.

Luego que terminaron los actos masivos y los compromisos oficiales, se reunió con la Central Única de Trabajadores (CUT), con los sindicatos, con

los estudiantes universitarios. Se supone que en esa fecha ya tenía que haberse ido, pero en cambio se agendaron más y más reuniones con todo tipo de agrupaciones de distintos sectores. A Fidel eso le encantaba. Él era un hombre conversador y podía hablar horas con la gente.

El largo adiós

Finalmente, el 2 de diciembre de 1971 fue el acto de despedida de Fidel Castro en Chile, que se realizó en el Estadio Nacional. Todo el mundo quería asistir y el teléfono en las oficinas de la Secretaría Privada sonaba y sonaba.

Ahí sí que se tomaron drásticas medidas de seguridad, porque se suponía que durante tan masiva concentración, tanto Allende como Castro podían ser un blanco fácil. Ese día nos sentamos detrás del Doctor y de Fidel, pero bastante más atrás, junto a un grupo de gente joven que era partidaria del líder cubano. El discurso de Allende en aquella ocasión fue una cosa extraordinaria: «El pueblo de Chile nunca quiso el camino de la violencia, el pueblo de Chile sabe por experiencia sufrida quiénes la ejercieron a lo largo de nuestra historia».[17]

Esa misma noche, casi en paralelo, se produjo la gran marcha de las mujeres con las cacerolas vacías en la avenida Providencia.

Mientras Fidel hablaba en el Estadio Nacional, estaba toda la «pituquería» santiaguina, incluyendo a mi mamá, haciendo sonar las cacerolas porque no había Rinso, porque no había comida, porque no había no sé qué. Hubo enfrentamientos entre los manifestantes y gente de izquierda, partidaria de la Unidad Popular, que les tiraban petardos.

Era la burguesía que estaba enardecida porque no había las cosas que querían comer. Ahora, no sabemos con seguridad si esa escasez era debido

a que ellos mismos las tenían acaparadas en sus casas o no. Muy probablemente las compraban en el mercado negro. Fue tan violento lo que pasó durante esa noche en Providencia y en la Alameda, que el ministro José Tohá tuvo que llamar a las tres de la mañana y realizar una alocución por cadena nacional, donde informó que se establecía el estado de emergencia, estando Fidel todavía en suelo chileno. Hubo heridos y detenidos de ambos bandos.

En su legendario discurso en el Estadio Nacional, Fidel habló durante horas de la Revolución. Tal vez fue un discurso más allá de lo que se podía esperar de parte de un invitado, porque opinó sobre situaciones políticas internas.

> *Hay una cuestión: ¿Quién aprenderá más y más pronto? ¿Quién tomará más conciencia y más pronto? ¿Los explotadores o los explotados? ¿Quiénes aprenderán más rápidamente en este proceso? ¿El pueblo o los enemigos del pueblo*?
>
> *¿Y están ustedes completamente seguros, ustedes que son protagonistas, que son actores de esta página que escribe su patria; están completamente seguros de que ustedes han aprendido más que sus explotadores*?
>
> *Permítanme entonces discrepar en este caso no del Presidente sino de la masa*.
>
> *Mañana dirán en algún cintillo, en algún lugar del mundo las agencias: «Discrepa Castro de la masa». Discrepamos de una apreciación de la situación (...)*
>
> *Y si ustedes desean que nosotros seamos francos... Y hemos dicho que nosotros no podemos expresar una mentira. Podemos equivocarnos, hacer una apreciación falsa, pero jamás decir algo que no creamos. Y nosotros creemos sinceramente que el aprendizaje de la parte opuesta, el aprendizaje de los reaccionarios ha ido más rápido que el aprendizaje de las masas*.[18]

En nuestro grupo se generaron posiciones distintas, pero al final estábamos muy preocupados por la tensión en el país, porque Fidel se iba y nosotros nos quedábamos. Se había vuelto una cosa de subsistencia.

Esa noche comió en Cañaveral con un grupo pequeño. Al día siguiente fue la despedida oficial en la embajada de Cuba, donde deben haber asistido

unas seiscientas personas más o menos. Ahí me tocó presenciar algunas cosas insólitas. La esposa de un edecán de Allende, que fue el más traicionero, le pidió a Fidel un autógrafo. Y él le dijo: «Sí, con mucho gusto, ¿dónde?». Y ella le indicó: «Aquí en el cuello». Tenía un vestido con un cuello blanco y Fidel le respondió: «No, no, no, no. Eso no es elegante». Y yo me acuerdo que me retiré, porque me pareció una situación demasiado vulgar. Luego la gente se fue y nos quedamos un pequeño grupito para despedirlo.

Fidel Castro tomó el avión en la mañana. Y antes del almuerzo, el comandante Sánchez, que era de la aviación, nos llamó por el citófono para señalar: «En este momento el comandante Fidel Castro ha salido del territorio nacional».

Yo le avisé al Doctor: «¡Se fue!». Y había una sensación de alivio, porque estábamos al borde del colapso. Todo a causa de la tensión permanente, de estar todos los días de su visita acostándonos a las dos, tres de la mañana, mientras al mismo tiempo se intentaba seguir gobernando, con los mismos problemas, el desabastecimiento, las huelgas, y todo financiado por los norteamericanos. Más encima en aquella época las comunicaciones eran pésimas, no teníamos la capacidad para tener toda la información con detalle y tampoco para transmitirla. Los periódicos *Clarín* y *Puro Chile* eran leídos solo por nuestro sector. No teníamos mayores medios para informar a cabalidad lo que estaba pasando y había un gran segmento de la población que creía que realmente todo era a causa de las acciones de la Unidad Popular.

La principal manera de contrarrestar esa batalla constante de desinformación era a través del contacto directo del presidente con la gente. Allende hablaba bastante seguido con diversos sectores, se reunía mucho con los sindicatos, con los gremios, con las mujeres.

El programa de gobierno con el cual Allende llegó a La Moneda constaba de un énfasis en el área social, que desde el primer día de su mandato comenzó a aplicar. Esa fue una tarea muy difícil, debido a la intención de estatizar empresas o de intensificar la Reforma Agraria, mientras grupos de la extrema izquierda se tomaban los fundos. Todo eso provocaba una situación más que complicada, pero hay gente que dice que fue la presencia de Fidel la culpable de lo que pasó después. Yo no tengo esa opinión. Creo que lo de Fidel fue otro elemento más dentro una tensión constante que se vivía en el país. Los procesos no son tan unilaterales.

A fines de 1971 ya estábamos en pleno desborde social. La derecha estaba desatada y no le importaba nada. Yo tenía una tía que era la gerente general de los supermercados Almac. Ella nos proveía de medio kilo de arroz o de un poco de azúcar, porque nosotros, los que trabajábamos en La Moneda, nunca tuvimos ningún tipo de regalías o de trato especial.

Capítulo V

1972: El año en que estuvo más solo

En enero de 1972, Allende se fue a instalar a Valparaíso con el gobierno y se llevó con él a algunos ministros, como Jacques Chonchol (Agricultura), Gonzalo Martner (Odeplan) y por supuesto, el Negro Jorquera y el Perro Olivares.

Nosotros tuvimos vacaciones y yo aproveché de viajar a Cuba junto a mi marido y mis dos hijos, invitados por el gobierno cubano. Me tomé esos días por los niños, porque el presidente era muy preocupado por las vidas familiares de los que trabajábamos con él. Le enseñó a nadar a mi hija, por ejemplo, y daba gusto ver cómo adoraba a su nieta, Maya.[19] Ese verano, el Doctor se propuso llevar a los niños más desposeídos a pasar unos días al Palacio Presidencial del Cerro Castillo en Viña del Mar. El mismo los recibió y les mostró el lugar. Muchos nunca habían visto el mar; les organizaron distintos paseos. Allende estaba feliz de poder darles un pequeño regalo por sus buenas notas.

Gobernando desde Valparaíso, el presidente también dejó de lado sus trajes formales, sus corbatas y comenzó a usar guayabera, prenda que por lo cómodo y ligero le encantaba vestir.

La oposición aprovechó también de criticarlo por su vestimenta, ya que la guayabera era usada en Cuba.

Estuvimos quince días en Cuba, y durante ese tiempo no tuvimos mucha información de lo que pasaba en Chile. El viaje empezó en La Habana y terminó en Santiago de Cuba. Fuimos invitados a la zona donde combatió Fidel, pudimos conversar con los «guajiros», quienes con mucho orgullo nos contaban sus hazañas en la Sierra Maestra. Fue un lindo viaje, sobre todo porque los niños pudieron disfrutar de sus padres y de las playas.

Al llegar, volveríamos al torbellino. La derecha y sectores de la DC solo deseaban que el presidente renunciara a su mandato. Recuerdo cómo el senador democratacristiano Juan de Dios Carmona (luego colaborador de la dictadura de Pinochet) hacía todo lo posible para desestabilizar el país, y fue uno de los gestores de la ley de control de armas.

Con la derecha era imposible dialogar. Pero Allende lo intentaba con los sectores menos recalcitrantes.

Una de las cosas que siempre admiré del Doctor era su capacidad de diálogo y su «muñeca», como se conocía. Tampoco era fácil hacer entender a los partidos de la UP ni al MIR.

Divisiones internas

Por otra parte, los mismos partidos que conformaban la Unidad Popular comenzaron a tener divisiones internas, aunque no eran del todo visibles. Pero sí iban apareciendo grupos más obstinados, como la gente de Carlos Altamirano y el llamado grupo de «los elenos» dentro del Partido Socialista, que reunía a los más radicales y con influencia de Cuba, y que ya enarbolaban el lema de «avanzar sin transar», que era bastante violento. Y no solo era un eslogan, también lo aplicaban en la calle. Recuerdo que había manifestaciones inmensas de la Unidad Popular, y ellos en general marchaban atrás, en las últimas columnas. Llegaban al Palacio de La Moneda, a la Plaza de la Constitución y siempre con su «avanzar sin transar». Es una imagen que se me viene a la memoria: el Comité Central del MIR y los muchachos con sus cascos y sus linchacos.

Con Isabel solíamos reírnos de esa guerra que querían armar con palos. Estos cabros querían todo rápido, para ayer. Tal vez, a causa de ilusiones de juventud, creían que con linchacos y poquísimas armas era posible derrotar

al enemigo. Siempre que me acuerdo de esto pienso en cuántos de esos muchachos valientes, animados por las ideas revolucionarias de Cuba, habrán sido torturados y al final asesinados. Cuántas madres seguirán sufriendo, porque la muerte de un hijo es algo que no se borra jamás, se aprende a vivir con una herida abierta.

Incluso en la misma Secretaría Privada había divisiones, porque Tati era, tal vez, la más radical en términos políticos. Pero ella hizo un compromiso con su padre: no plantear ningún conflicto que le hiciera daño. Sus acciones políticas que no estaban alineadas con la posición del gobierno, ella las efectuaba en horarios y ocasiones que no conocíamos. No buscaba influir internamente usando su posición en el gobierno y su cercanía con el presidente. Solo cuando era necesario recibir a compañeros que huían de sus países a causa de la represión, Tati pedía que les dieran asilo político. Para mí, ella no solo luchó por su país, sino por todos los que creían en la verdadera justicia. Estaba convencida de la unidad de todos los grupos revolucionarios.

Han tenido que pasar más de cuarenta años desde su fallecimiento para que se recupere su memoria. Tal vez hoy es incómoda para su sector político.

Poco a poco fue escalando a nivel nacional esta sensación de conflicto general, de estado de guerra, a causa del odio, la rabia y la incomprensión hacia el proyecto que estaba tratando de implementar la Unidad Popular.

La CIA intervino no solo a través de Agustín Edwards y su diario, también le hizo llegar dinero al poderoso gremio de los camioneros para efectuar el salvaje paro de octubre de 1972, conocido como «el paro de los camioneros», que prácticamente detuvo a todo el país.

Ese 1972 fue el año en que más solo estuvo Allende. Y fue víctima de un tironeo atroz. Algunos partidos se alejaron de la Unidad Popular y puede

que el Partido Comunista fuera el más leal de todos. Era sin duda el más organizado y el más centrado. Ellos no estaban por la vía armada, no estaban por la extrema izquierda, no estaban muy a favor de la toma de los fundos y las industrias.

Allende tenía una muy buena relación con el PC, en especial con Luis Corvalán, porque comprobó que lo apoyaron lo más que pudieron, dentro de las posibilidades que tenían en ese contexto; porque llegó un momento donde había tal nivel de beligerancia, que la razón dejó de tener importancia. Se perdió la razón.

La capa de médico

Mientras todos estos hechos empezaron a estallar, hubo una situación bastante marcadora en la personalidad de Salvador Allende y en su actitud como hombre, como ser humano. Nacido en 1908, en una familia bastante acomodada, él tuvo a su «mama Rosa»: Zoila Rosa Ovalle, que fue la mujer que lo crio, la persona contratada por su abuela para que lo cuidara. En esos tiempos se usaba tener una «mama de leche», y esa fue la mama Rosa. Ella le decía «Chichito», y para ella fue un hijo más.

Por esos días la mama Rosa, que ya había dejado de trabajar en la casa de los Allende hacía mucho tiempo, se enfermó. Estaba viejita. El presidente la iba a ver regularmente a El Monte, donde vivía. La mama Rosa tenía unos nietos que se incorporaron al GAP en un comienzo, y Allende dijo: «No, a la mama Rosa no le voy a hacer una cosa así», así que le pidió a los muchachos que se salieran del grupo y que estudiaran, que hicieran una vida normal. Eran mellizos y fuimos a sus matrimonios en El Monte.

Cuando la mama Rosa empeoró, logramos traerla a Santiago. Estuvo como cuatro o cinco días bastante grave en el Instituto de Neurocirugía, y el

presidente se daba el tiempo de visitarla todas las tardes. Así que unas dos o tres veces acompañé al Doctor. Íbamos siempre con el edecán de la aviación, el comandante Sánchez. Mama Rosa se fue agravando y el «Chichito» no dejaba de ir a verla. La besaba en la frente, le acariciaba la cabeza o se quedaba un rato tomándole la mano. Lo vi muy triste, era como despedir a una madre. El 22 o 23 de febrero, el comandante Sánchez me llamó como a las seis de la mañana para decirme que había que avisarle al Doctor que la mama Rosa había muerto. Lo llamé de inmediato a Tomás Moro.

—Doctor, no hay buenas noticias. La mama Rosa falleció hace algunas horas —le dije.

—Llámeme al edecán de guardia y usted encuéntrese conmigo en el hospital.

Esa fue la primera vez que vi a Salvador Allende triste, derrumbado. Todo el mundo que estaba en esa pieza, los hijos y los nietos, salieron y el presidente se quedó solo bastante rato con su mama Rosa muerta.

No sé si él arregló otras cosas o mandó a los edecanes que arreglaran la tumba. El entierro fue en El Monte. Luego nos fuimos a La Moneda, y él entró muy cabizbajo por Morandé 80, él con el GAP y yo en mi auto.

—Cierre todo. Avísele a los edecanes que suspendan la agenda, no quiero hablar con nadie y quiero estar solo. Usted, acompáñeme.

Lo primero que hizo fue ponerse su capa de médico. Significaba mucho para él. Significaba cariño, seguridad, afecto. Y ese día estuvimos todo el día los dos solos en La Moneda. Almorzamos juntos y aún me acuerdo perfecto del silencio. La gente siguió trabajando, pero no había ruido ni nadie que llamara por teléfono para darle recados al presidente.

Desde ese entonces, para mí la capa tuvo un gran significado. Cada vez que había un problema político serio, doloroso, de ruptura, Allende se ponía

su capa, la misma que usaba en la Posta Central y que le habían regalado los médicos.

Así, cuando él se ponía la capa, yo le decía a la Paya o a la Tati: «Oye, algo pasa, porque no es normal que el Doctor esté con la capa puesta». La capa todavía existe y está en la Fundación Salvador Allende. Aquella prenda tenía un sentido muy especial para el presidente, él la usó mucho durante su gobierno para ir a los hospitales, lo que solía hacer sin previo aviso. Fue muy cercano al tema de la salud durante todo su gobierno. En muchas ocasiones fuimos a las once de la noche a un hospital o a la Posta Central; llegábamos y, bueno, él tenía claro qué es lo que quería saber, qué era lo que estaba pasando. Era como la necesidad de su reencuentro con la medicina, con el hombre, con el que sufría.

La muerte de la mamá Rosa lo marcó mucho. Hay varios autores que indican que el presidente estaba deprimido para el golpe. Y no, Salvador Allende no tenía ninguna depresión, no era una persona depresiva.

El MIR y las tomas

Es en 1972 cuando comenzó la seguidilla de acusaciones constitucionales contra los ministros. El Doctor tuvo que cambiar a Tohá del Ministerio del Interior y ponerlo en Defensa.

La Contraloría no aceptaba los cambios, aducía que era inconstitucional. Pero Allende insistió y Toha ocupó el cargo de ministro de Defensa.

Los teléfonos sonaban todo el día para avisar que iban a acusar a tal o cual. A veces no era gente de la Unidad Popular. El presidente Allende tenía una extensa trayectoria política y siempre tuvo amigos de otros sectores, como Bernardo Leighton o Renán Fuentealba.[20] Por el Partido Nacional, tal vez Patricio Phillips tuvo una actitud un poco más benevolente.[21] Habló

varias veces con Salvador Allende e incluso tuvo una actitud muy bonita con la diputada Carmen Lazo. Cuando ella se tuvo que asilar en la embajada de Venezuela, no tenía un centavo y Patricio Phillips le regaló un collar de perlas para que lo vendiera y pudiera pagarse el viaje. También hubo empresarios que, no directamente con el presidente, pero sí a través de amigos, le mandaban información, recados o algunas insinuaciones.

Además del gran paro de los camioneros de octubre de 1972, vinieron después otros, como el de los médicos, los empleados fiscales o los trabajadores de la minería del cobre. Era un tema cotidiano ver cuál sería el paro que tendríamos mañana. Empezamos a recibir información de Orlando Letelier desde Washington.[22] Además de ser un muy buen funcionario de gobierno y de gran trayectoria internacional, era un buen amigo de Salvador Allende. Letelier tenía más información que nosotros, él estaba en el medio del monstruo mismo. Fue así como fuimos constatando cómo estaban siendo orquestados estos paros desde el exterior. Los que participaban no tenían ningún problema en continuar con el paro de sus actividades, porque el mismo dinero que ganaban trabajando, lo ganaban estando parados con los pagos que les enviaban desde Estados Unidos.

De todas esas movilizaciones, el paro médico fue especialmente doloroso para el presidente. Era su gremio. Todo el equipo médico del presidente asumió la responsabilidad en sus hospitales, y si había que trabajar 22 o 40 horas, se quedaban ahí, al pie del cañón. Eso redundó en que más adelante tuvieran problemas para exiliarse. El Colegio Médico y los doctores en general fueron bastante miserables. En el hospital San Juan de Dios, por ejemplo, tras el golpe, fueron los mismos médicos los que acusaron a sus colegas de haber colaborado con el gobierno de la Unidad Popular.

Al mismo tiempo, surgieron una serie de acusaciones desde la derecha y también de parte de la Democracia Cristiana, las que señalaban que la

izquierda y la ultraizquierda estaban infiltrando a las Fuerzas Armadas. Por otro lado, también aumentaron los casos de tomas de fundos y de empresas por parte del MIR y del Movimiento Campesino Revolucionario. El Doctor tuvo largas conversaciones con la gente del MIR y fueron bastante duras.

Hubo una toma en un fundo en Cautín, justo cuando José Tohá estaba en conversaciones con los dueños. Ese día, Allende me pidió: «Llame a los miristas».

Llegaron Miguel y Edgardo Enríquez, Bautista Van Schouwen[23] y otros personeros que formaban parte del Comité Central. Entraron por Morandé 80, todos despeinados. El presidente en eso era un poco complicado, así que los recibía en la salita privada. A la reunión se sumó José Tohá, quien muy molesto les dijo que, por razones políticas, tenían que entregar el fundo en cuestión. Dirigiéndose al Doctor señaló que, además, habían matado a un valioso toro reproductor. Allende aprobó lo dicho por Tohá y los conminó a hacer lo que se les pedía.

Como he recordado, Tohá no solo era su ministro, sino su amigo de juventud. Tenían una estrecha amistad con su familia; su esposa Moy era muy amiga de Tencha.

El Doctor siempre fue dialogante, y quiso relajar la conversación, así que al irse a su despacho, les señaló en tono risueño:

—¿Y quién se comió las criadillas...?

No hubo respuesta, porque a renglón seguido Allende les dijo:

—La próxima vez vengan vestidos más formales. Se reúnen con el presidente de Chile.

La Unctad

Cuando se informó que Chile iba a ser sede de la Unctad, la Conferencia de

las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo, no había un edificio adecuado para recibir a los tres mil delegados. Allende planteó: «Nos entregaremos a este proyecto y vamos a lograr hacer el edificio».

En 275 días se levantó la imponente construcción. Los trabajadores se entregaron por completo a ello. Nunca he visto gente más maravillosa, trabajando de día y de noche. El Doctor los pasaba a ver, aprovechando que la escolta que lo llevaba a La Moneda desde Tomás Moro pasaba por la Alameda.[24] Se quedaba conversando con ellos, les daba ánimo, les decía que esto era parte de Chile, que les iba a quedar muy bien.

Esos trabajadores fueron extraordinarios. Ahí nunca hubo un paro. La gente trabajó hasta el cansancio. Cuando terminaron, se organizaron unos tijerales, lo cual fue idea de Allende. Los festejos se hicieron en plena Alameda. Se cortó la calle desde Portugal hasta Santa Lucía, más o menos, y ahí se hizo un asado, con empanadas y vino tinto. Fue maravilloso. Un proyecto al que contribuimos todos.

Irma Cáceres, la mujer de Clodomiro Almeyda, también colaboró mucho. Después se encargó de crear un casino popular para los trabajadores del sector, donde por un escudo se podía almorzar. Allí comían mil personas diarias. Allende vivía pendiente de que se tuvieran los insumos necesarios para hacer las comidas. Irmita, como cariñosamente le decíamos, jugó un rol importante. No era fácil su tarea, pero como es ella, nada la detuvo y logró que el casino sirviera a tantos trabajadores.

Levantar ese edificio, con todo en contra, fue una instancia luminosa dentro del panorama que estábamos viviendo. A la Conferencia de las Naciones Unidas vinieron representantes de todos los gobiernos y una gran cantidad de intelectuales interesados en conocer el proceso chileno. Estábamos siendo observados internacionalmente en ese momento, todos querían venir a mirar esta revolución sin pistolas. Allende estaba orgulloso,

hizo un discurso muy bonito en la Unctad. Hoy, convertido en el Centro Cultural Gabriela Mistral (GAM), tiene solamente un letrero chiquitito, y en la parte de atrás dice: «Este edificio fue construido durante el gobierno de Salvador Allende». Creo que es de las cosas miserables que tiene este país.

La Unctad no fue solamente un centro de convenciones y de conversaciones políticas y económicas. Las primeras obras de arte que Salvador Allende había comenzado a juntar con la Operación Verdad, se expusieron ahí.

La Operación Verdad comenzó el año 71, dirigida por José Balmes y el crítico de arte español José María Moreno Galván. De ellos surgió la idea de crear un Museo de Arte Contemporáneo para el pueblo de Chile, que estaría formado por obras donadas por artistas de todo el mundo.

Caminando por el centro de Santiago, tras comer un *hot dog* en el Dominó, como contaba José Balmes, decidió visitar a Allende junto a Moreno Galván, para contarle la idea de que los artistas del mundo cooperaran con la formación de un gran museo para Chile. Y Allende, por supuesto, se volvió loco y empezaron, con Balmes y la Paya, a coordinarlo todo. Hasta Joan Miró mandó un cuadro. Payita se ocupó de la logística, bien complicada, pues implicaba permisos y aviones.

Durante la Unctad se dio a conocer una declaración hecha por los obispos chilenos.[25] A la cabeza estaba el cardenal Raúl Silva Henríquez, quien tuvo varias conversaciones privadas con Salvador Allende en la casa de Tomás Moro. En la declaración, los obispos platearon que los cambios se podían hacer pensando que el sacrificio tiene que considerar también a los privilegiados. Eso fue muy criticado por la derecha y por la Democracia Cristiana, que repudiaron a Silva Henríquez. Más de uno señaló que era un cura comunista.

El cardenal Silva Henríquez estuvo hasta el último minuto haciendo de

puente entre la Democracia Cristiana y el gobierno, con el objetivo de que no hubiera un golpe de Estado, para ver cómo llegar a un acuerdo, para que se llamara a plebiscito, para que se pudiera hablar y ambas partes cedieran.

Silva Henríquez jugó un papel muy importante en esos días tumultuosos y el Doctor le tenía un tremendo respeto. Recuerdo una cena en la casa de Tomás Moro, donde un miembro de la familia criticó a los curas. Allende fue implacable y muy molesto hizo callar a esa persona, porque en ese momento era el cardenal el que estaba apoyando el diálogo.

Seguramente había muchos curas muy partidarios de la derecha, pero había otra Iglesia también, y hay que reconocer que tuvo un papel dialogante.

Víctor Pey

Otra forma de limitar y torpedear al gobierno fue la disminución de la producción de papel periódico por la Compañía Manufacturera de Papeles y Cartones, perteneciente al empresario Eliodoro Matte. De esta forma querían provocar la baja del tiraje de los diarios *Clarín*, *Puro Chile* y *El Siglo*, dejando así al gobierno sin la posibilidad de informar.

Víctor Pey, amigo entrañable y buen consejero del presidente, se hizo cargo de resolver el problema mediante el diálogo. Víctor era ingeniero, un empresario dedicado a la construcción de puentes que llegó a Chile como exiliado político en el *Winnipeg*. De nacionalidad española, estableció una relación muy estrecha con Salvador Allende, y sus consejos siempre atinados eran muy valorados por el Doctor. Lo acompañó siempre con afecto y lealtad. Por todo esto Allende confiaba plenamente en él.

Ante el problema de la falta de papel, Pey, quien tenía muy buenas relaciones con Eliodoro Matte, le propuso buscar un arreglo para que la

Corfo le comprara acciones. Los Matte se negaron rotundamente, pero con Víctor pudieron llegar a un acuerdo.

Me atrevo a decir que en algunas cosas el Doctor confiaba mucho más en sus amigos que en los partidos o sus propios ministros.

En esas circunstancias, Darío Sainte Marie (Volpone), el dueño de *Clarín*, quien además tenía múltiples problemas personales, le ofreció a Víctor que le comprara su diario. Él quería retirarse, se había separado de su mujer y tenía dos hijos delicados de salud, que lo necesitaban. Pey se lo planteó al presidente y le señaló estar dispuesto a comprarlo, ya que sería una forma de ayudar a su gobierno: «Nosotros tenemos un gran hándicap con la información. No tenemos los medios de comunicación para poder llegar a la gente».

Volpone era un tipo genial, sarcástico, divertido, un gran conversador y muy «enemigo de sus enemigos». Con Allende eran amigos y les encantaba reírse de los epítetos que lanzaba a través del diario a quienes no compartían sus ideas.

Tuve oportunidad de compartir con él en varias ocasiones. Allende lo invitaba a cenar a La Moneda y ambos buscaban cómo hacerse bromas.

Una vez, mientras cenábamos, por encargo del presidente, un muchacho del GAP se dirigió a la casa de Volpone, tocó el timbre y a la persona que abrió la puerta, le dijo:

—Por encargo de don Darío, vengo a buscar las armaduras y la alfombra de la entrada.

Al día siguiente estaban instaladas en Tomás Moro, y Darío lo «amenazó»:

—Mira, Salvador, espérate, vas a ver lo que publicaré.

Pero Allende lo convenció de que había sido un préstamo.

Otra vez le quitó el sombrero, uno tipo Panamá. Me decía: «Patricita,

venga, por favor, que Darío Sainte Marie me acaba de regalar este sombrero, pero hay que mandarlo a lavar, porque yo no me lo voy a poner así», delante de él. Sainte Marie se moría de la risa o a veces se enojaba.

Luego del golpe, los militares se tomaron el diario, sacaron las máquinas y lo desmantelaron. Hicieron un arreglín con gente de los gobiernos democráticos y nunca lo devolvieron. Víctor Pey dio una encarnizada lucha durante toda su vida para lograr recuperarlo; en eso lo ayudó Joan Garcés, el otro amigo español del Doctor, pero no lo lograron.

Víctor Pey es de aquellos hombres que, como decía Bertolt Brecht, son los indispensables. Para Salvador Allende fue alguien que le dio toda la fuerza necesaria, que lo contuvo en las situaciones difíciles, que lo acompañó cuando atravesaba las situaciones más duras, los mayores problemas políticos, y siempre estaba ahí, aconsejándolo. En muchas ocasiones, Víctor hacía de enlace con los partidos. Tenía una muy buena relación con los comunistas y los socialistas.

Víctor era el amigo sincero, al que se le podía confiar todo. Estuvo junto al presidente hasta el último momento, porque él llegó a La Moneda el día 11. Y el Doctor lo echó. «No, tú no te puedes quedar, tienes que irte porque tienes que ser el que cuente lo que está pasando», le dijo.

Víctor Pey jugó un papel muy importante y fue un hombre de una lealtad infinita, un gran amigo de la Paya, como también de la Tencha. Iba prácticamente todos los días a La Moneda, a la Secretaría Privada, cuando el Doctor tenía un momento o cuando quería hablar con él. Para mí fue, sin duda, el mejor amigo que tuvo Salvador Allende, uno que quería que las cosas fluyeran sin violencia. Él sabía lo que era una guerra civil, la había vivido en su España natal y no la quería para Chile. Entendía lo que

significaba que aquí pudiera haber un enfrentamiento entre militares y civiles.

Era muy ponderado. No era una persona que actuara por impulso, sino que era capaz de pensar, ver, decir. Este libro es, en gran parte, una idea de Víctor. Además, en el exilio, nosotros fuimos muy amigos. Él vivió en Venezuela, en nuestra casa, y tuvimos una relación de amistad hasta el mismo día que murió. Una relación de amistad verdadera. En Venezuela me ayudaba con mis niños. Era una mujer sola con dos niños chicos y él siempre me aconsejaba.

Vivió 103 años, pienso, por la lucha por recuperar el *Clarín*.

Los albores del guatón Romo

A mediados de ese 1972 compulsivo, violento, se produjo otro hecho bastante doloroso y grave para Salvador: el 5 de agosto hubo un enfrentamiento entre policías y pobladores del campamento «Sin casa», en la población Lo Hermida.

Existía en esa época un movimiento conocido como Frente de Trabajadores Revolucionarios (FTR) y un dirigente vecinal llamado Osvaldo Romo. Eso me demuestra que aquello fue cosa de la derecha, porque Romo era miembro de la Unión Popular Democrática y se infiltró en las filas del MIR, en los trabajos con los pobladores de la Nueva Habana y Vietnam Heroico. Luego del golpe, fue miembro de la DINA y uno de los que reprimió con más odio y maldad. Fue un torturador que se dedicó a perseguir a los mismos compañeros que vivían allí. Mató a gente de Lo Hermida, a los de Siete Canchas. Un monstruo.

En ese enfrentamiento, tanto la Policía de Investigaciones como

Carabineros actuaron de manera incorrecta, a criterio de Salvador Allende. Con violencia, lo que produjo varios heridos y un muerto.

El presidente enfrentó la situación y, dos días después de los hechos, se dirigió a la población junto al ministro de Vivienda, Luis Matte Valdés. Ambos conversaron con los pobladores y les explicaron; les pidieron disculpas por la actitud que había tenido Investigaciones de Chile y les aseguraron que el Doctor iba a tomar medidas, que se comprometía a ayudar a los heridos.

Ese enfrentamiento llevó al Doctor a destituir de su cargo de director de la Policía de Investigaciones a Eduardo Coco Paredes, el hijo que nunca tuvo. Lo quería, lo mimaba, era médico, los padres eran amigos, por eso la fuerte relación con él. Sin embargo, lo más doloroso de esa situación para Allende fueron las víctimas, por lo cual tuvo que romper con quien consideraba un verdadero hijo.

El Coco cayó en una profunda depresión y pasó a ser mi sombra. Me acuerdo que iba a la peluquería y ahí estaba conmigo, me esperaba en la puerta. Cuando yo iba a La Moneda, ahí estaba también, pero no entraba. Me decía: «Ya, yo voy a tomar un café, ¿a qué hora te vengo a buscar?». Yo además era muy amiga de su mujer, Eva Ahlgren, una sueca preciosa. Tenían dos niños, que eran de la misma edad de los míos. Establecimos una relación humana muy fuerte. El Coco cargaba una pena que ya no se la podía, y estaba inhabilitado para seguir colaborando de alguna forma dentro del gobierno.

Coco Paredes tuvo problemas. Cuando lo sacaron de Investigaciones, lo nombraron en el *Clarín*. Allende le pidió a Víctor que le diera un puesto en el diario, pero los empleados se opusieron, hasta que al final el Doctor logró ubicarlo en Chile Films, cosa que para el Coco no tenía ningún interés. Pero Paredes igual se las arregló para jugar un papel importante y, junto con

otras personas, comenzó a realizar trabajo de inteligencia para La Moneda, aunque sin que se hiciera público. Ellos fueron los que descubrieron las voladuras de las torres de electricidad y otros posibles atentados.

Y todo empezó por el canalla de Osvaldo Romo, que se hacía pasar por mirista y que después todos supimos quién fue en verdad. Ya antes del golpe produjo un tremendo dolor, cuando el Doctor decidió que iba a ayudar a los pobladores. Le dijo a la Payita que había que buscar recursos para ir en ayuda de las seis u ocho familias que habían quedado heridas, y que tenían que comprarle remedios. La Paya me pidió encargarme, y yo empecé a entregarle el dinero a Romo.

Romo entraba a La Moneda como si fuera su casa. Iba a mi oficina y yo le daba los escudos. Se suponía que él le daba la plata a la gente. Hasta que un día me vienen a ver tres mujeres, pobladoras de Lo Hermida, y me dijeron: «Mire, compañera, el presidente nos ofreció que nos iba a ayudar y yo tengo a mi hijo que tiene una bala». Yo no entendía nada: «Pero cómo, compañera, si les mando dinero todas las semanas. Ustedes quisieron que fuera semanal, y semanalmente se les envía». Hasta que la señora me dijo: «No, compañera, a mí Romo nunca me ha dado nada».

El Guatón Romo iba todos los jueves en la tarde. Cuando vino en la siguiente ocasión, me dijo:

—Vengo a buscar las platas, po.

—¿Cuáles platas serían esas?

—Las platas que hay que darles a los pobladores, po.

—A los pobladores la plata se la estamos dando nosotros, porque usted no se las entrega.

—¡Cómo me va a decir a mí que yo no se las entrego!, ¿qué me está diciendo?, ¿que yo soy ladrón?

—No sé, póngase el epíteto que usted quiera, pero aquí no hay más plata.

Así que no vuelva a venir. Y yo voy a dar orden abajo para que no lo dejen subir.

—Yo la voy a acusar al compañero presidente —me amenazó.

—Acúseme —le respondí—. Vaya a acusarme. Tiene que esperar sí, porque ahora no lo va a atender.

Luego, el MIR se dio cuenta de que el Guatón Romo no era ningún mirista, sino que un sinvergüenza que se iba cambiando de poblaciones. Eso era lo que hacía: se robaba la plata, contaba cuentos, armaba peleas. No eran los pobladores los que salían a pistoletazos.

El desconcierto: sin inteligencia

Desde la ascensión de Allende a fines de 1970 tuvimos problemas de inteligencia. No contábamos con información fidedigna, sino que teníamos a Max Marambio, Máximo Pincheira, amigos del Doctor, compañeros de la Tati —que sabían ciertas cosas—; a los compañeros de otros países exiliados en Chile, a los tupamaros o bolivianos, que trabajaban para sustentarse. Pero carecíamos de equipos profesionales de información e inteligencia.

Muchas mujeres tupamaras exiliadas, por ejemplo, trabajaban en la textil Sumar. Y esas muchachas informaban cuando se estaban tomando Sumar. Eso nos llegaba a nosotros y lo transmitíamos a los organismos correspondientes. Pero no teníamos información completa para saber qué estaba pasando en los otros sectores. Y era un problema. Porque una cosa era lo que decía Patria y Libertad y otra lo que hacía.

Patria y Libertad se fue fortaleciendo, tenía armas. Estaba conformado por los hijos de funcionarios de las Fuerzas Armadas o civiles de extrema derecha. Nosotros sabíamos eso, pero teníamos información incompleta.

En una ocasión me enteré de que me seguían, pero ninguno de los compañeros de inteligencia de los partidos me dijo nada. Fue Olivares quien me alertó.

El día del golpe pensé que nos avisarían, que tendríamos gente en todas partes. Pero no fue así. ¿Dónde estaban los de inteligencia? ¿Dónde estaban los jefes que informaran, que dijeran algo? ¡Nadie sabía nada! ¡Ni siquiera el presidente tenía información de que ese día iba a haber un golpe!

Él tenía todo listo para hablar el 11 de septiembre. En ese sentido, pienso que los partidos políticos no colaboraron con el gobierno de la Unidad Popular, como tendrían que haberlo hecho. No tenían la infraestructura, los equipos o la conciencia. Todo era ingenuidad e irresponsabilidad. Para Allende esto era un tema primordial. El 11 de septiembre, a las 11 de la mañana, fue a La Moneda el presidente del Partido Socialista, Hernán del Canto, a preguntarle al presidente «qué hacían».

Por otro lado, los cubanos sí tenían claro que iba a haber un golpe. La primera medida que tomaron fue retirar a las mujeres y a los hijos, y los mandaron para Cuba de inmediato. Eso se produjo un mes antes del golpe. Pero el marido de la Tati, que era el segundo de la embajada en términos formales, estaba durmiendo en su casa el día del golpe. Hubo una desinformación tremenda.

Recuerdo que hacia noviembre de 1972, Allende tenía una reunión privada en Tomás Moro. Estaba partiendo el calor y yo llegué a mi casa, en Américo Vespucio con Bilbao. Estacioné mi auto y vi pasar unos tanques por Vespucio. Y como ya en ese tiempo estábamos con los rumores de golpe, llamé al presidente y le dije:

—Doctor, fíjese que van pasando por aquí tres tanques.

—Bueno, llame a Orlando (Letelier) y pregúntele para dónde van. Si vienen para acá, me avisa.

Nosotros tuvimos mayor certeza del golpe a partir de fines de agosto o los primeros días de septiembre de 1973. El Doctor nunca pensó que íbamos a tener que salir del país, pero hubo un momento en que íbamos a mandar a los niños a Cuba. Tan inocentes éramos que hicimos la cola de Extranjería como cualquiera, y los militares ya estaban con el ojo avizor. No sé por qué tuvimos que hacer una cola en la calle General Mackenna a la vista del público con los niños presentes para sacar pasaporte… Así actuábamos, no teníamos la certeza o no creíamos que iba a ser tan fuerte el descalabro.

Capítulo VI

Carlos Prats y las últimas esperanzas

A fines de 1972, sobre todo después del paro de octubre, la situación del país era insostenible. La conversación entre los partidos de la izquierda con la Democracia Cristiana se estancó, y Allende buscó una fórmula para lograr cierta estabilidad. Así, el 2 de noviembre llamó a los militares al gobierno.

Nombró a Carlos Prats en el Ministerio del Interior, al contralmirante Ismael Huerta como ministro en Obras Públicas y Transportes, al general de aviación Claudio Sepúlveda en Minería, a Luis Figueroa en el Ministerio del Trabajo y a Rolando Calderón como ministro de Agricultura. Para el Doctor no fue fácil. Sabía que iba a ser criticado, que las circunstancias lo hacían tomar decisiones que nunca había pensado, aunque él tenía gran confianza con el general Prats, porque los unía la masonería. Esa acción fue absolutamente incomprendida, tanto por sus allegados como por los partidos políticos. El MIR se declaró en contra.

El día del nombramiento, Allende vino a nuestra oficina y nos dijo: «En tres horas más juran los ministros». Todos nos quedamos petrificados. Eso fue como a las seis de la tarde, más o menos. Tipo ocho de la noche, llegó Laurita Allende llorando a mares. Era su hermana predilecta.

Laurita llegó realmente destrozada diciendo: «¡Se acabó el gobierno! ¡Salvador, esto ha sido el colmo, tú nos has traicionado, se acabó el movimiento revolucionario!».

En la decisión de integrar a los militares al gobierno estuvo Fernando Flores, que era muy amigo del general Prats. El Perro Olivares también consideró que esa era una posible salida. Porque ya estábamos buscando

salidas, qué cosas hacer, creyendo que los militares iban a detener la situación, cosa que tampoco ocurrió.

¡Ya viene Yakarta!

Un día Santiago amaneció empapelado con afiches que decían: «Ya viene Yakarta», a propósito del golpe de Estado en Indonesia en 1967, instado por Estados Unidos. Santiago estaba poblado de esos letreros, que los ponían Patria y Libertad y el Partido Nacional.

Fuimos manipulados. Hubo exceso de confianza e ingenuidad. Salvador Allende era un hombre que confiaba mucho en la constitucionalidad y en la democracia. Nunca se imaginó que podía haber un golpe de esa magnitud.

A 47 años del golpe, en 2019, Andrés Pascal Allende, dirigente del MIR, declaró que no tenían ninguna capacidad para poder enfrentarse a los militares. Que las armas que les dieron los cubanos después, cuando ya Allende había sido derrocado y gobernaba la Junta Militar, no tenían ni siquiera dónde guardarlas, y tampoco tenían gente que las usara.

Es decir, Andrés Pascal reconoció que, si el día del golpe les hubieran dado las armas, no habrían sabido cómo usarlas...

> *En varias ocasiones habíamos pedido a Fidel Castro que nos entregara armas para la autodefensa, pero nos respondió que no podía hacerlo sin la autorización del presidente Allende, salvo en el caso de que se produjera abiertamente un golpe en que nos entregaría un lote de armas que se guardaban en la embajada. Así que el día 11 de septiembre me dirigí temprano a la embajada con una camioneta y acompañado de dos compañeros para recoger las armas, pero el embajador y el encargado político no se atrevieron a entregarlas sin una nueva autorización directa de Fidel.*[26]

Esta declaración demuestra que ya era tarde, que el «avanzar sin transar» había sido una ilusión. Tampoco Carlos Altamirano estaba preparado. Había

hablado el domingo 9 de septiembre en el Estadio Chile, donde había dicho: «Chile se transformará en un nuevo Vietnam heroico si la sedición pretende enseñorearse...».[27]

Allende, que lo estaba escuchando desde Cañaveral, me llamó y me dijo:

—Llame a Altamirano, y dígale que se dirija a Tomás Moro. Yo voy en camino.

Yo le respondí que no sería fácil: «Creo que se habrá cambiado de casa». Llamé y me contestó Paulina (Voillier, su esposa). Le expliqué que el presidente necesitaba reunirse con Carlos. «Te lo paso», me contestó.

—Carlos, ¿estás en tu casa? No lo puedo creer después del discurso que te mandaste. Allende quiere que vayas de inmediato a Tomás Moro y te digo, está muy enojado.

Esa tarde también se reunió con el MIR, y antes lo había hecho con el PC. Con los años y con la distancia de los hechos, me he preguntado: si los altos dirigentes no estaban en alerta, preparándose para lo que venía, ¿qué fue entonces lo que pasó? Años más tarde se supo que algunos dirigentes estaban asilados el mismo 11 o que habían salido del país el día antes. Esta experiencia puede ser importante para los líderes que vengan.

Allende viaja por el mundo

Los primeros días de diciembre de 1972, Allende viajó a Nueva York para hablar ante la Asamblea General de las Naciones Unidas.

Carlos Prats quedó como vicepresidente y Allende nos pidió a Payita, Tati y a mí que nos retiráramos de la Secretaría Privada, porque nosotras éramos demasiado locas y podíamos molestar al general Prats. «No, ustedes quizás qué le van a decir y van a empezar con las cosas que me dicen a mí y

no», y nos dio vacaciones a las tres. Y dejó de ayudante del general Prats al «Jano», un miembro del GAP al que el Doctor le tenía mucha confianza.

El general Prats mantuvo siempre una cordial relación con Allende. Yo diría que era una amistad respetuosa y sincera. A Cañaveral no iba todo el mundo, tampoco todos los ministros, ni la gente de los partidos, ya que era un lugar más íntimo y más familiar, pero un día invitó a Prats. Almorzamos y el Doctor le dijo que iban a ver una película de *cowboys*. Allende me llamó a un lado.

—Oiga, yo le voy a hacer una broma al general Prats —me comentó.

—Ay, Doctor, ya, déjese de bromas, por favor —le respondí.

—Mire, cuando estemos en la película, yo me voy a hacer el que se desmaya...

Estaban los dos sentados y nosotros detrás. Al verlo «desmayarse», Prats se quedó helado. Me acerqué, tratando de no reírme, exclamando:

—¿Qué tiene?, ¿qué siente?

Allende soltó una gran carcajada y le dijo a Prats: «Es una broma, lo quería asustar», allí el general se rio, comentando: «Hacen bien las bromas, sirven para relajarse». A mí, Prats me caía muy bien, porque era sencillo y afectuoso.

El presidente se sintió más tranquilo para salir fuera del país y programaron un viaje a México, a la ONU, a Argelia, a la Unión Soviética y a Cuba. Fue una gira muy importante y que tenía objetivos bien definidos, porque ya eran momentos cruciales del gobierno, momentos en que ya no teníamos casi salida económica.

> *Vengo de Chile, un país pequeño, pero donde hoy cualquier ciudadano es libre de expresarse como mejor prefiera, de irrestricta tolerancia cultural, religiosa e ideológica, donde la discriminación*

racial no tiene cabida. Un país con una clase obrera unida en una sola organización sindical, donde el sufragio universal y secreto es el vehículo de definición de un régimen multipartidista, con un Parlamento de actividad ininterrumpida desde su creación hace 160 años, donde los tribunales de justicia son independientes del Ejecutivo, en que desde 1833 sólo una vez se ha cambiado la carta constitucional, sin que ésta prácticamente jamás haya dejado de ser aplicada.

(...) No sólo sufrimos el bloqueo financiero, también somos víctimas de una clara agresión. Dos empresas que integran el núcleo central de las grandes compañías transnacionales, que clavaron sus garras en mi país, la International Telegraph and Telephone Company y la Kennecott Copper Corporation, se propusieron manejar nuestra vida política.

(...)

Entre septiembre y noviembre del año mencionado, se desarrollaron en Chile acciones terroristas planeadas fuera de nuestras fronteras, en colusión con grupos fascistas internos, las que culminaron con el asesinato del comandante en jefe del Ejército, general René Schneider, hombre justo, gran soldado, símbolo del constitucionalismo de las Fuerzas Armadas de Chile.

En marzo del año en curso, se revelaron los documentos que denuncian la relación entre esos tenebrosos propósitos y la ITT. Esta última ha reconocido que inclusive hizo en 1970 sugerencias al gobierno de Estados Unidos para que interviniera en los acontecimientos políticos de Chile. Los documentos son auténticos.[28] El presidente decidió hablar en las Naciones Unidas, con un documento que se hizo con mucho esfuerzo entre mucha gente que aportaba ideas, pero los principales fueron el Perro Olivares con el Negro Jorquera y Joan Garcés. Uno de los objetivos era denunciar ante las Naciones Unidas y el mundo entero la penetración del imperialismo norteamericano y de la CIA fundamentalmente en la política de gobierno, y entregar la información que ya se tenía, bastante confidencial pero conocida por muchos gobiernos, que la CIA, desde un comienzo, había tratado de que el gobierno de Salvador Allende no tuviera un buen fin.

En México

En ese viaje, Allende hizo una escala primero en Argentina y luego en México, donde fue una visita de Estado. A veces las cosas son un poco mágicas. Ese viaje del presidente a México significó una estrecha relación entre Allende y el presidente Luis Echeverría, y que, en un futuro no tan lejano, significó el apoyo del gobierno mexicano a la familia Allende y a muchos chilenos que fueron acogidos con cariño y solidaridad.

El presidente Salvador Allende fue muy aplaudido en México. Hizo un viaje bastante largo, porque no solamente estuvo en Ciudad de México, sino que en otros lugares y, para mí, uno de sus mejores discursos, porque además fue improvisado, fue el de la Universidad de Guadalajara. Allí, él se dirigió a los jóvenes, que debían tomar conciencia del significado de lo que estaba pasando en Latinoamérica.

> *Por eso es que la juventud contemporánea, y sobre todo la juventud de Latinoamérica, tiene una obligación contraída con la historia, con su pueblo, con el pasado de su patria. La juventud no puede ser sectaria: la juventud tiene que entender, y nosotros en Chile hemos dado un paso trascendente: la base política de mi gobierno está formada por marxistas, por laicos y cristianos, y respetamos el pensamiento cristiano; interpreta el verbo de Cristo, que echó a los mercaderes del templo.*[29]

Otro de los objetivos del gobierno en esta gira de Allende era que, después de la ONU, continuara a la Unión Soviética para conseguir préstamos en dinero fresco.

En Nueva York se alojó en el hotel Waldorf Astoria, donde le informaron que lo venía a ver George H. W. Bush, con el cual tenía una entrevista privada. El Perro me contó después que ellos no sabían de qué se trataba. Bush, en ese momento embajador de Estados Unidos ante la ONU, fue a plantearle a Salvador Allende que, al día siguiente, cuando él hiciera su discurso, eliminara algunas frases. Bush consideraba que en el discurso había epítetos contra el gobierno de Estados Unidos que sería bueno sacar, a lo que Salvador Allende señaló que bajo ningún concepto él sacaría algo, porque lo que iba a decir era la cruda realidad: que el gobierno de Estados Unidos estaba interviniendo en Chile, por lo cual él no iba a cambiar ni una sola coma.

George Bush se retiró bastante molesto de la reunión, según lo que me

contaron luego los compañeros que estaban con él. Al día siguiente, el 4 de diciembre de 1972 en la sede central de la Organización de las Naciones Unidas, la delegación de Estados Unidos no se presentó. Allende habló frente a todas las otras delegaciones. El Doctor fue ovacionado y puso a Chile, este «país pequeño», en el contexto internacional.[30]

Luego se supo en los noticieros internacionales que Allende fue aplaudido de pie durante más de diez minutos por todas las delegaciones. Eso fue un gran apoyo para él, y le dio una tremenda fuerza para ir mejor preparado para enfrentarse a lo que era difícil: hablar con la Unión Soviética en ese momento.

Cuando el presidente volvió del viaje, nos contó de la reunión con Bush y dijo que nunca había sentido tantas ganas de mandar a la mierda a alguien, pero que desgraciadamente iba en el rol de presidente de la República y había tenido que conservar la calma y ser respetuoso y aceptar lo que conversaba, pero que él no había cambiado ni una sola coma, ni un solo punto. Recuerdo que le dijo a la Payita: «¿Viste? Tuve al imperio a mis pies», en tono de chacota.

Destino: la Unión Soviética

Después de la ONU, Allende siguió el viaje hacia Argelia, donde se reunió con el presidente Houari Boumédiène. Se habló de la posibilidad de hacer un traspaso de proyectos que hicieran mejorar la economía de ambos países. Luego del golpe, muchos chilenos se fueron a Argelia, incluso partidos políticos tenían su centro de trabajo allá.

El siguiente destino fue la Unión Soviética, donde la idea del presidente era poder establecer mejores relaciones comerciales. La URSS había aportado bastante ayuda, pero en proyectos de vivienda, de agua, y lo que

necesitaba el gobierno en ese momento era dinero fresco. En ese viaje lo acompañó Luis Corvalán, que iba como secretario general del Partido Comunista.

En Moscú se entrevistó con el líder Leonid Brézhnev. El presidente iba con la preocupación de que la Unión Soviética no tenía muy clara la posibilidad de triunfo del proyecto de la Unidad Popular. Ellos habían estado apoyando enormemente a Cuba, pero con Chile tenían aprehensiones, porque no creyeron que por la vía del proyecto democrático el socialismo podía prevalecer.

Allende regresó de la Unión Soviética bastante decepcionado. La única solución que se vio en un momento era que el gobierno importara alimentos.

Al regreso del viaje, para las fiestas de fin de año, Allende se dio cuenta de que no teníamos posibilidad de conseguir algo de los soviéticos, que había que buscar otro frente de apoyo... pero los otros frentes no existían. Los frentes tenían que ser internos, políticos, y la política interna estaba desatada.

El Doctor tenía conciencia ya de que la situación era muy difícil. Tan difícil que, en un momento determinado, me pidió, a través de Víctor Pey, que estuviera a cargo de sus nietos. La situación venía dura y había que ser prudentes y tomar medidas. Él era de la idea de buscar una casa de seguridad donde pudiéramos estar resguardados.

Cuando él pensó que las conversaciones con la Democracia Cristiana se habían vuelto infructuosas volvió a pensar en nuestros niños y su seguridad.

El Doctor le encargó a Víctor Pey que me dijera que Tencha debía permanecer en Tomás Moro acompañada de Isabel y Carmen Paz. Fue la primera y única vez que le desobedecí, al llamar ese día 11 a Isabel.

Víctor me entregó un dinero para arrendar una casa, habilitarla y tenerla

lista para mudarnos. Mi tarea iba a ser los niños.

Encontré una casa grande cerca de la Universidad Técnica del Estado, con un buen jardín y lo suficientemente cómoda para vivir con todos los niños. Tati había hablado con una persona que me ayudaría con las cosas de la casa. Pero no había cómo habilitarla, las fábricas de muebles estaban tomadas o intervenidas, ni cómo comprar suficientes alimentos.

Esta iniciativa solo fue conocida por Víctor, Tati y yo. Allende no quería que la familia se alarmara. Por suerte este proyecto falló, ya que la Universidad Técnica fue allanada y acordonada por las fuerzas militares el mismo día 11 de septiembre.

Capítulo VII 1973:
Los últimos días
de la Unidad Popular

Ese verano de 1973 ya no hubo vacaciones. Estaba todo pesado. Podíamos tener los sábados y domingos libres, cosa que nos permitía ir con Eugenio a ver a los niños donde mis padres, quienes se los habían llevado de vacaciones.

Todo el mundo, tácitamente, se comprometió a estar hasta las últimas consecuencias junto al presidente Allende. Eso hacía que el Doctor se sintiera tranquilo, porque tenía un equipo que lo apoyaba y acompañaba, y que era capaz de estar con él en los momentos en que no quería hablar o quería hacer un chiste, o decir cosas muy privadas.

Ese era el ambiente que había en La Moneda, mientras que la CODE (Confederación de la Democracia) o sea la derecha y la Democracia Cristiana tenían toda su estrategia enfocada en que Salvador Allende renunciara. En las elecciones parlamentarias de marzo de 1973, la CODE logró un 55 por ciento de los votos y la elección de 87 parlamentarios. No lograron los tres tercios que les hubiese permitido obtener la mayoría para bloquear al gobierno de la UP, por lo cual después de la instalación del Congreso la coalición se disolvió.

La salida de Allende se planteó a todos los niveles. La situación era adversa, muy tensa, con permanente temor y hostilidad.

Recuerdo cómo en esas circunstancias el cardenal Silva Henríquez se la jugó por la posibilidad de conversar con la Democracia Cristiana. Organizó una reunión en su propia casa, a la que invitó a Patricio Aylwin. Silva Henríquez ofició de mediador. Allende puso todo de su parte para llegar a un acuerdo que satisficiera. Él pensaba en su pueblo y estaba dispuesto a

ceder, siempre y cuando no significara ponerse de rodillas. Fue absolutamente imposible.

También tuvo largas conversaciones con la comisión política del MIR y con sectores más izquierdistas del PS. Era necesario bajar la intensidad de las protestas y de las tomas, y no inmiscuirse con las Fuerzas Armadas.

Allende era un demócrata de verdad y quería un país más justo, más solidario, pero siempre en democracia.

Salvador Allende fue un hombre respetuoso de los poderes del Estado. Nunca se inmiscuyó en el poder judicial, jamás. Y todo lo que se le solicitaba como intervención al Poder Judicial era negado, al igual que cualquier cosa que tuviera que ver con el Congreso. Cuando el gobierno tuvo alguna información sobre la posibilidad de un golpe, el ministro Tohá lo fue a denunciar al mismo Congreso, pero no fue escuchado.

Se sabía que iba a venir un golpe; se sabía que dentro de las Fuerzas Armadas había movimiento. Y nadie hizo nada.

Ese tiempo fue terrible. Era estar viviendo el final abrupto de una obra por la que habías entregado absolutamente todo. Mis hijos dormían junto a Gonzalo Meza, el hijo de Isabel, en la casa de la directora del Colegio Francisco de Miranda. Allí también lo hacían otros hijos de compañeros de izquierda. La Mayita, la hija de la Tati, que tenía dos años, lo hacía en la casa de una colega. Los niños también fueron víctimas de una derecha a la que nada le importaba con tal de recuperar el poder.

Hace poco vi un reportaje en televisión sobre el golpe. Uno de los que hablaba dijo que Allende tenía en La Moneda 500 ametralladoras. ¡Las 500 ametralladoras eran de Carabineros! No se podían usar, porque nadie las conocía. Había menos de cuarenta personas en La Moneda al momento del golpe.

Nadie se toma el tiempo de aclarar. Se sigue sembrando el odio

impunemente. Y eso todavía duele.

El Tanquetazo

Ese 29 de junio de 1973 fue un día frío, gris, triste. No sé por qué llegué antes de las nueve a La Moneda. Al presidente Allende lo llamó el subsecretario del Interior, Daniel Vergara, como a las siete y media de la mañana y le dijo: «Presidente, estamos rodeados de tanques. Desde mi ventana veo los que están por la calle Agustinas». Luego Verónica Ahumada, que hacía los informes de prensa, llamó y le confirmó que los militares estaban alrededor del palacio. Allende se comunicó con el general Prats de inmediato y con Tohá, quienes le notificaron que se había sublevado el Regimiento Blindado número 2, liderado por el teniente coronel Roberto Souper, y que los tanques estaban desplegados en varios lugares estratégicos.

Prats y Tohá le plantearon al presidente que no saliera de Tomás Moro. Desde ahí dirigió todos los movimientos. Prats y Tohá asumieron la responsabilidad de dominar a los insurgentes.

Me acuerdo claramente de haber visto al general Prats con su arma cerca del Palacio. Yo llegué casi al mismo momento en que salieron Pepe Tohá junto a Prats a la calle. Dejé el auto tirado en la puerta de Morandé 80. La Payita pudo llegar al poco rato, mientras la Tati se fue a Tomás Moro para acompañar a Allende. También estuvieron junto a él ese día el Perro Olivares y el Negro Jorquera, además de sus amigos y consejeros Víctor Pey y Joan Garcés.[31]

Nosotros nos quedamos en La Moneda informándole de lo que pasaba, de cada movimiento, si había civiles involucrados... A mí me pasó algo muy extraño: no tenía miedo. Sentía preocupación, pero no miedo. Solo le

dije a mi mamá que fuera a buscar a los niños; nunca pensamos que iba a ser una asonada grande. En el fondo, no fue más que una sublevación, aunque ya estaban preparándose para actuar después.

El día del Tanquetazo, el Doctor llegó como al mediodía a La Moneda. A esa hora las fuerzas estaban controladas. Ya se habían entregado, retrocedido y todo empezó a estar más tranquilo. La gente había salido a la calle, civiles; y, seguramente, el general Prats le debió haber avisado al presidente que la cosa estaba bajo control.

Allende venía muy enojado, enrabiado. El GAP me avisó: «Toromanta saliendo». Entró por Morandé 80, pasó por nuestra oficina y lo primero que dijo fue: «Bueno, ¿están todos bien? Aquí las cosas están controladas, el general Prats me lo ha asegurado y creo que tenemos que tener calma. Pero les vuelvo a insistir en que hay que tomar medidas de seguridad».

En el saloncito donde solía dormir la siesta se reunió con Prats y Tohá. No venía de traje, sino de sport, con una chaqueta azul. Tenía mucha cercanía Prats y Tohá y confiaba plenamente en que, si ellos habían actuado, lo habían hecho bien.

En un momento pasé cerca y me dijo «¿y usted fumando?». Creo que le contesté un poco pesada: «Sí, porque no hay tiempo para nada». Ya estábamos organizándonos, los partidos políticos se habían puesto de acuerdo y nos habían avisado que se había hablado con la Intendencia para que dejaran pasar a la gente. Entonces, Allende dio un discurso por los balcones de La Moneda.

En medio de su alocución, ahí en La Moneda, frente a miles de personas, llegaron el MIR —con sus linchacos—, el Partido Socialista y el MAPU, y desplegaron un lienzo que rezaba: «Aunque es un gobierno de mierda, es mi gobierno». Empezó a llover y la Paya, que tenía una imaginación maravillosa, le comentó a los GAP: «Chiquillos, vayan a comprar rollos de

plástico». Y yo le pregunté: «¿Qué?». Y la Payita decidió que cortáramos esos rollos de plástico y se los tiráramos desde La Moneda a la gente congregada frente al palacio para que se cobijaran de la lluvia. Porque empezó a gotear cada vez más fuerte, y el presidente hablaría de todas formas.

Horas antes, cuando todavía estaban los militares sublevados en la calle, hubo un tiroteo en la calle Agustinas, cerca de la puerta lateral del Banco Central, donde asesinaron al periodista argentino Leonardo Henrichsen. En La Moneda no se sabía. Cuando Allende estaba preparando el discurso, apareció el Coco Paredes para contar. Deben haber sido las siete, o siete y media de la tarde.

Allende estaba listo para salir al balcón cuando el Coco me dijo: «No, atájalo, mira lo que traigo». Y traía una cinta fotográfica. Un señor que iba pasando, no sabía Coco quién era, vio que se le había caído a un fotógrafo cuando le dispararon y lo escondieron en una alcantarilla. Luego, el Coco se enteró de que el periodista había fallecido a causa del disparo hecho por un militar, y había registrado su propia muerte.[32]

Allende, por supuesto, no tenía eso incluido en el discurso, pero se refirió al hecho señalando que tenía información fidedigna sobre la trágica muerte, que iba a ser comunicada al día siguiente. Allende estaba impactado, pero en su discurso llamó al pueblo a estar tranquilo.

Luego, fue a ver a los heridos a la Posta Central, con su capa de médico.

Cuenta regresiva

Ese día creo que cada uno pensó en cómo sería el desenlace, y qué íbamos a hacer. Creo que únicamente el Perro Olivares lo tenía más claro, sabía del ensañamiento y la brutalidad de los traidores.

¿Alguien pudo imaginarse que La Moneda iba a ser bombardeada; que Tomás Moro, donde se encontraba una mujer sola y desarmada, iba a sufrir tal barbaridad? ¿Alguna vez la Fuerza Aérea habría pensado que usaría sus aviones de guerra para bombardear el palacio de gobierno?

Augusto Olivares lo sintió y vivió en consecuencia, porque él tomó todas las medidas de seguridad para él y los demás. A mí me ayudó, aunque yo no me había dado cuenta... Éramos un poco infantiles o creíamos en las Fuerzas Armadas, que en el colegio siempre nos enseñaron a respetar. Yo, sin pensarlo mucho, iba a la embajada de Cuba a las once de la noche, llevando maletas que contenían documentos del Doctor, cosas privadas, no documentos de Estado, sino la correspondencia personal de Allende o documentos históricos de la Unidad Popular. Y todo eso después del Tanquetazo.

Los compañeros de la embajada me atendían, anotaban lo que recibían y me devolvían a mi casa muy campante.

Hasta que un día el Perro Olivares me dijo:

—Oye, ¿tú no te has fijado que te sigue un auto?

—¿A mí quién me va a seguir? No. No he visto a nadie.

—Sí, anda un auto detrás de ti... ¿Pero es que tú no miras por el retrovisor?

Por esos días, mi hijo Andrés subió llorando desde el jardín del condominio y me dijo: «Mamá, el papá de mi amigo me dijo que me iba a enterrar la cara en la tierra, yo no he hecho nada».

Recuerdo que Eugenio bajó al departamento del vecino y le dijo: «¿Qué te pasa?, si vuelves a tocar a mi hijo te meto un tiro en la cabeza».

Dos días después frente a un supermercado en Américo Vespucio, un tipo me tiró el auto encima. Yo llevaba a los dos niños en el asiento trasero, y me gritaron «¡upelienta de mierda, te vamos a sacar la cresta a ti y a tu

familia!». Yo paré, abrí la puerta de mi Fiat 600, y con pistola en mano les grité: «Atrévanse, cobardes, ¿no ven que voy con dos niños? Sigan a ver quién sale de esto bien parado».

Esos eran los valientes que atacaban a mujeres y niños.

Ante la información del Perro y el acoso a mis hijos, acepté que me acompañaran a dejarme a mi casa.

El Doctor tenía una ametralladora en su escritorio, que es la que le regaló Fidel. Esos días, todo lo que vivíamos era así, intenso.

Hablando muchos años después con mi hijo sobre el golpe, me dijo que lo que más recordaba era del enredo que había en la casa: «Salíamos, entrábamos, nos llevaban para una casa, para otra, donde la tía».

Mi departamento era un despelote. La tía aquella era Teresa, la directora del Colegio Francisco de Miranda, quien albergó a muchos hijos de dirigentes del gobierno de Allende.

La Tati y yo teníamos mucho miedo, porque Payita se iba muy tarde a Farellones sola, pero al final logró entender que tenía que volver acompañada. La Paya era súper valiente y aguerrida, pero al final siempre andaba con algunos muchachos del GAP, que incluso pernoctaban en Cañaveral.

El asesinato del comandante Araya

El 26 de julio era el aniversario de la Revolución cubana y ellos daban una recepción en la embajada. Asistió el presidente y había mucha gente. En aquella oportunidad le tocaba al capitán Arturo Araya acompañar al presidente. Allende se retiró temprano, tipo diez de la noche, y Araya también se fue a su casa. Al igual que nosotros.

El edecán Arturo Araya vivía en la calle Fidel Oteíza. A las pocas horas

de que nos fuéramos, me llamó Tati diciendo: «De Tomás Moro me acaban de avisar que hay un accidente con el comandante Araya. ¿Tú sabes algo más? ¿Has hablado con alguien?». Le dije: «No, yo estaba durmiendo», entonces agregó: «Corta que te vuelvo a llamar». Fue en ese intertanto que Araya sufrió el atentado donde murió a causa de los balazos que le dieron miembros de Patria y Libertad. Fue un dolor tremendo para el Doctor, porque él sí que tenía una relación con Araya, igual que con el comandante Sánchez, que era muy cercana, de amistad, de sinceridad.

Fueron los que lo acompañaron más tiempo.

Al día siguiente fue el velatorio del edecán Araya y Allende me pidió acompañarlo. La actitud de la familia fue de casi no darnos la mano. Un instante de mucha tensión y dolor. Estoy segura de que el presidente sabía que no iba a ser bien recibido, pero él era así: fue a dar la cara, porque no tenía nada que ver con su muerte.

La salida de Prats

Luego del Tanquetazo, al general Carlos Prats le hicieron la vida imposible. Como el amago de atentado que sufrió en la avenida Costanera, cuando una mujer que iba en una citroneta se le tiró encima y él sacó su pistola. Eso produjo mucho descontento dentro de las Fuerzas Armadas. Los diarios hablaron de que el general Prats poco menos que quería asesinar a una mujer, y a ella la convirtieron en la víctima. Lo cierto es que ella era integrante de Patria y Libertad, y la idea fue hacerle un simulacro de atentado, para ver cómo actuaba. Y Prats reaccionó creyendo que era un atentado mayor.

Un grupo de mujeres, esposas de militares, fueron a lanzarle maíz frente

a su casa en Presidente Errázuriz, como una forma de decirle que era un «gallina».

Prats estuvo aquejado de un fuerte estado gripal. El doctor Soto, a solicitud de Allende, lo visitó en su casa y le aconsejó que hiciera reposo.

En la tarde, el presidente me pidió acompañarlo, y yo no sabía adónde. En el camino me explicó que iba a visitar al general Prats. Él subió a su cuarto y hablaron largamente, mientras yo lo esperaba en el primer piso.

Cuando bajó, venía preocupado y nadie dijo nada. Volvimos en silencio a La Moneda.

Al llegar, estaban la Paya, Víctor Pey y Joan Garcés, y Allende contó que le había pedido a Prats que no renunciara, que era importante que mantuviera su cargo. Pero que él, como buen militar, sintió que su renuncia permitiría cohesionar a las fuerzas militares.

Finalmente, el general Carlos Prats, que había sido nombrado ministro como una señal de orden en medio de tanto conflicto, le presentó su renuncia al presidente el 23 de agosto de 1973, casi dos meses después del Tanquetazo, por medio de una carta muy emotiva:[33]

> *Al correr de los dos años diez meses, que he esbozado, he soportado con entereza toda clase de ataques injuriosos, calumniosos o infamantes —provenientes de quienes se empeñan en enervar o derrocar al Gobierno Constitucional que V.E. dirige— en la convicción de que, en el seno de la Institución que comando, predominaría la comprensión de la intencionalidad de baja política que inspiraba la campaña en mi contra.*
>
> *Al apreciar —en estos últimos días— que quienes me denigraban, habían logrado perturbar el criterio de un sector de la oficialidad del Ejército, he estimado un deber de soldado, de sólidos principios, no constituirme en factor de quiebre de la disciplina institucional y de dislocación del Estado de Derecho, ni de servir de pretexto a quienes buscan el derrocamiento del Gobierno Constitucional.*

Tercer aniversario del triunfo de la UP

En esos días posteriores al Tanquetazo, llegamos a temer la posibilidad de un «golpe blanco», por lo que cuando tres generales fueron a entregar una carta al presidente, Tati y Paya hicieron que tres funcionarios del GAP se escondieran detrás de las cortinas, mientras Osvaldo Puccio debía estar apostado a la entrada del despacho. Creímos que en ese momento podían llegar a decirle: «Señor, aquí tiene la carta de renuncia», pero no. Era una carta donde el Ejército, la Fuerza Aérea y la Marina declaraban estar con la Constitución y las leyes y que apoyaban al presidente. La traición continuaba.

Luego de esa visita, el 23 de agosto Allende hizo un nuevo cambio de gabinete (llevaba unos veinte en esos tres años de gobierno), y sacó a Orlando Letelier del Ministerio del Interior y lo puso a cargo de Defensa, donde había renunciado Prats.

Hubo en la época otros hechos menores, pero que demostraron la complicidad que existía entre las Fuerzas Armadas y la derecha, como la detención de Roberto Tieme,[34] el 26 de agosto de 1973. Tieme estaba siendo intensamente buscado por su participación en el Tanquetazo, y fue detenido en una discoteca junto a otros integrantes del movimiento que lideraba, sin oponer resistencia. Pero ellos ya estaban complotando en conjunto con las Fuerzas Armadas.

Ya a inicios de septiembre de 1973, en Valparaíso, se produjo otro hecho conflictivo que causó un gran malestar al presidente. José Toribio Merino, actuando como juez de la Primera Zona Naval, pidió el desafuero y arresto del senador Carlos Altamirano y del diputado Óscar Guillermo Garretón, a los que acusó de sedición, en una acción abiertamente desafiante para el gobierno, y también para el comandante en jefe, el almirante Raúl Montero. Justo cuando Allende intentaba por todos los medios que no hirviera el agua, ellos le echaban leña al fuego.

El 4 de septiembre de 1973, cuatro marchas coincidieron en el paseo Bulnes, donde Salvador Allende se dirigió al pueblo haciendo un recuento de lo logrado en los tres años de gobierno de la Unidad Popular. Agregó que las tareas no habían sido fáciles:

> *Hoy, a tres años de esa fecha, podemos medir todo lo que hemos sido capaces de hacer, para construir un nuevo orden y dejar atrás las estructuras de la oligarquía agraria, del gran capital monopólico y financiero, de la sumisión de nuestras riquezas básicas a la explotación extranjera.*
>
> *No ha sido tarea fácil.*
>
> *Enemigos tenaces, constantes, existían antes de la elección.*
>
> *Después de esta, cuando el pueblo estaba en el gobierno, se alzaron con más vehemencia, al verse heridos en sus intereses, al ver hundirse el mundo de sus privilegios.*
>
> *Al paso del pueblo se fueron colocando obstáculos, unos aquí y otros en el exterior.*
>
> *Ardua empresa la de construir frente a un adversario que gastó sus mejores empeños en no dejarnos gobernar.*
>
> *Después de tres años, el cuadro está claro.*
>
> *El pueblo, más maduro, más consciente, con más experiencia, más resuelto que nunca a avanzar sin tropezar.*
>
> *Frente a él, un adversario que también ha cambiado.*[35]

Además, en sus palabras, señala que se estaba al borde de un golpe de Estado.

> *Ahora, compatriotas, debo decirles, con franqueza de gobernante y de compañero: tenemos que estar alertas, muy alertas, sin perder la serenidad, con la cabeza fría, y el corazón ardiente.*
>
> *Enfrentamos una grave conspiración.*
>
> *Nuestra tarea principal es derrotarla por Chile y su destino.*
>
> *Al despedirme, les repito lo que les dijera hace justamente tres años: A la lealtad de ustedes, responderé con la lealtad de un gobernante del Pueblo, con la lealtad del Compañero Presidente.*

En otro discurso dejó en claro cuál sería su accionar frente a un golpe: «Solo acribillándome a balazos me sacarán de La Moneda. Yo estaré hasta los últimos instantes con la Constitución».

Allende siempre se planteó no dejar La Moneda, no aceptar acuerdos para salir del país, y que no cedería ante la barbarie de un golpe de Estado. Él iba a cumplir de forma cabal el mandato que el pueblo le otorgó.

El presidente Allende creía en lograr el socialismo por la vía democrática, y fue por esa convicción que no llamó a combatir en las calles. Sabía que el pueblo estaba desarmado, y que las FF.AA. eran muy superiores a la capacidad de los trabajadores. Su suicidio fue un acto político, de consistencia, de compromiso y lealtad. Pienso que su decisión fue heroica.

El cuento de las armas

Gracias a la ley de armas aprobada el 20 de octubre de 1972[36] y que fuera promovida por Juan de Dios Carmona, las Fuerzas Armadas iniciaron una serie de allanamientos en busca de armas en los cordones industriales donde se realizaban tomas de algunas fábricas por parte de los obreros. Esa situación, así como un supuesto intercambio de disparos producido el 7 de septiembre en la textil Sumar mientras era allanada por efectivos de la Fuerza Aérea, hicieron creer a la opinión pública que en Chile había muchas armas ¡y no había armas![37]

Recuerdo una historia que me contó la diputada socialista Carmen Lazo, con quien compartí exilio en Venezuela. Para el día del golpe, a ella le tocaba estar en la compañía de Cristalerías de Chile, porque su deber como militante era estar junto a los trabajadores. Ahí había un personaje del Partido Socialista que le avisó que esperaran, que ya llegaban las armas. Y Carmen Lazo estuvo esperando con los trabajadores hasta las doce del día, hasta que ella dijo: «No, no llegaron las armas. Vámonos, porque aquí no hay ningún arma».

Los sectores opositores a la Unidad Popular y las FF.AA. hicieron creer que el gobierno y su gente afín tenían arsenales de armas de grueso calibre y que el pueblo podía levantarse. Era constante la campaña del terror.

El MIR, el PS y otros grupos de izquierda señalaban en sus discursos y manifestaciones que era posible combatir contra los grupos dominantes y eso molestaba a Allende, ya que desde un principio habló de una revolución democrática, a la chilena con «empanadas y vino tinto».

Pero la realidad era muy distinta, el día del golpe el GAP solo tenía unas pocas armas para autodefensa. Sí existía un arsenal de Carabineros en el palacio, por razones de orden público, pero esas armas no se pudieron usar por desconocimiento, ya que eran fusiles que funcionaban de manera distinta a los AK. Lo único que se usó fueron las máscaras antigases, y que eran pocas, por ello se las tenían que compartir cuando el fuego y el humo eran irrespirables.

Los combatientes de La Moneda fueron el grupo 2 del GAP, que no eran más de veinte, el grupo de médicos, algunos colaboradores y los detectives que usaron sus armas de la institución. A este pequeño grupo hay que agregar a la Payita (que no quiso salir con las demás mujeres) y a una funcionaria de la Subsecretaría del Interior.

A eso de las nueve y media de la mañana, el MIR buscó que la embajada de Cuba les entregara armas para el combate, lo que fue denegado.

El PS no apareció ni retiró armas de la embajada. Ya era muy tarde.

Ese día 4 de septiembre fue emotivo también para nosotras, las integrantes de la oficina de la Secretaría Privada del presidente, porque eran tres años de gobierno y habíamos compartido todo ese tiempo juntas. Llegamos a ser una familia. Vi más a Allende, a la Paya y a la Tati que a los míos en ese periodo. Eso es lo que sentí, y todavía siento. Soy parte de esa época y de

esa forma de hacer política, de siempre ayudarse, de solidarizar, de estar pendiente unas de las otras.

Creo que eso se ha perdido en este país. Por eso a veces me siento extraña. Me falta mucho la Tati, y me falta el calor humano. Conocí mucho al presidente Eduardo Frei Montalva y tenía una familia muy distinguida y muy humana, pero el presidente Frei Montalva era el presidente y lo hacía notar.

Allende no hacía eso. Era uno más, tan humano y tan sensible, que esos días fueron muy jodidos para todos nosotros.

Los cumpleaños

El Doctor cumplía años el 26 de junio y lo celebrábamos según las circunstancias. Por lo general almorzaba en familia en La Moneda, y lo mismo cuando Tencha cumplía años.

En la noche cenaba en Cañaveral, y solía ser un cumpleaños sencillo. Una rica comida, una torta de lúcuma y los regalos, que abría como un niño chico.

La celebración era siempre con sus más allegados y se conversaba de cualquier cosa, menos de política.

Tati y yo nacimos un día 8 de septiembre, y desde que estábamos en la facultad que lo celebrábamos juntas. Recuerdo que en una oportunidad el presidente me regaló un anillo de oro, que obviamente compró Payita, en la joyería Gazelle, de calle Tenderini, y en otra ocasión fue un neceser de la famosa tienda Romors.

Como Tati era muy sencilla en el vestir, no usaba joyas ni nada lujoso. Para ese 8 de septiembre de 1973, el doctor me dijo: «¿Por qué no le regalamos a Tati una máquina lavadora?». Le dije que era una buena idea,

porque ella no tenía y le hacía falta. Así que llamé al interventor de Mademsa, y le pedí que me vendiera una. En ese momento era muy difícil conseguirlas, justamente porque la fábrica había sido intervenida. Le mandé un cheque con un compañero del GAP y quedaron de mandársela a su casa en Martín Alonso Pinzón.

Pero nunca llegó, nunca supe nada. Ese fue el último cheque que emití. Nunca me devolvieron nada, porque todo me fue confiscado.

Esa noche la Payita nos había invitado a cenar a su casa para celebrar nuestros cumpleaños. Llegué con Eugenio y estaba, además del Doctor y la Paya, Fernando Flores. Me sorprendí porque nunca había ido a Cañaveral.

Los otros invitados eran amigos de la embajada de Cuba. Había un ambiente muy tenso, y yo diría que hasta triste. Cenamos y nos fuimos temprano, y en el camino decidimos ir a la casa del Coco Paredes y, para sorpresa, también llegaron Ulises, Juan y el Negro Jorquera. Los cubanos habían llevado una botella de ron y nos tomamos un trago, pero tampoco el ambiente era de alegría. Aunque nadie dijo nada, todos estábamos preocupados por lo que podía suceder.

El día siguiente, 9 de septiembre, fue un domingo muy complicado. En Tomás Moro Allende tuvo reuniones toda la mañana con distintos dirigentes. Estuvo con el Partido Comunista, con Pinochet, con José Tohá, con gente del MIR y con Orlando Letelier, que era el ministro de Defensa en ese momento. Ese fue el día del legendario discurso del entonces senador Carlos Altamirano, secretario general del Partido Socialista en la concentración realizada en el Estadio Chile (hoy Víctor Jara), donde también estuvieron Miguel Enríquez, líder del MIR, y Óscar Garretón, jefe del MAPU.

En parte de su encendida declamación, Altamirano Orrego sentenció:

Se me acusa de haber asistido a reuniones con marineros y suboficiales: la verdad es que concurrí

a una reunión a la cual fui invitado para escuchar las denuncias de diez suboficiales y algunos marineros en contra de actos subversivos perpetrados presuntamente por oficiales de esa institución armada. ¡Y concurriré todas las veces que se me invite para denunciar cualquier acto en contra del gobierno legítimo y constitucional del presidente Salvador Allende!

Y remató su discurso señalando:

Chile se transformará en un nuevo Vietnam heroico si la sedición pretende enseñorearse de nuestro país. La fuerza del pueblo, compañeros, hay que utilizarla como se utilizó en el paro de octubre: el paro empresarial, el paro de los capitalistas, fue aplastado por la clase obrera .[38]

La última cena

Ese día el presidente había estado reunido con los jefes de partido, con el MIR, con sus asesores y con el cardenal. En la tarde, Paya nos llamó para decirnos que el Doctor nos invitaba a Tomás Moro.

En la sala escritorio nos juntamos Víctor Pey, Joan Garcés, el Perro Olivares, Tati, su marido Luis, el Negro Jorquera, mi marido y yo. Después se sumarían Tencha e Isabel, quienes venían llegando de un viaje desde México.

Lo noté preocupado y creo que nos hizo llamar para relajarse y compartir un trago antes de cenar.

Muy serio, nos comunicó que iba a hacer un llamado a plebiscito, con el fin de que fuera el pueblo quien dijera la últimas palabra sobre la continuidad de su gobierno. Agregó que debíamos estar preparados.

Yo había escuchado que ese era un camino, pero no tenía la certeza de que así fuera.

Nos dejó y dijo que iba al aeropuerto a buscar a Tencha e Isabel. Habían viajado a México para ofrecer la ayuda solidaria de Chile tras el terremoto que había sufrido ese país.

Cuando volvió, pasamos a cenar y sonriendo dijo: «Los erizos son solo para Tati, a ella le encantan y hay que regalonearla». Entonces llegó de sorpresa Carlos Briones, que había asumido la cartera de Interior, y Allende se paró de la mesa y escuchó a Briones. Fue privado, y al parecer, un tema muy serio.

Durante la comida habló del esfuerzo que estaba haciendo el cardenal para lograr acuerdos con la DC. Esto provocó malestar, ya que uno de los asistentes criticó esta relación con Silva Henríquez. Allende señaló airado: «No diga lo que no sabe. El cardenal ha hecho más que muchos otros para lograr dialogar con la Democracia Cristiana».

Después Isabel se fue con él a su dormitorio para que viera los regalos que le habían traído.

El ambiente se enrareció y decidimos irnos a nuestras casas. Solo se quedaron Víctor, Joan, el Negro y el Perro Olivares.

Esa fue la última cena.

El 10 de septiembre en La Moneda

Llegué a La Moneda antes de las ocho y media. Se suponía que en la tarde tenía que llevar a los niños al médico.

Ese día nuestro despacho se convirtió en la oficina de prensa. El Perro Olivares y el Negro Jorquera preparaban el borrador de lo que iba a decir Allende en la Universidad Técnica del Estado. Las cámaras de televisión se preparaban para filmar desde que el presidente saliera. Fue un día ajetreado.

En la tarde se realizó la reunión con las Fuerzas Armadas y Carabineros e Investigaciones, en la cual les anunció que al día siguiente llamaría a plebiscito.

Después de esa reunión, cuando ya oscurecía, sentí la voz del Doctor que

me dijo: «Patricita, acompáñeme a despedir al general».

Pinochet estaba esperando el ascensor cuando llegó el doctor y le dio la mano. Pinochet se cuadró y le dijo: «Presidente Allende, el Ejército de Chile estará con la Constitución y las leyes hasta las últimas consecuencias».

Esa fue la frase de Judas, de un miserable traidor.

El presidente me tomó del brazo y me dijo: «Este tiene cara de traidor, ¿será este el final?». No le contesté, el silencio bastaba.

Seguimos a la oficina y Allende iba pensativo, se encerró con el Perro y el Negro. Estaban revisando el discurso para el día siguiente. Cerca de las nueve de la noche, los tres salieron rumbo a Tomás Moro. Paya había citado por encargo del presidente a Víctor Pey y a Joan Garcés.

Al despedirse de Paya y Tati, el Doctor me dijo: «Patricita, recuerde tenerme la banda, que esté lista con la piocha, porque mañana la voy a usar». Allende tenía mucho respeto por los símbolos patrios, la banda, el acta de la Independencia, la bandera.

Yo me ocupaba de que la banda estuviera siempre perfecta. Se guardaba en una caja, dentro de un cajón del clóset con llave, que estaba en la puerta que separaba nuestra oficina de la salita de estar del presidente.

Estaba sentada en mi escritorio y el Perro llamaba desde mi teléfono a Mirella: «Mirellita, está bien, cierre todo, yo no voy a dormir en casa, me quedare en Tomás Moro». Me paré, busqué la llave y saqué la banda. Estaba perfecta, y la volví a guardar de nuevo con la piocha.

Sería la última vez que vería vivo al Doctor.

A pesar de los años, el recuerdo me invade y la emoción es la misma de aquel día.

Ese 10 de septiembre fue el momento de la traición absoluta, porque ya Pinochet había tomado la decisión de encabezar el golpe, el que

originalmente estaba preparado para unos días después del 11. Tal vez el anuncio que hiciera a las FF.AA. sobre el llamado a plebiscito los hizo adelantarse. Lo tenían todo preparado.

Ya tarde en la noche, el Doctor me llamó para recordarme que Carmen Paz e Isabel debían irse con los niños a Tomás Moro. Solo atiné a responder «sí, no se preocupe», y a buscar el momento para decirles. Al sentir que todo podía suceder, Tati me hizo preguntar a Máximo (Ricardo Pincheira, actualmente desaparecido), que era el encargado de Inteligencia del PS, si podíamos llevar a dormir a los niños a casa. Creo que Tati y yo no queríamos estar lejos de nuestros hijos. Él me contestó: «Ya la abuela se murió». No le entendí, y tal cual se lo dije a Tati, creo que era una contraseña y yo no lo sabía.

Paya se quedó en la Secretaría junto a Claudio Jimeno y el doctor Jorge Klein. Había que turnarse porque llegaban muchas noticias.

Tati y yo nos fuimos a nuestras casas, mis hijos estaban con peste cristal y Mayita estaba en su casa con la señora que la cuidaba. Tati y Luis también se quedaron en sus casas.

Le comenté a Tati que tenía que avisarle a Carmen Paz e Isabel que al otro día fueran a quedarse con Tencha. Ella me contestó: «Ya lo saben».

En mi casa logré relajarme un poco. Le conté a Eugenio lo que estaba pasando, me entretuve un rato con los niños y con mi abuela Mercedes, que por esos días estaba con nosotros. Después caí rendida y me dormí.

Ya era 11 de septiembre de 1973.

Capítulo VIII

11 de septiembre de 1973

Debe haber sido un cuarto para las siete de la mañana cuando sonó el teléfono. Era el doctor Soto, el «Cacho» Soto.[39]

—Oye, Chica, fíjate que me llamaron recién de Tomás Moro, que me vaya para La Moneda. ¿Tú sabes si el Doctor tuvo alguna cosa?

—No, yo me despedí como a las nueve y media y estaba bien... pero corta para llamar a Tomás Moro y te aviso.

Me contestó una de las telefonistas y le pregunté: «Oye, ¿qué es lo que está pasando?».

—No, nada, no está pasando nada —me contestaron.

—¿Cómo que no está pasando nada?, ¿por qué llamaste al doctor Soto?

—Bueno, es que... mire, el presidente no quiere que les avise a las mujeres.

—Pásame con el presidente.

Entonces, me dijo: «El presidente va saliendo a La Moneda. Se sublevó la Marina». Y yo, en una actitud infantil o a causa de los nervios o no sé qué, le pregunté a mi marido: «Eugenio, ¿cuánto se demora la Marina en llegar a Santiago?». Y él me respondió: «Depende si se vienen por el río Mapocho o en micro...».

Llamé de vuelta al Cacho, y Alicia, su mujer, me contestó: «Ya se fue».

Esa fue la única ocasión en que desobedecí a Salvador Allende, y llamé a Isabel. Ella se demoró en contestar, y cuando lo hizo, le dije: «Isabel, hay golpe de Estado, ándate a La Moneda».

Cuando llegué, Luis trataba de abrir el auto con su arma. Tati, muy nerviosa al ver que no se podía, me dijo: «Ya, vámonos». En ese momento

llegó el chofer de Luis, quien había ido a dejar a Maya a la casa de seguridad, y tenía las llaves del auto en su bolsillo.

«Bueno, vámonos en un auto», le propuse. Tati me respondió: «No, no, no, vámonos en dos, porque se pueden necesitar los autos, pero te vas pegada a mí. Yo me voy a ir adelante, tú te vas pegada atrás». «Pero Tati, por qué no nos vamos en un auto, porque mira, tú estás muy guatona ya».

Salimos a la avenida Colón para bajar hacia La Moneda.

Han pasado más de cuarenta y seis años, y aun cuando tomo avenida Colón para bajar hacia el centro, siento una sensación de angustia y dolor.

A esa hora la gente ya venía toda hacia arriba. Y nosotras íbamos para el centro tocando la bocina. No tuvimos ningún problema hasta que llegamos a Plaza Italia; allí unos carabineros nos detuvieron para advertirnos que no continuáramos. Fueron amables. Tati me miraba por el espejo retrovisor, y luego de que hablaron con ella, otro se me acercó y me dijo: «Señora, no sigan, hay una balacera y su amiga va embarazada». Yo le contesté: «No, es que tenemos que seguir», y nos abrieron paso. Tomamos el Parque Forestal y debimos haber bajado por alguna vía que nos llevara a la calle Moneda.

Había poco tráfico, los autos aceleraban para salir del centro. Tati en su Fiat 125 y yo en mi Fiat 600 color beige acelerábamos, pero en sentido contrario. Se veían pocos peatones, hasta que llegamos a la Intendencia, en Morandé con Moneda. Allí ya había tanquetas y militares con sus armas apuntado hacia La Moneda. La calle estaba cerrada con una barrera amarilla, pero Tati aceleró y la pasó a llevar.

Yo paré, ya que desde la Intendencia salió un grupo de militares con un cuello color naranja; se abalanzaron y me rodearon, yo con la ventana abajo les mostraba mi carnet de la Presidencia y les gritaba: «Déjenme pasar, por favor, soy la secretaria del presidente». Yo no sabía si eran leales o

traidores. Justo en ese momento pasó el ministro Fernando Flores junto a su guardaespaldas, y me dijo: «Arranca, arranca, que son malos».

Después supe que Fernando iba al Ministerio de Defensa a parlamentar con los golpistas.

Canal 13 grabó la escena y, siempre que muestran el golpe, comienzan con esa escena. Yo la tengo grabada en mi interior y nunca la olvidaré. Ahí, en ese momento, un oficial gritó: «Despejen, despejen la calle». Un tanque se acercaba en reversa.

—¡Retroceda! —me gritaron.

Di reversa por Moneda y vi que había gente en el restorán «El Nacional». Me acuerdo de eso, porque el Negro Jorquera y el Perro Olivares iban siempre a comer ahí. Afuera del local estaba lleno de gente que me pateó el Fiat 600 mientras me gritaban: «¡Desgraciada, upelienta de mierda!».

Me fui retrocediendo hasta la esquina de calle Huérfanos con San Antonio, donde estaba el departamento en que vivía mi mamá. Me bajé con una pistola en la mano. Dejé el auto en la mitad de la calle, porque ya no había autos, no había micros, nada. Le dije a mi mamá: «Mamá, hay golpe. Preocúpate de mi hermana, cuídense ustedes». Hacía muy poco que se había muerto el marido de mi madre y ella estaba bastante mal. Le pedí a la empleada que trabajaba con ella: «Cuida a mi mamá, porque yo no sé cuándo voy a aparecer».

Bajé, me subí al auto y agarré por Merced hacia Providencia, luego Apoquindo hasta llegar a la Escuela Militar, donde tuve que desviarme, porque había tanquetas y militares, cada vez era más difícil llegar a Tomás Moro. Seguí buscando otras rutas, hasta pasé por la puerta de la casa del embajador de Estados Unidos, que estaba cerrada y con guardias en las puertas y en la calle. Había mucho silencio y tuve miedo. Tomé mi carnet de la Presidencia y lo escondí entre el parabrisas del auto.

Sentí que ya no servía para nada, que estaba sola en calles que no conocía y que tampoco podría llegar a Tomás Moro.

Más adelante, en Cuba me enteré de que Tomás Moro había sido bombardeada por la Fuerza Aérea, y que Tencha pudo salvarse gracias a la ayuda de su chofer y de las monjas que colindaban con la casa. Tantos héroes anónimos. El señor Bello, su chofer, arriesgando su vida, la llevó hasta la casa de unos amigos, que la protegieron y la acompañaron.

Mi intención era dirigirme a Tomás Moro, porque Allende pensaba que podía ser una casa segura. Pero me di por vencida, vi una calle que podía llevarme hasta mi domicilio, y decidí regresar allá. Me bajé y me encontré que ya había llegado Isabel Jaramillo. Ella se había integrado a la Secretaría Privada en reemplazo de Blanca, que en ese momento estaba con permiso prenatal. Mi marido había logrado sacarla de las Torres de San Borja y llevarla a nuestra casa.

La miré y con mucha tristeza le dije:

—Isabel, esto se acabó.

Entré a mi casa y los niños estaban ya vestidos, los abracé y les dije vayan a jugar, hoy no voy a ir a la oficina.

Me senté en mi cama y recordé que en el canasto mexicano que me había regalado la Paya había notas que el Doctor me entregaba al pasar por mi escritorio. Me decía: «Guarde esto», y me guiñaba el ojo. Las empecé a romper y a quemar y, mientras lo hacía, pensaba en todo lo que habíamos vivido, en el cariño y respeto que siempre habíamos mantenido en la Secretaría Privada. Trataba de imaginarme qué estaría pasando, qué sería del Doctor, de la Tati embarazada, en dónde estaría la Paya. Tal vez el GAP combatía, pero todo era pura imaginación, ya que no había noticias.

Eugenio había partido tras dejar a Isabel y Rodrigo en la casa, ¿a dónde iba? No se lo pregunté, le entregué mi pistola y nos despedimos...

A Isabel le dije: «¿Por qué no vas hasta la embajada y ves qué pasa?». Al poco rato sonó el teléfono, era Tati, quien me exhortó: «Sin discusión se van de inmediato a la casa del embajador Mario García Incháustegui, pero antes pasa por la casa de Montero».

Raúl Montero había estado en el gabinete, era leal a Allende y vivía en Sánchez Fontecilla llegando a Colón. Pasé despacito y no se divisaba un alma. La casa estaba a oscuras y con todas las ventanas cerradas. De regreso, le dije a Tati que la casa estaba vacía. A mis hijos les conté que nos íbamos a ir de vacaciones a la playa. Al escuchar esto, mi abuela me preguntó: «¿A dónde vamos?»

Y las señoras que me ayudaban con la casa no sabían qué hacer, corrían a quemar más papeles. Las calmé y les dije: «Quédense tranquilas, acompañen a mi abuela y nosotros volveremos pronto. Cualquier cosa, llaman a mi mamá».

«Isabel, no cabemos todos en el auto, así que espérate que he visto a un señor que está aquí abajo, y cuando hay reunión de condominio, defiende a los trabajadores». Fui, le golpeé la puerta y le pregunté: «Hola, vecino, ¿usted nos podría llevar a una embajada?». «Sí», me dijo, «con mucho gusto».

Ese señor llevó a Isabel, su guagua y el coche y yo me fui en mi auto, con mis dos niños y las maletas. Partimos y el señor me fue siguiendo. Él no sabía a dónde íbamos. Entramos por la calle San Patricio, creyendo que nos estarían esperando. Apenas me estacioné, apareció un grupo de unos veinte miembros de Patria y Libertad. «¡Desgraciada, no podís entrar, que te vái a asilar!». La Isabel con la guagua por el otro lado, salió del auto y el señor arrancó espantado. Ella logró entrar.

Yo seguía en el auto con mis hijos, de seis y siete años. Iban sentados adelante y yo llevaba la ventana semiabierta. Por ahí le pusieron dos

ametralladoras, uno a cada niño en la cabeza. Empecé a sentir que querían abrir mi puerta. En mi terror, agarraba a los niños y, por otro lado, tomaba la puerta para que no me la abrieran.

De repente un tipo abrió la puerta. Por el otro lado, Isabel, que había dejado a su guagua adentro, sacó a mis niños. Miré al que me abrió la puerta y le grité: «¡Santiago Castro!». Había sido un pololo mío de juventud.

Él me dijo: «¿Qué estás haciendo tú aquí?, ¿por qué eres de la UP?».

«Cállate, cobarde», le respondí. Era hijo de un miembro de la aviación. El grupo que escuchó su nombre se quedó paralizado, porque ellos usaban «chapas» y era muy extraño que «una upelienta» conociera su verdadero nombre. Nos quitaron el auto y las maletas, porque no solo eran cobardes, también eran ladrones.

Entramos a la casa del embajador, los niños estaban aterrados y Rodrigo lloraba a mares. Nos recibió uno de los choferes, que era un muchacho joven y que poco entendía. Solo le habían dicho que unas compañeras llegarían a la casa.

—Oye, ¿dónde están los compañeros?

—¿Qué compañeros?, si aquí estamos solamente nosotros tres.

Eran dos empleados y el suegro del embajador, un anciano que estaba algo enfermo, debido a su avanzada edad.

Él abrió la puerta y me dijo:

—Óyeme, muchacha, hay que poner la bandera, hay que llamar a la policía.

Yo lo tomaba de la chaqueta y le decía «sí, ya vamos. Mejor vaya al salón»; y así, durante un buen rato.

A Claudia y Andrés los pusimos a ver dibujos animados, ya que la televisión solo daba ese tipo de programas. Ambas nos dimos cuenta de que

nos habíamos quedado sin nada. El auto en que venía Isabel salió disparado, y a mí me habían robado todas las cosas. Únicamente tenía la cartera con mi libreta y una notita del Doctor, y el neceser en que guardaba el dinero que Víctor me había entregado. Nos quedamos con lo puesto, ya que el dinero se lo entregué al chofer de la embajada, él lo iba a necesitar más que yo.

En la casa del embajador había comida, pero no para una guagua, apenas una lata de leche Nido e Isabel, con los nervios, no podía amamantar. Por otra parte, la casa era muy insegura, estábamos en una calle sin salida, llena de ventanales y rodeada de casas que daban al jardín.

Empezaron los llamados a la puerta y los insultos por el citófono. Al parecer eran los mismos que nos habían atacado, solo que ahora se sumaban mujeres. El teléfono no paraba de sonar, yo contestaba imitando al tono de los cubanos:

—Oigo, embajada de Cuba.

—Concha de tu madre, hija de puta.

—Los vamos a matar. Espérense que ya vienen, que ya vienen, que los vamos a matar a todos los que están ahí adentro.

Los que llamaban creían que había mucha gente dentro de la embajada. Eso ocurrió varias veces.

Entre todas esas llamadas se comunicó mi mamá. Llorando me dijo: «Entréguese, no le va a pasar nada. Llamó la Nené, y dice que su hijo se presentó al Ministerio de Defensa y no pasó nada».

Le respondí: «Sí, mamá, no te preocupes, estamos bien. Sí, claro, chao». Cerca de las tres de la tarde entró una llamada, y creí que eran más insultos, pero no:

—Mijita, su papá.

Mi padre, Enrique Espejo Novoa, era inspector general del Cuerpo de

Bomberos, razón por la cual estaba en La Moneda. Estuve varios años sin hablarle, porque consideré que era una cobardía.

Años más tarde supe que me llamó desde la Cancillería, estaba debajo de una mesa rodeado de militares. Por suerte la vida me permitió pedirle perdón.

Dejé el teléfono, y le dije a mi compañera:

—Isabel, el Doctor murió.

—¿Cómo?

—Yo creo que se suicidó —y no dije nada más.

Las lágrimas nos acompañarían un largo rato.

Me imagino que, por un error, en vez de comunicarse con la embajada cubana, el Jefe del Estado Mayor de la Defensa Nacional, Patricio Carvajal, llamó a la casa del embajador, donde estábamos nosotros. Yo contesté con acento cubano.

—Habla el comandante Patricio Carvajal, informe que las fuerzas de orden aumentarán el poder de fuego frente a la embajada de Cuba.

De inmediato llamé a Ulises Estrada, que en ese momento era el encargado político y de defensa de la embajada. Cuando una sede diplomática cubana se ve enfrentada ante hechos de violencia, los roles diplomáticos tienden a modificarse. El embajador se relaciona con sus pares y la defensa la asume el encargado político.

Después, ya en La Habana, pudimos aclarar que la llamada fue justo cuando autorizaron a Luis Fernández y al embajador cubano a acompañar a Tencha, Tati e Isabel. A pesar de haberles asegurado que su estatus diplomático sería respetado, al salir, los militares apostados en una casa vecina les dispararon e hirieron al embajador. Ante esto, los cubanos repelieron la acción con sus armas.

Tati rechazó acompañar a la señora Tencha, porque pensó que una vez más los traicionarían.

Los niños se entretenían con los monitos, las muchachas de la cocina les prepararon sándwiches y les dije que se fueran a dormir, porque mañana temprano nos íbamos a la playita. El hijo de Isabel tenía hambre, y como pudimos inventamos una mamadera: en una botella de ají Mirasol y con la goma de un gotero pudimos alimentarlo.

De la embajada nos pedían que revisáramos si había documentos confidenciales del embajador, y de ser así que los quemáramos. Cuando estábamos en eso, una de las muchachas nos alertó de que iban a dar un noticiero en Canal 13. Corrimos y estaban mostrando la casa de Tomás Moro semidestruida, la cámara hizo un paneo del clóset del presidente y ya no había nada, sus camisas y guayaberas habían sido robadas. Luego mostraron el living, donde ya no estaban los cuadros y con una buena escenografía de fondo, mostraban las botellas de whisky.

A la barbarie se sumaban el robo y la mentira.

Estábamos agotadas por la tristeza y el cansancio, y entonces le dije a Isabel:

—Tratemos de descansar un poco, si quieres nos turnamos.

Estábamos encima de una cama contigua a la de los niños, cuando sentimos un ruido y una luz que iluminaba el jardín. Era un helicóptero que sobrevolaba encima de la casa. Pensé que era el fin, ya que sabíamos por la TV que La Moneda había sido bombardeada y que el presidente estaba muerto. Tomás Moro igual, tal vez era nuestro turno.

El segundo piso tenía unas ventanas pequeñas y le dije al chofer y a Isabel:

—Disparemos desde cada ventana, así van a creer que hay mucha gente.

Teníamos que defendernos.

El helicóptero se retiró, y volvía cada cierto tiempo. Como a las tres de la mañana se fue definitivamente. Por suerte, los niños no se despertaron y tampoco «el abuelo», como le pusimos al papá del embajador.

Le avisamos a Ulises y nos dijo que a primera hora se tendrían conversaciones con los generales para ver la salida de los diplomáticos y del personal cubano, y que nosotros nos iríamos en calidad de «invitados».

Estaba tan cansada y nerviosa que me di cuenta de que no tenía ni siquiera ropa interior, la necesitaba y busqué entre la ropa de Gladys, la esposa del embajador, para poder usarla.

Los niños tampoco tenían ropa para cambiarse, como estaban en reposo andaban con blue jeans viejos, poleras y suéter. Temprano en la mañana me llamó Luis:

—¿Están bien? Te paso a Ulises.

—¿Ustedes tienen pasaportes? —nos preguntó Ulises—. Vamos a pedir el salvoconducto. Porque ya hemos llegado a un acuerdo. Nos vamos esta noche.

Esa era ya la madrugada del día 12. No teníamos ni pasaportes, ni una foto. Ahí fue cuando los cubanos dijeron que nosotras íbamos invitadas por su gobierno. Saldríamos todos desde la embajada y en el aeropuerto nos iba a estar esperando un avión soviético, que era el que nos llevaría hasta La Habana.

Pasamos horas pensando de adónde sacábamos un papel. Nuestras familias no sabían nada, los maridos no estaban para autorizar la salida de los niños. Todo era un caos.

Horas después, Juan Carretero volvió a llamar para pedirnos el carnet. Iba al Ministerio de Relaciones Exteriores, y finalmente nos dieron el salvoconducto. El que lo autorizó fue Tobías Barros, un funcionario de la

Cancillería con el que días antes había discutido, porque él insistía en que el presidente Allende firmara una carta de saludo de cumpleaños para la Reina Isabel II. Tobías era hermano de la cantante y actriz Carmen Barros.

Con ese documento, pasamos de asiladas a invitadas del gobierno cubano. Ulises nos avisó de que ellos iban a ir a buscarnos a nosotras, al papá del embajador y a los niños.

En la noche llegó una caravana formada por varios autos diplomáticos, alcancé a ver sus banderitas. Estábamos tristes y con miedo. La comitiva la encabezaba Harald Edelstam, el embajador sueco, al cual mucha gente le debemos la vida.[40] La junta militar rompió relaciones de inmediato con el gobierno de Cuba y la embajada sueca asumió su representación. Con él venían el embajador de México y gente de Naciones Unidas.

Nos subimos a los autos que tenían una escolta militar. La caravana comenzó a transitar por Vitacura hasta que llegamos a la embajada de México, donde estaba la Tencha, y seguimos hasta la embajada de Cuba. En la calle había varios autobuses que ocupaban los funcionarios de la embajada, entre la gente logré divisar a la Tati que llevaba a Mayita de la mano.

Apenas pudimos mirarnos, pero bastaron solo sus ojos y su mirada para decirnos todo. Luego, ella se subió al auto con Luis y con la Maya de la mano, que era chiquitita. Mis hijos me preguntaban: «¿Por qué no nos vamos con la Mayita?».

Empezamos a avanzar por la Alameda. La caravana iba muy lenta, con militares a pie a los lados. Pasamos por La Moneda, que estaba oscura y destruida. Los autos se detuvieron y un militar le dijo al chofer: «Si hay tiros, te sales de la caravana».

El 11 de septiembre de 1973
en la embajada de Cuba en Chile

Durante mi exilio en Cuba tuve la oportunidad de afianzar mi amistad con miembros del gobierno cubano, ya que muchos de ellos habían visitado o trabajado en nuestro país.

Entre ellos, el comandante Manuel Piñeiro, Ulises Estrada, Juana Carretero, Enrique Montero, Michell Vásquez, Nelly Cubillas y gente de la cultura, en especial el presidente del Instituto Cubano del Arte e Industria Cinematográficos (Icaic), Alfredo Guevara. Todos ellos me ayudaron a sobrevivir en momentos de tanto dolor.

A Piñeiro lo había conocido en Chile, pero nuestra relación era más bien formal. Luego estableceríamos un lazo de amistad y colaboración.

Creo que Chile y los partidos de izquierda han sido muy poco agradecidos con Cuba. Como también con los países que nos apoyaron, tanto antes como después del golpe.

Con Ulises Estrada y Juan Carretero (Ariel) nuestra amistad era más estrecha, de amigos. Tal vez ellos sabían de mí por mi tía Paz y por mi trabajo con Tati y con Arnoldo Camú.

Lo que voy a relatar a continuación solo puedo hacerlo ahora, ya que antes únicamente lo sabía de largas conversaciones que tuve con varios de los que estuvieron ese día en la embajada cubana en Chile, me refiero sobre todo a Ulises Estrada. Y si puedo hacerlo ahora con seguridad, es porque se trata de información recientemente desclasificada. De hecho, una parte se publicó en un libro realizado bajo el patrocinio del Ministerio de Relaciones Exteriores de Cuba y

una ONG holandesa.[41] En él se recoge una serie de entrevistas a miembros que aportaron distintos trabajos, en distintos lugares de América.

Esa mañana del 11 de septiembre me comuniqué varias veces con la embajada, en especial con Ulises, ya que en ese momento era el de mayor rango en la sede diplomática. Los cubanos estaban bajo su mando, y Ulises Estrada se apoyaba en Juan Carretero y Patricio de la Guardia.

Ulises relató que cerca de las seis de la mañana una amiga le informó desde Valparaíso que la Marina se había sublevado. Entonces, llamó a la embajada dando la orden de que todo el personal cubano debía dirigirse de inmediato a la sede diplomática.

A las siete y media de la mañana le informó del golpe a Samuel Riquelme, miembro de la comisión política del Partido Comunista, quien le respondió «no puede ser», lo que indica claramente que no sabía nada.

Más tarde, se comunicó con Carlos Altamirano, quien le contestó: «Ulises, por favor, me dijeron que estabas enfermo, por favor, descansa. En Chile no puede haber golpe de Estado».

Estas declaraciones me permiten asegurar que los partidos políticos de la Unidad Popular no solo no tenían información, sino que no creían en la posibilidad de un golpe de Estado. Es más, me ratifica la banalidad con que tomaron la grave situación que vivíamos.

Tati, muy dolida, me contó que solo cerca de las nueve y media de la mañana apareció en La Moneda Hernán del Canto, miembro del Comité Central del Partido Socialista, quien le preguntó al presidente qué debían hacer. Allende, muy molesto, le contestó: «Los dirigentes del partido harán lo que estimen su deber, yo conozco el mío».[42]

Con el MIR solo tuvieron contacto alrededor de las diez de la mañana, cuando Andrés Pascal y otros dos compañeros llegaron a buscar armas para combatir a los militares golpistas.

Ulises señala que él le preguntó a Pascal cómo llegaron hasta allí, cuando en la esquina había ya un cerco militar y de Patria y Libertad, a lo que respondió «a la cañona».

Una vez más, me convenzo de la claridad política de Allende. Él no estaba por la lucha armada, tenía claro el poderío de las Fuerzas Armadas y creía en el respeto a la Constitución.

También sabía con quiénes y con cuántos podía contar, sabía que un llamado a combatir era sacrificar al pueblo y de allí su decisión de acabar con su vida antes de ver correr la sangre de sus compatriotas.

El 11 de septiembre, Salvador Allende permaneció en La Moneda junto a sus más leales compañeros y amigos. Los encargados políticos se reunieron en Indumet a parlamentar sobre el camino a seguir, pero ya la traición se había consumado.

La solidaridad y el compromiso

No quisiera olvidar, ya que jamás dejarán de estar en mi memoria, a quienes sin tener ninguna obligación acompañaron al presidente.

La escolta de Investigaciones

Una vez asumido el mando y de acuerdo a los reglamentos, la Policía de Investigaciones debe destinar un equipo de detectives para acompañar al presidente en sus desplazamientos.

Al principio fue difícil, no se sabía bien qué pensaban; a su vez para ellos todo era nuevo, nunca habían trabajado con una escolta como el GAP. Allende, a quien no se le escapaba nada, se dio cuenta y cada mañana que salía de Tomás Moro, que jugaba con sus perros, se daba el tiempo para conversar con ellos, les preguntaba sobre sus familias, sus horas de trabajo y lo mismo hacía con los compañeros del GAP. Esto significó que ambas escoltas se unieran y trabajaran sin problemas.

El día del golpe, el Doctor llamó a los detectives para liberarlos de su trabajo, les habló y agradeció su labor.

Juan Seoane, jefe del grupo, le dijo: «Yo me voy a quedar». Y Allende le respondió: «Estaba seguro de que usted se iba a quedar, porque los viejos robles mueren de pie». Así era Allende, hasta en los momentos más difíciles tenía una palabra de afecto para su gente.

El equipo médico

Durante la campaña, Allende había tenido algunos síntomas cardíacos, lo que motivó a Tati a llamar al doctor Óscar Soto, cardiólogo del hospital San Borja, para que se integrara al equipo que lo acompañaría desde que fuera electo presidente.

Una vez asumido el mando, el equipo fue creciendo, incorporando médicos de distintas especialidades. Todos entregaban su tiempo en forma voluntaria y sin remuneración alguna. Además, debían cumplir con sus cargos en los hospitales.

El 11 de septiembre se dirigieron a La Moneda y estuvieron hasta el final, ya que Allende los obligó a descender por Morandé y entregarse a los militares.

Recuerdo que mi gran amigo, Arturo Jirón Vargas, quien me apoyó en mi exilio en Venezuela, me contaría que ese día el Doctor disparó desde uno de los balcones de La Moneda, y como las balas entraban muy cerca, lo agarraron del pantalón para salvarlo de una. Allende gritó: «Huevón, déjame». Y al darse vuelta vio que era el doctor Jirón, y entonces le dijo: «Jironcito, disculpa, no sabía que eras tú».

A pesar de que Allende insistió en que se fueran a sus casas, ninguno de los doctores lo hizo, y sin saber disparar ni defenderse, lo acompañaron hasta el último minuto.

Los doctores Óscar Soto, Hernán Ruiz Pulido, Arturo Jirón Vargas, Patricio Arroyo, Patricio Guijón, Alejandro Cuevas, Víctor Oñate, José Quiroga y Danilo Bartulín honraron su profesión de médicos.

Capítulo IX
Adiós Chile, adiós sueños

Llegamos al aeropuerto de Pudahuel cerca de las once de la noche del día 12 de septiembre. En la ciudad no había nadie a raíz del toque de queda. Había que bajarse y entrar al aeropuerto entre dos filas de carabineros. A los niños no los podíamos llevar de la mano, y me daba terror. Isabel cojeaba con su guagua en brazos.

Un carabinero me hizo un gesto y me dijo: «Deme un número de teléfono». Yo tomé el papel que me había escrito Allende una vez por llegar tarde y dejarlo solo, le saqué un trozo y le anoté el teléfono de mi mamá para que le avisara que me iba.

Con todo el desastre que estábamos viviendo no tenía mucha conciencia de lo que llevaba encima. Aparte de ese papel, en mi cartera tenía mi libreta telefónica de La Moneda, donde estaban todos los nombres de la gente de la Unidad Popular.

Llegamos a una sala y estaba el general Pedro Ewing Hodar, rabioso y prepotente. Le dijo a los cubanos: «Aquí el compromiso es que nadie lleve un arma. Si llevan un arma, el compromiso se termina». Las maletas fueron pasando hasta que encontraron algo, entonces Ewing se acercó a donde estaban los más importantes de la embajada, además de Isabel, la Tati, Luis y yo.

—Bueno, se acabó el compromiso —sentenció.

Entonces, uno de los cubanos le dijo: «Tranquilo, momentito, esperemos».

En eso pasó una cosa increíble: a Ewing le sonó la radio, y justo en ese instante le avisaron que lo habían nombrado ministro. Y simplemente desapareció.[43] Le importó un carajo si los cubanos salían del país o no.

Dejó encargado de estas negociaciones a un coronel que se llamaba Uros Domic. Este señor, menos prepotente que Ewing, dijo: «¿Cómo lo vamos a hacer?, porque aquí no han cumplido con la norma».

No solo había sonado la alarma cuando los cubanos pasaron por el detector, además le avisaron que los funcionarios cubanos que estaban cargando el avión, cuando levantaban los brazos, se les veía que llevaban granadas.

Juan Carretero le respondió: «Bueno, pero busquemos una fórmula. Mire, yo tengo mi Mercedes Benz en la embajada. Aquí están las llaves». Y el tipo se metió las llaves al bolsillo. El periodista argentino Jorge Timossi, que era corresponsal de la agencia de noticias cubana Prensa Latina, le entregó las llaves de su departamento. Uros Domic lo recibió todo, sin arrugarse. El militar murió en 2018, dueño de un consorcio radial.[44]

Ni se arrugó. A mí me daba susto que en un momento determinado dijera: «¿Qué se cree usted, que me viene a comprar aquí?».

Cuando terminó de negociar con ellos, se acercó a mí y me dijo: «Señora Espejo, ¿y usted por qué se va a ir?».

—Porque tengo ganas de irme —contesté.

—Pero si usted va a ser una persona muy importante en Chile. ¿Por qué se va a ir?, tiene que quedarse, si esta es su patria. Y usted tiene todo en sus manos para vivir en su país...

—No, no, yo tengo que irme, señor —le dije.

A Isabel, que sus apellidos son Jaramillo Edwards, le dijo: «¿Y usted, mi dama, por qué se va? Si usted tiene que quedarse en su patria».

Isabel le contestó: «No, no. Yo estoy enferma. Ve que tengo la pierna mala, me voy a ir a operar, así que tengo que irme».

Luego había que pasar por un puesto de migración. Un civil me pidió el permiso del padre para dejar salir a los niños.

—¡No tienen padre! —grité y agarré a mis niños y los metí al avión.

Cuando fue el turno de Isabel, les aseguró que era madre soltera.

La aeronave era de Aeroflot, un Iliushin, con tripulación soviética. Salimos de Chile la madrugada del 13 de septiembre.

Tati iba sentada dos o tres asientos más adelante junto a Luis, y con Mayita en los brazos. Yo iba con Andrés en mi falda, junto a Juan Carretero que llevaba a Claudia en sus piernas, y que me preguntó:

—¿No crees que hemos dado varias vueltas?

Yo asentí y le dije:

—Ya vamos en la tercera o cuarta vez que pasamos por el mismo lugar.

En eso miré a Tati, quien me hizo un gesto con el dedo hacia abajo.

—Tati cree lo mismo.

Íbamos muy tensos, y atentos a las maniobras del avión. Yo miraba a mis hijos, mientras la incertidumbre era total.

Al poco rato la aeronave hizo un giro y se elevó para alcanzar la altura requerida para continuar hacia Lima, que era una escala que debíamos hacer antes de llegar a La Habana.

El avión no tenía una gran capacidad, a lo más eran unos 180 asientos, incluidos los de la tripulación, que eran todos soviéticos y solamente hablaban ruso, ni siquiera una palabra de inglés. No tenían nada para comer, únicamente agua mineral con gas, que utilicé para hacerle una mamadera a Rodrigo.

Esto demostró que en la embajada de Cuba no había cientos de cubanos como se decía.

Al aterrizar en Lima nos esperaban los diplomáticos y el personal de la embajada en Perú. El comandante de la nave le confirmó al embajador de Cuba en Perú que durante el viaje fuimos seguidos por tres aviones de la Fuerza Aérea, y que en un comienzo intentaron interferir en el vuelo.

Nos abrazaban y ofrecían comprarnos algo para el viaje. Creo que allí recién pudimos sentir que estábamos a salvo.

Ahí empecé a sentir el calor del apoyo de los cubanos. Ellos también habían pasado momentos muy difíciles. Reanudamos el viaje en silencio. Creo que todos tuvimos temor de no llegar a destino.

Mientras volábamos a La Habana me pregunté qué pasaría con los que se quedaron. ¿Cómo estarán los que combatieron en La Moneda? Pensé tanto en la Paya, había perdido un amor y habían tomado preso a Enriquito, después supimos de su muerte.

También pensé en todo lo que dejaba atrás, a mi madre enferma y débil, a mi hermana adolescente, a la familia, a los amigos, al trabajo. ¿Qué sería de Eugenio? ¿Dónde estaría? ¿Lo volveríamos a ver?

Pensé en el presidente Allende, en su consecuencia, en lo mucho que amaba la vida, recordé su sonrisa picaresca, sus bromas y la capacidad para enfrentar tantas dificultades y soledad. Recordé a quienes lo acompañaron sin buscar nada a cambio, en el proyecto de justicia, en la pena que tendrían los trabajadores que habían perdido a su presidente.

Pero había que seguir, no decaer. Vendrían tiempos difíciles y había que luchar para que la figura de Allende se conociera en el mundo entero.

Había que contar la traición.

Vestido prestado

Aterrizamos en La Habana. Luego de un par de horas, que para mí fueron larguísimas, llegamos a eso de las cuatro de la tarde a la capital.

No podía creerlo, eran cientos de pañuelos blancos que nos recibían. Estaban todos los altos funcionarios de gobierno: el presidente Osvaldo Dorticós, Raúl Castro, Vilma Espín, Piñeiro y muchos otros cuyos nombres

no recuerdo. Nos abrazaban con un inmenso cariño. Estaba nuestro embajador, Gonzalo Rojas, y también nuestra excompañera Blanca, que estaba muy asustada ya que durante horas el avión no tuvo contacto con la torre de control cubana. Fidel estaba ausente porque estaba de viaje en Vietnam.

Todos nos abrazábamos, habíamos logrado salir del infierno.

Luego tomamos los autos. Vilma Espín, que era la presidenta de la Federación de Mujeres Cubanas y a quien conocíamos porque había venido a Chile, con su generosidad habitual, tomó a Rodrigo en brazos y junto a Isabel partieron junto a la comitiva. En las calles había gente con banderas cubanas y pañuelos blancos que nos saludaban al pasar. La emoción era enorme.

Nos llevaron a una casa de protocolo, preciosa, grande y con mucho jardín para los niños. Allí nos instalamos Tati, Luis y Maya, yo con mis dos niños e Isabel con Rodrigo.

Esas casas habían pertenecido a la burguesía cubana que había abandonado el país tras el triunfo de la Revolución. Yo me reía con Isabel por el mal gusto, muy rococó y hasta con chimenea, en un país caribeño. Nos habían designado un chofer, personal para atender la casa y comida. Pero ninguna se atrevía a decir que no teníamos ropa. Todas andábamos vestidas de invierno, con botas y abrigos, hasta que Celia Sánchez, secretaria personal de Fidel, llegó llena de cajas y paquetes que contenían desde ropa hasta juguetes para los niños. Pero allí me fue mal, las tallas cubanas eran para personas altas y gorditas, en cambio yo era baja y flaquita. Celia se dio cuenta y me dijo: «Ya lo vamos arreglar, mañana regreso».

Mientras tanto utilicé una bata, pero me fijé que entre las esposas de los diplomáticos chilenos había una mujer de mi estatura, quien con «mucha

generosidad» me prestó un vestido que usaba «para la cocina». Yo me reí mucho, y me acordé de la frase cubana: «Es una come mierda, chico».

Luego Vilma Espín se encargaría de buscar los colegios para mis hijos y el jardín infantil para Maya. Mis hijos fueron a una muy buena escuela en Miramar llamada «César Escalante» y la Mayita a un círculo cercano.

El cambio tan repentino y con tanta tragedia a cuestas hizo que la adaptación no fuera fácil. Claudia logró adaptarse más rápidamente, pero no así Andrés. Allá, su hermana pasó a ser como su mamá en el colegio, ya que ella lo cuidaba y le enseñaba a esconder la comida.

Al poco tiempo, Isabel tuvo que ser internada y operada de una lesión en su pierna, y yo me hice cargo del Rodri, pero pronto, por recomendación médica, tuve que dejarlo, ya que mis niños estaban celosos. Además, echaban mucho de menos a su papá.

A los pocos días de llegar comenzamos a trabajar, a recibir gente, a tratar de comunicarnos vía terceros países con personas de las que yo guardaba sus teléfonos en mi libreta. Esto nos permitió tener mayor información y ayudar a gente a salir de Chile.

Poco tiempo después, Tati le planteó al comandante Piñeiro la posibilidad de usar la casa de la embajada como oficina para colaborar con la resistencia. Así nació el «Comité Chileno de Solidaridad con la Resistencia», en la que trabajamos intensamente por los derechos humanos.

Tati decía: «No hay tiempo, tenemos que trabajar y buscar apoyo para ayudar a los compañeros que permanecen en Chile».

Comenzamos a tener una rutina. Pasábamos a dejar a los niños al colegio y luego a trabajar, a buscar información, a conectarnos con otras partes. La señora Tencha ya estaba instalada en México y empezamos a recibir datos de presos, de detenidos, de torturados.

Empezaron a llegar los chilenos que venían de distintas embajadas, ya

que no todos los países los acogieron. Un ejemplo de esto fue Venezuela, cuyo presidente Rafael Caldera del Copei (partido hermano de la DC), solo facilitó sus aviones para que se fueran a Cuba.

El comandante Manuel Piñeiro, que era uno de los dirigentes importantes de la Revolución, me iba a buscar a la casa de protocolo y me pedía que lo acompañara al aeropuerto. Íbamos todas las noches.

Recuerdo que sus escoltas tenían que aceptar que yo le manejara el auto hacia el aeropuerto, lo que me daba un poco de miedo, ya que él era considerado un alto dirigente de la Revolución.

A eso de las diez llegaban los aviones y yo tenía que ver quiénes eran, porque el gobierno cubano no sabía quiénes venían en ellos. Podían ser agentes de la CIA o militares. Y yo tenía que fijarme y decir que esa era Isabel Parra, y ese Patricio Manns... Era la única manera que tuvimos, al principio, de reconocer a la gente.

Fidel de regreso en La Habana

Alrededor del décimo día en Cuba, llegó de vuelta Fidel. Nos fue a ver de inmediato y partieron sus visitas casi diarias, con toda su escolta de seguridad. No era difícil darse cuenta cuando venía. Y él no tenía horarios. Podía llegar a las once o doce de la noche y había que levantarse a recibirlo.

La primera vez que lo vimos después del golpe, nos sentó a Tati y a mí en una mesa en donde estaban él, Juan Carretero, Ulises Estrada y otros comandantes que conocí ahí.

Fidel empezó a interrogarnos con detalle sobre el 11 de septiembre: ¿cómo había sido?, ¿a qué hora?, todo. Era un poco desesperante y me ponía nerviosa.

—¿A qué hora la llamó usted el doctor Soto? —preguntaba, porque

además se aprendió todo.

Entonces, yo le respondía: «Bueno, como a las siete, no como a las...»

—¡No!, a qué hora exacta.

—No, yo no sé. Siete y media.

Después Fidel explicaba que eran muy importantes las horas. Que era un problema eso de que más o menos a tal hora. Tenía que ser el dato exacto. Y así como nos interrogaba a la Tati y a mí, también lo hizo con los cubanos que habían participado del asalto en la embajada. Seguimos conversando al otro día en la mañana, y al siguiente llegué y estaba jugando con mis dos hijos.

—¡Ay, niños, salgan de ahí!

—No, déjalos jugar conmigo.

Fidel era una persona que se imponía por su presencia. Tú podías no estar de acuerdo con él, pero irradiaba liderazgo.

Luego tuvimos una reunión con Fidel más privada. Estuvimos Tati, yo y un muchacho que apareció y que dijo que era del GAP. No me acordaba bien de su cara. Nos sentamos y Fidel empezó a interrogar a ese muchacho con detalle. Él estaba en La Moneda y dio su versión, de que el presidente había hecho tal cosa, que los disparos habían sido de tal otra y que Allende se había arrastrado y tomado la banda presidencial...

En ese momento, le hice una señal a la Tati por debajo, porque enseguida supe que era mentira. Y ella me hizo un gesto para que me callara.

El tipo, cuya chapa era Pedro, siguió conversando. Fidel tenía una persona que tomaba nota de todo lo que se hablaba.

No tengo claro si mintió o quiso contar una historia heroica. Siempre he tenido dudas de cómo llegó ese GAP a Cuba, y por qué contó esa historia, que de alguna manera tuvimos que creer. Yo percibí que la Tati se sintió más cómoda con esa versión de lo ocurrido. Era menos complicado decir

que a Allende lo habían matado, a aceptar que se había suicidado. Sobre todo, en Cuba, todavía en septiembre de 1973.

Allá, en esos tiempos, el suicidio, para el pueblo, era sinónimo de debilidad y cobardía. Y de ahí viene ese primer discurso de Tati en La Habana, donde dice que lo mataron. No habla de suicidio.

Ella no sabía bien qué había pasado. No era una cosa tan clara en ese momento.

Después de que partieran Fidel y el resto, quedamos solas. Habían sido varias horas de conversación, y para ella imagino que tiene que haber sido muy difícil recordar todo y que ese joven GAP dijera que lo habían asesinado. Él contó solo una parte de la historia, detalló situaciones que eran reales, pero contó otras que no eran ciertas. Y una de esas era la referida a la banda presidencial. Yo sí sabía dónde estaba la banda presidencial, porque era la encargada, y la había guardado el 10 de septiembre con la piocha, tal como me lo pidió el Doctor.

Hay una versión que dice que la banda se habría salvado, pero creo que no es cierta. El presidente Allende tenía varias bandas presidenciales. Todos los presidentes las tienen, porque las mojan, las regalan. A mí, después de años, me llegó una durante mi periodo a cargo de la Fundación Salvador Allende, la cual fue recuperada a través del gobierno venezolano. Pero, bueno, hasta ahí se sabe. Sobre la piocha sí sabemos que no está, que se perdió o fue parte del saqueo después del bombardeo a La Moneda.

Ese día conversamos durante horas con Tati, y estábamos muy mal las dos. Ella me dijo: «Bueno, ¿y qué vamos a hacer? No hay otra información. ¿Cuál es más creíble?». Ahí decidió que iba a decir lo que era más conveniente en ese momento, fundamentalmente por el entorno. Había que preparar el discurso para el acto en la Plaza de la Revolución. Ella fue valiente, capaz de hablar sin llorar. Hizo un discurso muy lindo, trabajamos

muchas horas en él. Esa fue la primera noticia que salió al mundo, por eso todavía hay mucha gente que dice que al presidente lo mataron los militares.[45]

El 28 de septiembre de 1973, Tati dio su discurso en la Plaza de la Revolución, frente a un millón de personas. Ese momento fue impactante. Recuerdo que había un silencio sepulcral. El único ruido era el de las banderas chilena y cubana flameando. La Tati tenía ya como ocho meses de embarazo.

> *Vengo sentidamente a decirle a este pueblo solidario y fraterno cómo fueron las horas que vivimos en el Palacio de La Moneda la mañana del 11 de septiembre. El presidente Salvador Allende cayó con mucho andado la revolución, sin claudicaciones de ningún tipo. Con la absoluta confianza, con el optimismo de quien sabe que el pueblo de Chile se sobrepondría a cualquier revés. Y que lucharía sin tregua hasta conquistar la victoria definitiva. En este acto solidario con Chile, quisiera decirles lo que me pidió les transmitiera, aquello que me confió en La Moneda bajo el fuego del combate: «Dile a Fidel que yo cumpliré con mi deber».*

El gobierno cubano instalaba a los chilenos en un hotel y después les hacían una entrevista para saber quiénes eran, qué necesidades tenían. Tati y yo colaboramos con eso, además de trabajar por los Derechos Humanos y recibir las primeras declaraciones sobre tortura en Chile. Todo era trabajar, trabajar, trabajar. Con Beatriz hicimos el primer informe de Derechos Humanos que se presentó en la primera sesión de las Naciones Unidas donde se habló de la situación en el país, y a la que asistió Tencha.

Eso fue entre fines de 1973 y comienzos de 1974. Llegaban dos vuelos semanales con chilenos, todos compatriotas escapando de la dictadura. Y los que llegaban, lo hacían destrozados física y sicológicamente, después de meses de haber estado presos.

Había mucho sufrimiento y dolor.

Nieves Ayress, que era la compañera de un dirigente del MIR, dio una

entrevista en el Comité. Eran unas experiencias horripilantes. Tati era fuerte y yo también, pero no fuimos capaces de soportar tanto horror. Nieves nos contó que a su padre y a sus hermanos los obligaron a verla mientras era violada por los militares y le metían ratones en la vagina.

Cuando contó eso, me quebré y no pude más. Le dije a Tati: «No puedo seguir trabajando en esto, me estoy volviendo loca». Ahí paramos un poco.

Con el tiempo, todo comenzó a estar más organizado. En Italia, el Partido Socialista ya estaba formando el Comité de Solidaridad con Chile, y comenzó a disminuir el número de personas que llegaba a Cuba.

Mi vida con Tati

Viví un año completo con Tati en La Habana. En ese tiempo Isabel Jaramillo tuvo problemas de salud y tuvo que ser hospitalizada y operada y su hijo, Rodriguito, se enfermó del estómago. Yo me hice cargo de él, pero llegó un momento en que mis niños se pusieron celosos y empezaron a tener problemas. El siquiatra que nos atendió dijo que yo no podía asumir esa responsabilidad, porque tenía dos niños pequeños, y entonces una familia amiga cubana se hizo cargo de Rodrigo en su casa.

La señora chilena que cuidaba a Mayita también tuvo problemas de salud. Allá hay miles de mosquitos, la picaron y se enfermó tanto que tuvo que estar hospitalizada durante mucho tiempo. Entonces vivíamos juntos la Tati, Luis, junto a mis hijos y yo en ese caserón inmenso. Teníamos el rango de invitadas del gobierno, por eso teníamos casa de protocolo, auto, servicio, etc.

Luego Tati comenzó a tener problemas con su esposo, y se produjeron conflictos dolorosos. Tuvo muchas interrogantes, se enteró de que Luis tenía otra relación sentimental y que su cargo político ya no existía, que

había dejado de tener un rango militar y esto provocaba distintas dificultades.

A esto se agregaba que Tati no tenía idea de llevar una casa, no sabía cocinar ni nada parecido.

Una mañana me levanté a hacer el desayuno para los niños y vi que Tati estaba haciendo la mamadera para Maya, y justo observé que le echaba leche y un huevo crudo.

—Tati, ¿qué es eso?

—Esto es para la Maya.

—No, pero ¡cómo le vas a dar huevo!

Cuando estábamos en Chile, Tati no tenía tiempo de estar haciendo mamaderas. Además, tenía a una señora que cuidaba a la Maya. Entonces empecé a ayudarla y a decirle: «Bueno, ya, yo voy a hacer las cosas de la Maya, pero tú aprende. Aprende».

Compartimos todo: casa, trabajo, penas y dolores.

Algunos grupos políticos hicieron que sus exiliados estudiaran para ser militares. El Partido Comunista decidió que sus militantes que iban a Cuba entraran al Ejército. En el Partido Socialista había gente que entraba a la guerrilla.

Como una forma de defensa, nos habíamos creado toda una historia de que esto no iba a ser tan largo. Una vez nos llegó el rumor de que el general Prats iba con un grupo de gente hacia Chile para liberar al país. Todo era falso. Pero era la necesidad de tener esperanzas.

Tati consiguió mudarse. Le dieron un departamento, que lamentablemente era muy incómodo para ella: estaba en una buena zona, pero daba a un patio de luz y ahí tenían las radios a todo volumen. Los cubanos de por sí hablan muy alto. Y empezó a desesperarse.

Yo seguí viviendo un tiempo en la casa de protocolo. Los cubanos venían

mucho, porque yo ayudaba a organizar a los chilenos. Había algunos muy poco comprensivos. Hubo peleas, gente que no se daba cuenta de que no estaban en París, sino que estaban en Cuba, un país con problemas económicos, bloqueado, con escasez de comida. Ahí el Departamento América me pidió colaboración y yo lo hacía con gusto, porque me sentía muy agradecida, hasta el día de hoy, con Cuba y su gente.

Luego nos propusieron junto a Tati, Paya —que ya había llegado—, Isabel Jaramillo y una muchacha sueca que era pareja de Max Marambio, que estudiáramos. Todas entramos a cursar Ciencias Políticas en la Escuela Superior del Partido Comunista de Cuba, Ñico López.

Nos sentíamos halagadas, porque nosotras llegamos a esa escuela, que quedaba lejos y porque a ella también iba Fidel. Su letra estaba en el pizarrón. Íbamos una vez a la semana y ahí nos dábamos cuenta de que no entendíamos todo. Por ejemplo, Tati preguntaba: «¿Puedo encontrar en la biblioteca un libro de Trotsky?».

Silencio absoluto.

Yo por debajo le daba un puntapié.

En otra ocasión le consultó a un profesor: «Mire, ¿y los libros de la Marta Harnecker están aquí?». Y el profesor le respondió: «No, de la Harnecker no».

Un día, la Payita, que en realidad iba a la escuela, pero que no tenía muchas ganas de ponerse a estudiar marxismo a esa altura de la vida, estaba leyendo un capítulo de *El Capital*. Entonces, con una gracia, le dijo a Tati: «¡Pero si en este libro estaba todo lo que tenía que hacer Salvador!».

Nos reímos toda la tarde.

Tati se empieza a apagar

La Payita llegó a La Habana muy destruida, triste. A ella se le fue la vida, su amor y su hijo. Como yo, que no puedo soportar la muerte de mi hija, ella tampoco pudo sobreponerse. Tenía ese doble dolor.[46]

Teníamos amigos cubanos, chilenos, pero era una vida completamente distinta, permanentemente pensando en los que se quedaron, en los que se murieron. Casi todas las personas con las que había trabajado durante la Unidad Popular estaban desaparecidas o muertas.

Mi marido Eugenio estaba clandestino e inubicable. Yo inventaba cartas que supuestamente él les mandaba a los niños, y eran puras mentiras. Pasamos a un estado de sobrevivencia humana. No por temas de dinero, porque las cosas económicas son todas superables.

De a poco, Beatriz también empezó a darse cuenta de que estar permanentemente viendo los casos de los desaparecidos y las torturas nos hacía daño. Trató de volver a ser médico. Y eso se lo pidió ella primero, y yo después, al Comité Central del Partido Comunista cubano, y le dijeron que no, que tenía que jugar un rol político. Estaba muy destruida por dentro, por el dolor. Ella tuvo una relación con su padre distinta, tal vez, a la de una hija. Lo que tenían con Salvador era una suerte de simbiosis. Además, ya había perdido a su amigo el Che, a sus compañeros de la guerrilla de Teoponte. Vivíamos rodeados de muertos.

En un momento intentó volver a Chile de manera clandestina. Debe haber sido en 1975. Pero Carlos Altamirano no la autorizó, ya que era él quien autorizaba el retorno, previa consulta con el comité central en el exilio.

La Tati se fue apagando. La familia, que estaba en México, le decía que se fuera para allá. Muchas veces vinieron a Cuba y pasábamos las

vacaciones juntos. El gobierno cubano le designaba una casa en Varadero, para que pudiera vacacionar con su familia y amigos.

Pero ella continuó con la idea de volver a Chile. Yo le decía: «Tati, ¿y los niños?». Pero ella respondía: «Es mi deber». Y le encontraba razón. En un momento le pedimos cambiarse de casa, porque la verdad es que ese departamento era insoportable para nuestra cultura. Eligió una casa que le gustó, era bonita y estaba muy bien ubicada en el sector de Miramar. Se le informó a Carlos Rafael Rodríguez, que era el viceministro. Pasó bastante tiempo sin tener noticias de la casa, así que no podía mudarse. Me pidió que llamara a Carlos Rafael para consultar, y él me contestó: «¿Qué casa? Si la tiene Marta Harnecker», que era la pareja del comandante Manuel Piñeiro.[47]

Yo no sabía cómo decírselo. La Tati andaba tristona, ya tenía muchos problemas. Hasta que no me quedó más remedio que contárselo:

—Mira, no, la casa se la dieron a otra persona.

—¡Pero a quién! —me preguntó ella.

—Bueno, a Marta Harnecker.

Eso la deprimió mucho.

Pero continuamos viviendo. Ella se ubicó en El Vedado y yo vivía en un hotel. Estuve casi dos años así. Tati empezó a sentirse incómoda, muy sola. Se había separado y juntado con Luis. Eran pequeñas cosas, a veces sin importancia, como las invitaciones que siempre llegaban a nombre de «Tati y acompañante», situaciones como estas que, sin quererlo, la fueron desgastando.

Capítulo X
La muerte de Beatriz

Siempre se ha hablado que la causa directa del suicidio de Tati fue Luis. Nadie comete suicidio por una sola razón. El ser humano, cuando decide no vivir más y no quiere seguir, es por una suma de sentimientos, penas y dolores. De ausencias.

Recuerdo haber llegado un día al Comité, cabizbaja, media llorosa, y la Tati me vio pasar por la puerta y me dijo: «Aquí nadie llora». Un día veníamos de Ñico López y me dijo: «¿Vamos a caminar por el malecón?». Debemos haber caminado no sé si una hora o dos, y fue la primera vez que Tati me habló de todo lo que estaba sintiendo. Me preguntó una cosa tan nimia. «Y tú, ¿qué haces los días domingo?». Yo le contesté: «Comemos papas fritas». Porque era verdad: nuestra alegría de fin de semana era conseguir papas y comerlas fritas.

Ella tenía un conflicto con irse a México, porque sentía un compromiso con Cuba. Estaba en otro mundo, no podía tomar decisiones. Después de esa larga conversación, por primera vez vi llorar a la Tati.

Y fue la única.

Hay un libro sobre ella que dice que se pasaba llorando por los rincones. Eso es absolutamente falso. Beatriz Allende fue una mujer muy controlada y fuerte.

Después de esa larga conversación, en que nos dijimos todo, al día siguiente llegué al Comité y me llamó.

—Yo creo que para que tú te salves, no debes trabajar más aquí.

—¡¿Cómo?!

—Sí. Te lo estoy diciendo en serio. Para que te salves, no trabajes más aquí.

—¿Y tú? —le pregunté.
—Bueno, ese es otro cuento.

Viaje a Europa

Después de eso me distancié un poco de Tati. Seguimos viéndonos, íbamos a clases, pero decidí trabajar en otra cosa. Hacía análisis de prensa. Y empecé a militar más en el MIR.

Le pedí a mi mamá que nos fuéramos a Europa. Y nos fuimos. Antes de partir, le pedí a nuestra madre en Cuba, Elena Pedraza,[48] quien nos protegió y dio cariño, porque acá sí que estabas aislada, que cuidara a la Tati, porque creía que podía hacer una tontera. El exilio es tremendo, y más en Cuba, porque si estabas en México, España o en París, al menos podías llamar por teléfono. En La Habana, nada. Cualquier cosa podía complicar a quien conectabas. Estábamos solas. Teníamos ciertos privilegios, como un resumen de prensa que nos mandaba el Comité Central del partido, o sea que teníamos más información que el resto del país.

Me fui a Europa con mi madre y no tenía pasaporte, solo uno cubano. Llegamos a París. Yo tenía a toda mi familia paterna viviendo allá, y una tía me dijo que en la embajada había un cónsul que era medio familiar y que me podía dar un pasaporte chileno.

Me daba terror, pero me atreví y fui a la embajada con mi mamá y me atendió este señor chileno de apellido Tagle, muy elegante, y me dijo: «Sí, le vamos a dar un pasaporte. Venga mañana».

Volví al otro día y era una hoja de papel con una «L» gigante. Yo creí que eso me servía como pasaporte. Uno tenía esas estupideces en la cabeza.

Hicimos un tour con mi mamá, y cuando íbamos pasando la frontera hacia Alemania, la policía detuvo el bus. Me hicieron mostrarles el

pasaporte y yo les presenté esa hoja de papel y no el documento cubano. La policía alemana me hizo bajar. No entendía qué decían. Lo único que alcancé a ver fue una foto de unos guerrilleros de esa época en Alemania, de la Baader-Meinhof. [49]

Me dio pánico. Tenía el pasaporte cubano escondido en la cartera y los tipos con ese pedazo de papel para allá y para acá. Mi mamá estaba histérica y el bus ya no nos podía esperar.

Los alemanes mandaron un traductor que me preguntó de qué país era.

—Soy chilena.

—Pero ¿dónde dice que es chilena?

Ahí me di cuenta de que no me habían puesto la nacionalidad. Fueron tan carajos que en el pasaporte decía «nacida en Chile», pero no tenía nacionalidad.

Los alemanes no me dejaron entrar. Así que le dije a mi mamá que nos fuéramos a Bélgica, estábamos cerca de la frontera. Cuando entramos en la estación en Bruselas, vi en el quiosco un diario colgado, que decía en francés: «Hija del presidente Allende ha muerto».

Yo pensé que era la Isabel. Cuando me acerqué y leí bien, caí en la cuenta de que se trataba de Tati. Lloré a gritos.

Regresé a París fuera de mis casillas, entendiendo pero no queriendo entender. Ahí me llamó Roberto, el Pelao Moreno, de la comisión política del MIR.

—Oye, se murió la Tati, se suicidó.

—Sí, sí, yo ya lo sé todo, pero...

—¿Tú podrías llamar a la señora Tencha para avisarle?

—No, no soy capaz.

La señora Tencha estaba justamente en París, en casa de su amiga Isabel

Camus. Yo esperé que otra gente le avisara y después la llamé y la fui a ver. La señora Tencha estaba destruida y me preguntaba: ¿Qué pasó? ¿qué pasó?

Yo no podía hablar, ni le quise contar tampoco. La verdad era más grande de lo que ellas podían comprender en ese momento tan terrible.

Tencha se fue a La Habana, a mí me preguntaron los cubanos si quería regresar antes, pero no quise ver a la Tati muerta.

Luego volví a La Habana con el sentimiento de no saber si iba a poder seguir ahí. Me empezó a dar mucha pena. Laura Allende, la hermana de Salvador, estaba enferma. Pasé muchas horas en su casa. Todo era pena, dolor y tristeza. Ahí llegó Carmen Castillo Echeverría, que era amiga mía y de la Tati. Carmen me decía: «Tienes que irte, no te puedes quedar aquí».

Recuerdo una de mis últimas conversaciones con Tati antes de mi viaje, estaba desanimada. Ya casi no iba al Comité, se enfermaba de cosas que eran un poco inventadas. Un día dijo que había chocado con un camión y andaba con un cuello ortopédico, pero siguió yendo a clases y ahí nos veíamos y conversábamos. Yo sentía que se estaba apagando. Por eso le dije a Elena Pedraza que se fijara. Ya estaba viendo al siquiatra, estaba muy flaca y no tenía ganas de ir a ninguna parte.

Me llamó la atención que con su secretaria empezara a ordenar sus cosas, los papeles. «Esto tiene que ir así, esto tiene que ir para allá», «esto se lo dan a tal».

Cuando yo viajé, me fui con ese temor de que pudiera pasar algo.

Y pasó.

Y no la vi más.

La llevo tan presente. El silencio que ha habido en torno a ella ha sido gigante. Fue una mujer que tuvo una actitud política de honestidad, de compromiso, de lealtad. Fue la figura más parecida a su padre. Ella llevaba

una carga tremenda. Ser consecuente con esa posición, además de las cargas sentimentales, fue muy fuerte y doloroso.

La Tati no veía salida. Yo la entendía cuando me decía que no quería irse a México. No se iba a sentir cómoda. Fui muchas veces para allá, incluso por encargo de ella, a hablar con la Tencha, y el ambiente era muy distinto al nuestro.

Nosotros vivíamos con austeridad, comprometidas, pendientes de Chile. No es que los demás no, pero allá había una vida más normal. Nosotros vivíamos con dificultades. Creo que todo eso hizo que la Tati un día decidiera pegarse un tiro, igual que su padre, el 11 de octubre de 1977.

Ella organizó su suicidio. Ese día partió a dejar los niños al colegio, quizás como despedida, ya que en el último tiempo no era lo habitual. A la persona que la ayudaba en la casa le señaló que si pasaba algo llamara a Isabel Jaramillo; le dio varios teléfonos y dejó pegada una nota en la puerta del baño diciendo lo que debían hacer.

Cuando regresé a La Habana desde París, Tencha me pidió que le contara qué había sucedido. Fui muy cuidadosa en no decir algo que aumentara la pena. Me pidió que fuera a conversar con el siquiatra que la estaba tratando, pero este solamente me dijo: «Es muy difícil atender a un médico, ellos saben qué decir, cómo mentir».

A Tati la recordaré siempre viva.

Capítulo XI

El retorno

Mi militancia en el MIR se hizo cada vez más activa. Iba a unas reuniones que el partido hacía en un lugar lejos de La Habana, Alamar.

En mis años en Cuba pasé por todas las condiciones. Nunca tuve hambre, pero a veces no había luz o no había agua. Para entonces ya era soltera y tenía dos hijos. Era complicado. Había gente que pensaba que por ser soltera eras un mujer fácil y podías tener *affaires*.

Un día, me subí a un autobús para regresar a La Habana y, como tres cuadras adelante, se subió una pareja de unos dieciséis o diecisiete años. El muchacho se puso por detrás de ella y le tomó el pecho, como diciendo «esto es mío, es mi posesión». Yo estaba sentada a la altura de él. El hecho me produjo tal impacto que cuando llegué a casa decidí que me iba de Cuba, que me moría si algún día a mi hija le hacían una cosa así. Llamé al comandante Piñeiro y le dije: «Necesito hablar con usted, urgente». Me preguntó: «¿Qué pasa?». «No, no, tiene que ser personal». Entonces, fui al Comité Central y le dije: «Mire, yo no tengo ni asma ni gripe ni estoy loca ni nada. Me voy, porque no puedo soportar el machismo cubano. Así que le informo que voy a hacer todo para irme. No quiero pedirle nada a la Revolución, porque creo que la Revolución me ha dado demasiado. Mis hijos se educaron aquí toda la primaria. Me voy, además, porque es posible que pueda entrar a Chile». Eso era lo que le habían dicho a mi papá.

Dos décadas de escala en Venezuela

Me fui de Cuba en agosto de 1978, pensando que mi destino era regresar a

Chile, porque mi padre, que seguía teniendo relaciones con algunos de la Junta y tenía un alto cargo en Bomberos, había conseguido que me dejaran entrar.

Tenía que hacer un vuelo hasta Caracas, ir a la embajada de Chile, y ahí me iban a dar el pasaporte para regresar. Cuando llegué a la embajada, me dijeron que mi permiso había caducado.

Me quedé en un país que no conocía mucho. Sabía que tenía amigos, como el Negro Jorquera, quien me pasó a buscar, y alguna gente del MIR.

Ahí empezó mi otro exilio.

De nuevo sin nada, con mis dos hijos, sola, sin plata, sin ropa de nuevo. Dejé todos mis libros, todas mis fotos, todo lo que había acumulado en ese tiempo en Cuba, todo se perdió.

Lo único que seguí llevando era mi libreta verde y la notita del doctor.

En Venezuela, por suerte, empecé a trabajar rápidamente de secretaria de unos ingenieros. Nada más de política. Ya estaba muy desilusionada del MIR. Ellos no querían que volviera a Chile. En un momento, los miristas decidieron llevar adelante la «Operación retorno», y no encontraron nada mejor que Patricia Espejo se quedara a cargo de todos los niños de las mujeres que se iban a Chile, clandestinas, a lo cual me negué. Me negué porque creía que lo más importante que tiene una mujer son sus hijos.

Después los cubanos me ofrecieron trabajar en turismo. Venezuela no tenía relaciones con Cuba todavía. Me hice cargo del turismo de Sudamérica. Sacaba vuelos chárter desde Caracas hacia La Habana y trabajaba también con los cubanos a través de Max Marambio, que era el jefe y el que formó Havanatur. Pero también ahí hubo cosas que no me gustaron, así que dije «no más».

Me independicé y logré crear mi propia empresa, con la cual tuve bastante éxito, ya que logré que Venezuela se recuperara como destino

turístico, mientras continuaba llevando pasajeros a Cuba. Mis hijos empezaron a estudiar en la universidad y se graduaron. En Venezuela la educación era gratuita. No tenía las condiciones para venirme tan fácil a Chile, porque no tenía un soporte económico para volver. Esperé que mis hijos terminaran de estudiar. Ya tenía una vida hecha en Venezuela cuando mi madre se enfermó y me volví a Chile en 2002. Dejé mi casa cerrada, con auto en la puerta, y partí de nuevo sin nada.

Fundación Salvador Allende

De regreso, mi mamá se siguió agravando y pensé en qué iba a hacer. Llamé a Isabel Allende, quien me invitó a su casa a almorzar y le dije: «Oye, por qué no me consigues un trabajo mientras yo esté aquí, porque yo no sé si me voy a quedar o si me voy a ir». Y me dijo: «Sí, te voy a conseguir una cosa en Salud, allí esta Álvaro Erazo y ustedes se conocen».

Luego, Isabel me llamó y me preguntó si me podía hacer cargo de la Fundación Salvador Allende.

Al principio dudé. No tenía conocimiento de lo que era la Fundación. Pero la señora Tencha también me pidió hacerme cargo.

Ahí de nuevo volví al círculo de la familia del presidente y estuve casi diez años a cargo de la Fundación, tratando de sacar del silencio a los héroes que acompañaron al Doctor hasta el final. Traté de hacer más visible el legado de Allende.

Mi mamá había fallecido, mis hijos se habían graduado e ido a vivir a otros países. En la Fundación creo que logré transmitir a un equipo pequeño, y sin las condiciones económicas, el espíritu solidario y de lealtad de Salvador Allende. Y creo que eso lo hice bien. Realizamos dos eventos internacionales en el Estadio Nacional, con artistas de todas partes del

mundo. Logré que el museo tuviera un espacio mejor, porque las obras de arte estaban muy abandonadas.

Aprovecho para recordar la inmensa ayuda de la Pipo Lawner y de Carmen Luz Parot, quienes lo dieron todo para lograr los éxitos alcanzados.

Hoy soy una jubilada más y dejé la militancia para siempre.

Ajena en mi país

Han pasado cincuenta años desde el triunfo de la Unidad Popular. Me he dado cuenta de que tres veces he dejado todo: cuando me fui de Chile a Cuba, cuando me fui de Cuba y me quedé en Venezuela, y cuando me vine de Venezuela a Chile.

No necesito ni pergaminos, ni reverencias, ni poder. Tal vez lo que necesito, como todos los seres humanos, es afecto, ayudar a los demás. Pero este país es de una injusticia insoportable.

Volví a mi país con una maleta y con las ganas de colaborar en un Chile más justo.

Me siento ajena.

Estoy aquí, pero no estoy, y no estoy en ninguna otra parte tampoco. Hoy no creo ni en la izquierda ni en la derecha.

Del proyecto de Salvador Allende se olvidó que la idea no era solo cambiar el sistema económico y político, sino transformar al ser humano. Y eso no se logró.

Dejé a mi familia, no a mis hijos; a mis parientes, a los que ya no vi más, porque creí en ese proyecto. Y sigo pensando como en esa época. Me cuesta mucho entender la política de hoy. Incluso hablar con gente que fue de la Unidad Popular, que estuvo en el gobierno de Allende, y que hoy tiene una

mirada y una actitud ante el mundo y ante la vida completamente distinta a la que dijeron tener.

La gente que conocí ya está muy mayor y van muriendo poco a poco. Los que tuvimos el privilegio de estar junto al presidente Allende y que aún estamos vivos, tenemos la obligación moral de contar la verdad, lo que se pretendía con la revolución a la chilena, sin violencia, pero con fortaleza, humildad, lealtad y consecuencia.

Y la mentira no se termina. Los medios siguen diciendo las mismas mentiras de esos años.

¿Las armas? ¡No había armas! ¿Que el pueblo iba a salir a la calle? ¡Dónde iba a salir el pueblo! Los trabajadores estuvieron en los cordones industriales y no había nada. Cuánta gente murió por eso, cuánta gente desapareció por ese ideal en el que creyeron y que hoy la gente olvidó.

La dictadura no se ha ido de aquí.

Lo que hoy la gente quiere, y el pueblo necesita, es lo mismo que se pedía cuando estaba Allende. Y nada se ha resuelto. La salud está en el suelo, la educación lo mismo. Vamos para atrás.

Hoy se pretende engañar a la gente diciendo que somos un país de la OCDE, que avanzamos. Yo me pregunto ¿en qué avanzamos? Estamos endeudados, no tenemos una previsión digna, tampoco una educación ni menos salud.

El ser humano es muy contradictorio. Soy feliz pensando en esos años, porque creo que la gente era feliz. La gente pobre. Nosotros íbamos con el presidente a hacer trabajo voluntario y veías que era otro pueblo. Allende tomó medidas y yo veía que la gente avanzaba, tenía derechos, era respetada. Los niños tenían el medio litro de leche, la gente podía optar a comprarse un televisor, cosa que nunca se les había pasado por la cabeza. Me acuerdo de eso y me siento feliz de haberlo vivido y de haber

comprobado que sí es posible. Que se puede, en la medida en que los que tienen tanto se den cuenta de que no lo necesitan. Porque, ¿a qué hora lo van a gastar?, ¿cuándo?, ¿cómo?

Pienso en mi libreta, lo único material que me ha acompañado en estos cincuenta años; en el Bauchi, en Arnoldo Camú, en los GAP, quienes dieron la vida por un mundo mejor. Cómo no recordar a los ministros obreros, a Mireya Baltra o a Luis Figueroa, que cuando fue nombrado me dijo: «Compañera, yo no tengo teléfono». En la Laurita, quien tenía una citroneta destartalada y solo pensaba en la necesidad de una vivienda digna, que amaba a su hermano y que también era capaz de discrepar, cuando algo le parecía negativo para los trabajadores. Ahí está la historia. Todos esos amigos que hoy ya no están.

Este es un sistema inhumano que cambió al mundo y a muchas personas. Vivimos una mentira. Vivimos endeudados, todo es apariencia, los pobres son vulnerables, los mendigos son «personas en situación de calle», la clase media ahora es «aspiracional», los pacientes son «clientes», y así vamos.

Hace cincuenta años, Allende y la Unidad Popular quisieron «voltear la tortilla», pero el gran capital, coludido con los Estados Unidos, dijo: «¡Basta!».

Con el golpe perdimos mucho. Perdimos la dignidad, el respeto, el cariño por el otro. Todo es prepotencia. Hasta dónde la dictadura nos convirtió en lo que somos hoy.

La gente no solo perdió un gobierno y un sistema. Se perdieron a ellos mismos. Y no hemos sido capaces de traspasar eso a las nuevas generaciones.

Una amiga me preguntó hace poco: «¿Tú te habrías imaginado que iban a bombardear La Moneda?». Yo le dije: «No se me pasó nunca por la mente». Y a Salvador Allende, tampoco.

A veces me culpo, me digo por qué no me quedé con la Tati cuando la vi enferma. No tuve la fuerza, quizás. Tal vez era tanto lo que la quería, que no fui capaz. ¿Por qué no logré entrar a La Moneda?, ¿habría visto al presidente hasta el final?

Pero si mañana me preguntaran: «¿Tú volverías a hacer lo mismo?», yo diría que lo haría igual.

Por eso me siento ajena y creo que Tati no habría soportado vivir en el país de hoy. ¿Cómo aceptar que aquellos que dijeron ser allendistas hoy estén al lado de los más ricos?

Víctor Pey, el hombre más amigo del Doctor, vivió hasta su muerte modestamente.

Cuántos de los que lucharon hoy tienen unas pensiones miserables. Cuántos son los que no han pedido nada, cuando se lo merecían todo.

Capítulo XII
El estallido de octubre

Al terminar estas páginas estaba con un estado de ánimo un poco sombrío. Recordar a tantos y tantas duele mucho.

Como todos los días, al despertar encendí la televisión para ver las noticias. Escuché que cientos de estudiantes llamaban a «saltar el torniquete» y que «no eran 30 pesos, sino 30 años». Al principio pensé que reclamaban por el aumento del valor de los pasajes del Metro. Lo encontré novedoso y que podía ser otra forma de protestar.

Pensé que en las redes sociales habría más información y encontré un llamado a marchar hacia la Plaza Italia. Continué con mi rutina diaria y no volví a pensar en aquella convocatoria.

Al atardecer, de nuevo encendí el televisor para ver noticias y vi que cientos de personas se dirigían a la plaza. No lo podía creer. Cuando ya eran cerca de las nueve de la noche, la plaza, sus alrededores y el sector completo se había llenado de gente de todas las edades: hombres, mujeres, jóvenes que marchaban contentos, entonando cantos y cargados de una alegría desbordante.

Me pregunté: «¿Habrá despertado por fin este pueblo, que día a día debe soportar tanta desigualdad e injusticia?».

¿Las grandes alamedas?

Seguí observando las imágenes en todos los canales y empecé a fijarme que entre la multitud de gente celebrando y protestando únicamente flameaban banderas chilenas y mapuches. «No puede ser», pensé. No había ninguna

bandera de los partidos políticos, solo carteles con peticiones de justicia social: «NO + AFP», «EDUCACIÓN GRATUITA PARA TODOS», «SALUD», «JUSTICIA».

Ninguna consigna política.

Lo que sí divisé a lo lejos fue un cartel donde figuraba el rostro de Allende.

Hablando sola, dije: «Doctor, parece que se van a abrir las grandes alamedas».

No lo podía creer.

Vi varias veces los noticieros que repetían las imágenes y sentí que volvían mis sueños, que Allende no se había equivocado. Era el 18 de octubre de 2019, día del gran estallido social.

Pocos días después, el 25 de octubre, más de un millón y medio de personas se reunió en la Plaza Italia y sus alrededores. Y no pasaba solo en Santiago, sino en cada rincón de Chile. La gente había salido a las calles, y como al principio, ningún partido político se había adueñado de aquella impresionante convocatoria.

Se decía que esto no se veía desde los años de la dictadura, y yo pensaba en los tiempos que vivimos durante la Unidad Popular.

Las noticias habían traspasado nuestras fronteras. En todo el mundo se comentaba este estallido, surgido de forma espontánea y que tenía a una multitud de personas de diferente ámbito reclamando por un país menos desigual.

Mil cosas se me vinieron a la cabeza. Aparecían como un torbellino los recuerdos de mis años de lucha. Pensé en Allende, lo vi sonreír. Se estaba cumpliendo su profecía, aquello de que «otros hombres abrirían las grandes alamedas para que camine el hombre libre...».

Pasaron los días y la gente volvía a la plaza. Eran cientos que gritaban

consignas por la dignidad del hombre, convirtiendo a la Plaza Italia en Plaza Dignidad.

¡Qué palabra tan significativa y hermosa!

Pero, poco a poco, la violencia apareció como un fantasma. Volvieron las bombas lacrimógenas, los guanacos. La represión actuaba sin piedad contra jóvenes indefensos, cegaron sus ojos y violaron sus derechos.

Como siempre, hubo quienes lograron infiltrar a los movilizados. El narco, el lumpen, empezó a confundir el intento de hacer de Chile un país más justo, más igualitario.

Los partidos de centroizquierda quisieron inmiscuirse en el proceso. Una vez más volvieron las interminables y estériles discusiones trasnochadas de si el movimiento era extremista o violento o anarquista.

«No es la forma», decían, sin pensar que era la gente la que gritaba justicia.

La derecha, como siempre, trató de minimizar lo que sucedía. La prensa coludida se plegó al *statu quo*, un silencio comprometido con la clase poderosa.

Repitiendo la historia, aparecieron los «derechistas progresistas», que se dieron cuenta de que reconocer el malestar popular daba votos y presencia en los medios. Entendieron que el estallido social venía de mucho tiempo atrás. Que se había escondido la basura bajo la alfombra, mientras ellos se daban golpes en el pecho.

Pasó noviembre, diciembre y el movimiento continuó, ahora sin control. La violencia, los saqueos, la quema de monumentos alarmó a la población, el país tenía miedo. Había que «guardarse» temprano, el comercio empezó a decaer, las cifras no daban.

Con este escenario, los movilizados fueron disminuyendo. Llegaron la Navidad, el Año Nuevo, las vacaciones.

Al gobierno y al parlamento no les quedó otra que escuchar y comenzaron a hacer algunas reformas cosméticas. Había que darles un «caramelo» para que se calmaran los ánimos.

Pero no se ha perdido la guerra, solo una batalla.

Se logró hacer conciencia de que con la Constitución que rige al país sería imposible hacer los cambios que la ciudadanía estaba exigiendo. No tuvieron más remedio que llamar a plebiscito y abrir la puerta a una Asamblea Constituyente.

Una de las situaciones que también marcó este periodo fueron las mujeres exigiendo sus derechos. Sus justas demandas ya no pueden volver atrás. El movimiento logró crear conciencia entre la población. Su fuerza combativa pero pacífica fue un gran paso en la búsqueda de un nuevo orden social.

Quien lea esto pensará que he omitido el rol de los partidos políticos en estos días de explosión social, pero no es así: lo que sucede es que, para la gran mayoría del país, no existen, porque sus directivos y cabecillas no entienden, no escuchan y, por lo tanto, su rol en todo esto es casi nulo.

Habrá que esperar y ver si podemos avanzar. No sé si con o sin «transar». Eso solo lo dirá el pueblo en las urnas.

Y en toda esta espera, no he podido dejar de pensar qué habría hecho Allende.

Estoy segura de que habría aconsejado dialogar, buscar entendimientos, modificar los partidos, hacer un programa con medidas que cubran las necesidades de los más pobres, eliminar de raíz la complicidad entre políticos y empresarios. Siempre recuerdo su frase: «Podemos equivocarnos, pero jamás meternos la mano al bolsillo...».

Salvador Allende diría tantas cosas que cincuenta años después del inicio de la Unidad Popular todavía muchos no quieren escuchar.

Mis palabras no tienen amargura, sino decepción, y serán ellas el castigo moral para los que han traicionado el juramento que hicieron: soldados de Chile, comandantes en jefe titulares, el almirante Merino, que se ha autodesignado comandante de la Armada, más el señor Mendoza, general rastrero que solo ayer manifestara su fidelidad y lealtad al Gobierno, y que también se ha autodenominado Director General de Carabineros.

Ante estos hechos solo me cabe decir a los trabajadores: ¡Yo no voy a renunciar!

Colocado en un tránsito histórico, pagaré con mi vida la lealtad del pueblo.

Y les digo que tengo la certeza de que la semilla que hemos entregado a la conciencia digna de miles y miles de chilenos, no podrá ser segada definitivamente. Tienen la fuerza, podrán avasallarnos, pero no se detienen los procesos sociales ni con el crimen, ni con la fuerza.

La historia es nuestra y la hacen los pueblos.

Trabajadores de mi Patria:

Quiero agradecerles la lealtad que siempre tuvieron, la confianza que depositaron en un hombre que solo fue intérprete de grandes anhelos de justicia, que empeñó su palabra en que respetaría la Constitución y la ley, y así lo hizo.

En este momento definitivo, el último en que yo pueda dirigirme a ustedes, quiero que aprovechen la lección: el capital foráneo, el imperialismo, unidos a la reacción, crearon el clima para que las Fuerzas Armadas rompieran su tradición, la que les enseñara el general Schneider y reafirmara el comandante Araya, víctimas del mismo sector social que hoy estará en sus casas esperando con mano ajena reconquistar el poder para seguir defendiendo sus granjerías y sus privilegios.

Me dirijo, sobre todo, a la modesta mujer de nuestra tierra, a la campesina que creyó en nosotros, a la abuela que trabajó más, a la madre que supo de nuestra preocupación por los niños.

Me dirijo a los profesionales de la Patria, a los profesionales patriotas que siguieron trabajando contra la sedición auspiciada por los colegios profesionales, colegios de clases para defender también las ventajas de una sociedad capitalista de unos pocos.

Me dirijo a la juventud, a aquellos que cantaron y entregaron su alegría y su espíritu de lucha.

Me dirijo al hombre de Chile, al obrero, al campesino, al intelectual, a aquellos que serán perseguidos, porque en nuestro país el fascismo ya estuvo hace muchas horas presente; en los atentados terroristas, volando los puentes, cortando las vías férreas, destruyendo los oleoductos y los gaseoductos, frente al silencio de quienes tenían la obligación de proceder. Estaban comprometidos.

La historia los juzgará.

Seguramente Radio Magallanes será acallada y el metal tranquilo de mi voz ya no llegará a ustedes.

No importa.

La seguirán oyendo.

Siempre estaré junto a ustedes.

Por lo menos mi recuerdo será el de un hombre digno que fue leal con la Patria.

El pueblo debe defenderse, pero no sacrificarse. El pueblo no debe dejarse arrasar ni acribillar, pero tampoco puede humillarse.

Trabajadores de mi Patria, tengo fe en Chile y su destino.

Superarán otros hombres este momento gris y amargo en el que la traición pretende imponerse.

Sigan ustedes sabiendo que, mucho más temprano que tarde, de nuevo se abrirán las grandes alamedas por donde pase el hombre libre, para construir una sociedad mejor.

¡*Viva Chile! ¡Viva el pueblo! ¡Vivan los trabajadores*!

Estas son mis últimas palabras y tengo la certeza de que mi sacrificio no será en vano, tengo la certeza de que, por lo menos, será una lección moral que castigará la felonía, la cobardía y la traición.[50]

Agradecimientos

A Carmen Luz Parot, que siempre insistió en que debía contar esta historia.

A mi amigo, quien no pierde la paciencia con mis infinitas preguntas informáticas.

1 «De madrugada tuve una llamada decisiva: Patricia Espejo, que trabajaba con mi hermana Beatriz (que pocos años después se suicidaría durante su exilio en Cuba) en la Secretaría Privada de La Moneda, me dijo: "Hay un intento de golpe de Estado. Tu padre está ya en La Moneda". Tuve claro que iba a ir hacia allá como fuera. Lo había pactado, además, con mi marido de entonces. Pasé todos los cercos policiales y, con un pequeño maletín —obviamente, tenía la esperanza de que podía ser una crisis de horas—, logré entrar. Fui la última en entrar en el palacio presidencial. Eran alrededor de las nueve de la mañana». García Compoy, Concha. Diario *El Mundo*, 7 de septiembre de 2003. Recuperado en https://www.elmundo. es/cronica/2003/412/1063023916.html

2 Víctor Pey (1915-2018). Exiliado tras combatir por los republicanos en la guerra civil española, llegó a Chile en 1939 en el *Winnipeg*. Creó una empresa de ingeniería, fue profesor en la Universidad Técnica del Estado y fundador del diario *El Clarín*, amigo y consejero del presidente Salvador Allende. Vivió su exilio en Venezuela hasta su regreso al país en los años noventa.

3 Cardiólogo del círculo íntimo de Salvador Allende, estuvo junto a él en La Moneda.

4 Lugar donde vivieron en los años 40 Pablo Neruda y la pintora argentina Delia del Carril, amigos de Pey, y donde se realizó su funeral. Ubicada en la calle Lynch Norte, la Casa Michoacán de los Guindos funciona como un museo a cargo de la Fundación Delia del Carril.

5 Juan Antonio Eduardo Paredes Barrientos, el Coco, era médico cirujano, y fue el director de la Policía de Investigaciones. Casado, dos hijos, al momento del golpe Militar era el director de la empresa Chile Films y miembro del Comité Central del Partido Socialista. El día 11 de septiembre se encontraba en La Moneda junto al presidente Allende. Fue detenido y torturado. Se desconocen las circunstancias exactas de su muerte, pero se ha determinado que fue llevado a la base aérea de Peldehue. Sus restos fueron encontrados en el patio 29 del Cementerio General.

6 Manuel Ipinza, médico cirujano y pediatra. Fue profesor de salud pública en la Facultad de Medicina de la Universidad de Chile, y vicepresidente ejecutivo de la Junta Nacional de Jardines Infantiles. Tras el golpe, fue detenido y enviado al Estadio Nacional. Posteriormente fue exiliado.

7 Arnoldo Camú Veloso fue abogado, militante del Partido Socialista y miembro de su Comisión Política. Fue asesor jurídico del gobierno de Salvador Allende, y murió asesinado el 24 de septiembre de 1973 por miembros de inteligencia de la Armada.

8 Osvaldo Puccio Giesen fue el secretario privado de Allende durante veinte años y estuvo junto a él para el 11 de septiembre en La Moneda, luego de lo cual fue detenido y enviado a Isla Dawson. Acompañó a Allende entre 1952 y 1970, para cada una de sus campañas presidenciales.

9 Augusto Olivares Becerra fue periodista de diversos medios escritos y también comentarista de radio y televisión. Fue profesor de la Escuela de Periodismo de la Universidad de Chile, consejero nacional del Colegio de Periodistas y director de Televisión Nacional de Chile. Casado con Mirella Latorre, actriz de radio y TV. Gran amigo de Salvador Allende, estuvo junto a él en La Moneda el 11 de septiembre de 1973, y cerca del mediodía, se quitó la vida. «Augusto Olivares Becerra. Homenaje». En *Punto Final*, 6 de septiembre de 2013. Recogido en http://www.puntofinal.cl/789/homenaje.php

10 Carlos Jorquera Tolosa, el Negro, fue periodista y secretario de prensa del gobierno de Salvador

Allende. Fue autor de la biografía *El Chicho Allende* y miembro del consejo de redacción de la revista *Punto Final*. Fue cercano colaborador de Allende y lo acompañó durante la jornada del 11 de septiembre en La Moneda. Tras el golpe estuvo recluido en la Isla Dawson y más tarde vivió el exilio en Venezuela. «Murió Carlos Jorquera, secretario de prensa de Salvador Allende». En Radio Cooperativa, 4 de mayo de 2018. Recogido en https://www.cooperativa.cl/noticias/pais/politica/murio-carlos-jorquera-secretario-de-prensa-de-salvador-allende/2018-05-04/221525.html

11 Laura Allende Gossens (1911-1981). Fue diputada por tres periodos consecutivos entre 1965 y 1973. Tuvo cuatro hijos, entre ellos, la exdiputada Denise Pascal Allende y Andrés Pascal Allende, cofundador y secretario general del MIR. Estudió en la Escuela de Derecho de la Universidad de Chile de Valparaíso y fue funcionaria del Departamento del Cobre por diez años. En 1974 fue detenida, llevada al campo de prisioneros Cuatro Álamos y expulsada del país radicándose en México, y a partir de 1976 en Cuba. Murió en La Habana, en mayo de 1981.

12 «El Ejército de Liberación Nacional (ELN) de Bolivia, fue una organización político-militar de tipo internacional, creada por el comandante Ernesto Che Guevara para llevar la guerrilla revolucionaria al cono sur del continente americano. Su objetivo principal era desarrollar un foco guerrillero en las selvas de Bolivia, que sirviera como columna madre de la lucha armada liberadora en Sudamérica, desde donde se desprenderían columnas invasoras que llevarían la revolución a los países vecinos». En «El ELN dentro del Partido Socialista de Chile». Documentos históricos. PS de Chile. Disponible en https://psdechile.webnode.es/documentos-histo ricos/los-elenos-dentro-del-ps/

13 Luis Fernández Oña, de nacionalidad cubana, llegó a Chile en 1970 como parte de una misión diplomática, pero su relación con el presidente Allende fue muy anterior, ya que él era el funcionario del gobierno de Fidel Castro que se encargaba de recibirlo cuando viajaba a Cuba. Luis trabajaba en el Departamento Américas del Comité Central del PC, cuyo líder era Manuel Piñeiro, conocido como el comandante Barbarroja, responsable de los vínculos de Cuba con la izquierda latinoamericana. En uno de esos viajes, cuando Allende era senador, Luis conoció a Beatriz e iniciaron una relación, y pasó a ser esposo de Tati.

14 Según el informe de la Comisión Church, en septiembre de 1971 se aprobó que la CIA entregara USD 700.000 a *El Mercurio*, y en abril de 1972 se le realizó un traspaso de otros USD 965.000 «para que el diario pudiese "sobrevivir" a la presión del gobierno de Allende». Schwarze, Pedro (25-04-2017) «Agustín Edwards y su vínculo con la CIA», diario *La Tercera*. Recuperado de https://www.latercera.com/noticia/agustin-edwardsvinculo-la-cia/

15 El Frente Nacionalista Patria y Libertad surgió tras el triunfo de Allende. Su presentación pública, como tal, fue en un acto en el estadio Nataniel el 1 de abril de 1971, donde participaron como oradores Jaime Guzmán y su líder principal, Pablo Rodríguez.

16 Según los registros de inteligencia, Fidel Castro habría sobrevivido a unos seiscientos atentados durante toda su vida. Y según el libro *Chile Top Secret*, sí existió una planificación para atentar contra su vida durante su visita a Chile. Basso, Carlos. «El fallido atentado contra Fidel Castro en Santiago», *Chile Top Secret*. Aguilar, 2017.

17 Discurso de Salvador Allende en el Estadio Nacional, 1971. Disponible en

https://www.marxists.org/espanol/allende/1971/diciembre04.htm

18 Discurso de Fidel Castro en el Estadio Nacional, 1971. Disponible en http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/1971/esp/f021271e.html

19 Maya Fernández Allende es la hija de Beatriz, y nació el 27 de septiembre de 1971. Tras el golpe de Estado de 1973 su familia se fue al exilio a Cuba donde vivió hasta los 21 años. Volvió a Chile y se quedó definitivamente en el país en 1992. Militante socialista, es diputada por el 10° distrito, Región Metropolitana de Santiago, por el periodo 2018-2022.

20 Ambos militantes democratacristianos, fueron parte del llamado «Grupo de los Trece», como se conoce a los trece militantes del Partido Demócrata Cristiano que dos días después del derrocamiento del presidente Allende, firmaron una declaración pública rechazando al golpe militar, desmarcándose de la posición oficial del partido.

21 Patricio Phillips Peñafiel (1922-1997) fue diputado y luego senador del Partido Nacional hasta 1973.

22 Letelier fue nombrado en enero de 1971 como embajador extraordinario y plenipotenciario de Chile ante los Estados Unidos.

23 Los tres fueron los fundadores del Movimiento de Izquierda Revolucionaria. Edgardo era el hermano de Miguel Enríquez y Bautista fue su cuñado. Todos fueron asesinados en distintas circunstancias por el régimen de Pinochet después del golpe de Estado.

24 Está ubicado en la Alameda esquina con calle Lastarria, la dictadura lo convirtió en su sede bajo el nombre de edificio Diego Portales, donde después funcionó el Ministerio de Defensa de Pinochet. Actualmente alberga al Centro Cultural Gabriela Mistral (GAM).

25 «Por un camino de esperanza y alegría». Los obispos de Chile. 11 de abril de 1972. Disponible en http://www.iglesia.cl/detalle_documento.php?id=125

26 Reyes Peña, Óscar. (11 de septiembre 2019). «Exclusivo. Líder del MIR Andrés Pascal cuenta en Cambio21 cómo vivió el 11 de septiembre y la clandestinidad: "La muerte de Allende me produjo gran dolor y rabia por la cercanía con el tío Chicho"». Cambio 21. Disponible en https://cambio21.cl/politica/exclusivo-lder-del-mir-andrs-pascal-cuenta-en-cam bio21-como-vivi-el-11-de-septiembre-y-la-clandestinidad-la-muerte-deallende-me-produjo-gran-dolor-y-rabia-por-la-cercana-con-el-to-*Chicho*5d78f9eaaa2d74334f58fc54?

27 Vera, Diego. (19 mayo de 2019). BiobioChile.cl. «El polémico discurso del 9 de septiembre de 1973 de Carlos Altamirano». Disponible en https://www.biobiochile.cl/noticias/nacional/chile/2019/05/19/el-polemico-dis curso-del-9-de-septiembre-de-1973-de-carlos-altamirano.shtml

28 Chile: breve imaginería política. 1970-1973. Salvador Allende: Naciones Unidas. 4 de diciembre de 1972. Disponible en http://www.abacq.net/ imagineria/cronolo4.htm

29 Chile: breve imaginería política. 1970-1973. Salvador Allende: Naciones Unidas. 2 diciembre de 1972. Disponible en http://www.abacq.net/ imagineria/discur5.htm

30 Chile: breve imaginería política. 1970-1973. Salvador Allende: Universidad de Guadalajara, México. 2 diciembre de 1972. Disponible en http:// www.abacq.net/imagineria/cronolo4.htm

31 De origen español, Joan E. Garcés es doctor en ciencias políticas por La Sorbona y Sciences-Po, además de licenciado en derecho por la Universidad Complutense de Madrid. Fue asesor político personal del presidente Allende y en 1999 recibió en el Parlamento sueco el premio Nobel alternativo (Right Livelihood Award) por sus trabajos en defensa de los derechos humanos. Es autor de varios libros, entre ellos: *Orlando Letelier. Testimonio y vindicación* (junto a Saul Landau); *Allende y la experiencia chilena*; y *El Estado y los problemas tácticos en el Gobierno de Salvador Allende*. También estuvo a cargo del proceso judicial contra Pinochet en Europa.

32 El periodista y camarógrafo argentino Leonardo Henrichsen se encontraba en un hotel del centro junto a un colega preparando una entrevista al entonces senador Volodia Teitelboim, cuando escucharon los primeros disparos producto del Tanquetazo. Salieron a filmar y en la esquina de calles Agustina y Morandé, a pasos de La Moneda, Henrichsen fue asesinado por el cabo Héctor Hernán Bustamante, quien le disparó mientras registraba las imágenes de la patrulla militar. Su crimen quedó grabado por él mismo. Video disponible en https://www.youtube.com/watch?v=lkVDHtSIfOk

33 Carta de renuncia del general Carlos Prats. Archivo de Fondos y Colecciones. Museo de la Memoria y los Derechos Humanos. Disponible en http://archivomuseodelamemoria.cl/index.php/55761;isad

34 Roberto Tieme fue el secretario general del Frente Nacionalista Patria y Libertad. Tras el Tanquetazo, fingió su muerte en un accidente en avión y estuvo oculto en Argentina. Volvió a Chile en julio de 1973 para participar en los preparativos del golpe militar mientras hacía públicos llamados a derrocar a Allende por las armas. El gobierno ordenó su captura y estuvo preso hasta noviembre de 1973, cuando fue liberado luego de que fueran retirados los cargos en su contra.

35 Salvador Allende. Discurso en el tercer aniversario del triunfo de la Unidad Popular. Pronunciado el 4 de septiembre de 1973. Marxists Internet Archive, 10 de febrero de 2016. Disponible en https://www.marxists.org/ espanol/allende/1973/septiembre04.htm

36 En LeyChile.cl. Biblioteca del Congreso Nacional. Ley 17798. Establece el control de armas. Ministerio de Defensa Nacional. Fecha de promulgación: 20 de octubre de 1972. Disponible en https://nuevo.leychile.cl/ navegar?idNorma=29291

37 Según la versión del gobierno, los obreros de turno habrían sido maltratados por las tropas que allanaban, mientras que según la Fuerza Aérea, los militares fueron rodeados por decenas de hombres amenazando con reducirlos. Al día siguiente, Allende se reunió con el comandante en jefe, Gustavo Leigh, y le ordena cesar los allanamientos a industrias sin previa autorización del ministro de Defensa Orlando Letelier, y le encarga al director de Investigaciones, el socialista Alfredo Joignant, realizar una indagación por los sucesos ocurridos en Sumar. Esto provocó la ira de Leigh y selló el desencuentro entre la Fuerza Aérea y el gobierno. Sanhueza, María Carolina, Ed. *1-11 de septiembre*. Memoria Chilena, Biblioteca Nacional. 11 de septiembre de 2013. Disponible en http://www.memoriachilena. gob.cl/archivos2/pdfs/MC0059400.pdf

38 Soto, Claudia y Jara, Alejandra (20 de mayo de 2019, *La Tercera*). «Chivo expiatorio, Vietnam y el “no quiero que me recuerden”: Las emblemáticas frases de Carlos Altamirano». Recuperado de

https://www.later cera.com/politica/noticia/chivo-expiatorio-vietnam-no-quiero-me-recuer den-las-emblematicas-frases-carlos-altamirano/663363/

39 Óscar Soto Guzmán, cardiólogo de la Universidad de Chile y de la Universidad Complutense de Madrid, fue el médico personal de Allende y una de las últimas personas en abandonar La Moneda el 11 de septiembre de 1973. Tras el golpe se fue al exilio a España. Es autor de los libros *El último día de Salvador Allende* y *Allende en el recuerdo*.

40 «El diplomático y embajador Harald Edelstam, nacido en Estocolmo el 17 de marzo de 1913, murió el 16 de abril de 1989 y es conocido por haber salvado la vida de un gran número de personas durante y después del golpe militar del general Augusto Pinochet en Chile en 1973. Tras el golpe militar, Edelstam llevó a cabo varias acciones notables, dentro de las cuales destaca la desarrollada cuando la embajada de Cuba fue sitiada por el ejército chileno. Edelstam usó su inmunidad diplomática y al entrar al recinto logró detener los disparos dirigidos a esta, y así iniciar las negociaciones con los militares chilenos. Esto dio lugar a la evacuación del personal de la embajada y en colaboración con el primer ministro de Suecia, Olof Palme, Edelstam inmediatamente asumió la tarea de proteger los edificios de la embajada cubana.

Al día siguiente, Edelstam izó la bandera sueca sobre la embajada de Cuba. Otra de las acciones que llevó a cabo fue el rescate de los 58 tupamaros uruguayos del conocido campo de concentración del Estadio Nacional. El 4 de diciembre de 1973 Edelstam fue declarado "persona non grata" y abandonó Chile cinco días después». Sitio oficial de la Fundación Edelstam: https://www.edelstam.org/es/historia-de-he/

41 Suárez Salazar, Luis y Kruijt, Dirk. *La Revolución cubana en nuestra América: El internacionalismo anónimo*. RUTH Casa Editorial, 2016.

42 Soto Guzmán, Óscar. *El último día de Salvador Allende*. RBL Libros, Madrid, 2008.

43 Pedro Ewing fue nombrado secretario general de gobierno el mismo 12 de septiembre de 1973. En 1975, fue nombrado agregado militar en Madrid, y pasó a retiro en 1977 con el grado de General de brigada. En marzo de 1979, fue designado director de Fronteras y Límites de la Cancillería.

44 Uros Domic Bezic fue coronel de Ejército y gobernador de Tierra del Fuego. Además, fue dueño del Grupo Radial UDB que llegó a ser uno de los principales conglomerados radiofónicos de la Región Metropolitana, que incluyó las radios Nina, Sintonía, Cien, Metropolitana y Recreo.

45 Discurso de Beatriz Allende en el acto conmemorativo y homenaje a Salvador Allende en Cuba. 28 de septiembre de 1973, disponible en http:// www.archivochile.com/Experiencias/test_relat/EXPtestrelat0005.pdf

46 Su hijo Enrique Ropert Contreras tenía veinte años y era estudiante de Economía en la Universidad de Chile cuando fue detenido por Carabineros. Junto a otros prisioneros fue llevado a la Sexta Comisaría de Santiago y desde allí, al cuartel de Investigaciones. El 20 de septiembre, su cuerpo fue encontrado bajo el puente Bulnes del río Mapocho, acribillado a balazos. El 3 de octubre su tía Mitzi encontró su cadáver en la morgue. Payita no pudo asistir a su funeral. En Vidal, Virginia (13 de junio de 2014). «La Payita: Valor y lealtad de mujer». Revista *Punto final*. Edición Nº 806.

47 Fallecida en 2019 a los 82 años, Marta Harnecker fue una escritora, científica social, periodista

e intelectual marxista chilena de origen austríaco. Asesoró al gobierno cubano, participó en el gobierno de Allende, y fue consejera de Hugo Chávez. Exiliada en Cuba después del golpe, estuvo casada con Manuel Piñeiro, jefe de los órganos de seguridad de Cuba, con quien tuvo una hija: Camila.

48 Elena Pedraza había estado casada con el exdiputado y fundador de las Juventudes Comunistas, Ricardo Fonseca (1906-1949). Ella tenía una larga amistad con la familia Allende. Se había preocupado de la salud de Carmen Paz, y en La Habana era nuestra madre adoptiva.

49 La Baader-Meinhof era conocida por los apellidos de dos de sus principales líderes: Andreas Baader y Ulrike Meinhof, aunque se denominaban Facción del Ejército Rojo o (Rote Armee Fraktion o RAF). Fue una de las organizaciones terroristas revolucionarias más activas de Alemania Occidental en la posguerra. Se la responsabiliza de una treintena de asesinatos y eran seguidores de la guerrilla urbana sudamericana, sobre todo de los tupamaros uruguayos.

50 En salvador-allende.cl. El último discurso de Salvador Allende (11 de septiembre de 1973). https://www.salvador-allende.cl/discursos/golpe-militar/

Edición en formato digital: octubre de 2020

Merced 280, piso 6, Santiago de Chile.

Diseño de la cubierta: Random House Mondadori, S.A.

ISBN: 9789566063131

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

www.megustaleer.cl